

EUROPA DESDE LA IDENTIDAD CRISTIANA *

(Ensayo sobre los valores éticos cristianos)

(2)

Bernardo Villasanz

VALORES ÉTICOS CRISTIANOS **

No se debe juzgar la maldad o antipatía de la gente sino recordar la impresión de disgusto y tenerla presente en el futuro. Y, con todas las fuerzas, preocuparse de no ser como esos que nos desagradan; y que tampoco lo sean los que dependen de nosotros. Hagamos servir para el bien incluso el mal que vemos. Toda acción y toda cognición deben ser transformadas en bien pasando por un juicio y una voluntad rectos.

Aún cuando los actuales sacerdotes hablen de Dios y de la religión siendo no precisamente modelos a seguir deben ser siempre escuchados. Por respeto a su misión pues cuando realizan actos de su ministerio son “los sacerdotes”. Hay que separar siempre del ministerio la pobre humanidad.

No hay ningún hombre completamente bueno ni completamente malo. Y ninguno es tan completamente bueno que tenga derecho a juzgar a los hermanos como completamente malos. Tenemos que tener presentes nuestros defectos, contrastar con ellos las buenas cualidades de los que queremos juzgar. Entonces tendríamos una medida justa de juicio caritativo.

Si se pronunciara la primera sílaba de una palabra de acusación contra alguien, todos arremeterían como fieras contra el acusado. No juzgando se evita que uno se manche con pecado de juicio.

No es que Dios no vea el mal donde no lo hay. No es que no vea la mezcla de mal y

* Segunda parte de “Europa desde la identidad cristiana” publicado en THE BULLETIN OF CENTRAL RESEARCH INSTITUTE FUKUOKA UNIVERSITY. Series A: HUMANITIES. Vol. 4 N. 1. June 2004.

** Ideas tomadas y adaptadas de María Valtorta “El Evangelio como me ha sido revelado” Volúmenes: 6, 7 y 8 Italia, Centro Editoriale Valtortiano srl, 2002.

bien que hay en algunos. No es que no comprenda cuándo un alma sube o baja del nivel sino que aconsejar el no juzgar es prudencia, para evitar las anticaridades.

A veces vale más una palabra de alabanza, de ánimo, que mil reprensiones. Hay que sostener a las almas, no hundirlas.

Los más grandes pecadores, cuando se convierten, superan en la justicia a hombres de relativa culpabilidad porque su contricción es proporcional a su pecado.

El pecado cuando está siempre presente mantiene humilde al espíritu. Es un recuerdo bueno, cuando está unido a esperanza y confianza en la Misericordia. Las medias perfecciones, o incluso menos que medias, muchas veces se detienen porque carecen del acicate del remordimiento de haber pecado gravemente y de tener que expiar, carecen de este acicate que las haga continuar hacia la perfección verdadera. Se estancan como agua cerradas. Se sienten satisfechas de ser limpiadas. Pero hasta el agua más cristalina, si no se depura con el movimiento de las partículas de polvo, de los detritos que el viento aporta, termina siendo lodosa y putrefacta.

El tiempo es veloz y en el espacio que queda deberemos esforzarnos por alcanzar la perfección. Hay que poseer la fuerza de la perfección, conquistada con decidida voluntad en este tiempo que queda para poder resistir a la tempestad que Satanás y sus hijos desencadenarán contra el Maestro y su Doctrina. El que más se esfuerce en alcanzar la perfección en este tiempo que queda será más capaz de ser fiel.

El abatimiento es estéril. Hay que poner los medios para confirmarse en la justicia, para poder ser fiel en el momento terrible.

Si no hay humildad, no se avanza. El orgullo es la piedra que Satanás usa como pedestal. El ser humano está penetrado de orgullo, incluso del hecho de ser “cristianos”.

Cada cual será santo en la medida que haya evolucionado después de la llamada de Dios. La santidad es edificio que cada uno eleva por sí mismo. La Sabiduría le puede indicar el método y el proyecto pero la obra material toca a cada uno.

Cuando una persona ha recibido dentro de sí a un demonio inteligente es que su inteligencia ha querido a Satanás y Satanás ha puesto en ella una fuerza demoníaca inteligente. En este caso Dios nada puede pues debería violentar la voluntad libre del hombre.

Un milagro dado a una persona maliciosamente culpable, aumenta su culpabilidad porque aumenta su soberbia. Toma el don de Dios como debilidad de Dios y como producto de sus

grandes méritos. Entonces es la ruina completa.

Ser agraciado con dones extraordinarios constituye la prueba más grande y segura del grado de elevación y de voluntad santa en un hombre. Muy frecuentemente, el hombre se embriaga de ello humanamente, y, de espiritual, pasa a ser todo humanidad, y luego baja y se hace satanidad.

El estatuto del Reino cristiano santifica la autoridad con mansedumbre y paciencia, sin estúpidas prisas, sin desviaciones humanas, sin inútiles sublevaciones, obedeciendo donde obedecer no perjudique a la propia alma, llegará a hacer de la autoridad que ahora domina paganamente una autoridad protectora y cristiana. Se ha de cumplir el deber de súbditos para con la autoridad como se cumple el de fieles para con Dios.

Veamos en la autoridad no al opresor sino a alguien que eleva, porque nos proporciona la manera de santificarle y de santificarnos con el ejemplo y el heroísmo.

No se debe jurar nunca sobre el futuro de un hombre. Es la cosa más incierta que hay. Ningún elemento presente en el momento del juramento puede ser fianza de juramente seguro. Hay delincuentes que se hacen santos, y hay justos, o que tienen apariencia de justos, que se hacen delincuentes.

Debemos resignarnos a la muerte pues el Señor ayudará tan paternalmente que no sentiremos miedo.

Salga con el llanto todo rencor y seamos completamente nuevo, puro y manso como debe ser un hijo de Dios

El cristiano no sólo se resigna y sufre el dolor sino que da al dolor un valor mayor: lo ofrece por la redención de los hombres. Pues si bien Dios se ha hecho Hombre para ayudar a los hombres, los hombres pueden ayudar a Dios pues las obras de los justos serán unidas a las de Jesucristo en la hora de la Redención. Es hermoso unirse a la Bondad infinita y contribuir para el bien de los hermanos.

La visión de Dios, la posesión de Dios en el Paraíso son fuentes de una dicha tan infinita, que para los bienaventurados no subsiste ninguna pena. Diligentes y atentos para ayudar todavía a los que pueden ser salvados, no sufren por los que están separados de Dios y, por tanto, de ellos mismos que están en Dios. La comunión de los santos es para los santos.

Cuando uno forma unidad con la Caridad, se pide siempre por la salvación de las almas, hasta el momento del juicio pues habrá espíritus que serán salvados en el último momento.

El pecado es como si fuera un junco que remueve el fondo del agua que parece limpia aflorando el lodo. Si se quita el junco vuelve la paz y el agua, poco a poco, vuelve a ser cristalina y bonita. El arrepentimiento es lo que depura, y el amor es substancia que preserva de todo nuevo empozoñamiento.

El heroísmo de la fe debe formarse en medio de las dificultades.

Al Reino de la Luz iran de oriente y occidente los espíritus rectos, incluso los que por ahora son paganos, idólatras y despreciables.

La tiranía y las imposiciones no pueden modificar ni los sentimientos íntimos ni las consecuencias del bien recibido. Perseguir una doctrina no sirve sino para aumentar su poder, especialmente cuando corresponde en los hechos a lo que se enseña.

No podemos ser sólo personas contemplativas. El mundo nos espera para ser adoctrinado. Los obreros del Señor no pueden estar parados mientras haya campos que sembrar.

Para prepararse a morir no hace falta mucho basta un instante de recogimiento perfecto para prepararse a comparecer ante Dios. Llevar a cabo la voluntad de Dios es siempre preparación para la muerte en santidad.

Si Dios quiere que se sea activo y se obedece, se prepara mejor uno en la acción obediente, que si se encerrase entre solitarias rocas a orar y contemplar.

No se debe humillar a los pecadores rechazándolos cuando tienen un movimiento inicial de bondad que no se debe destruir. Preocúpase el cristiano de despreciarse antes a sí mismo que a los demás. Trate a los pecadores con gran amor, infinito amor.

Para tener infinito amor el hombre debe estar unido a Dios de tal forma que sea una sola cosa con el Origen. Se convertirá a los corazones, no por cómo se hable, sino por cómo se ame. El amor produce gozo y nos dice que no temamos dándonos un poder de expansión en el mundo.

Todas las acciones deben ser sobreabundancia de la caridad, que no se siente ya satisfecha de amar a Dios o al prójimo sólo mentalmente, sino que salta a la palestra, a luchar contra

los enemigos de Dios, para amar a Dios y al prójimo incluso en lo contingente, en acciones incluso materiales, que son vías para acciones más grandes y perfectas que concluyen en la redención y santificación de los hermanos.

Por la contemplación se ama a Dios, pero por la acción se ama al Prójimo. Estos dos amores no están separados, porque uno solo es el amor, y amando al prójimo amamos a Dios, que nos ordena este amor y que nos ha dado al prójimo por hermano.

Hermoso sería que el hombre fuera perfecto como desea el Padre de los Cielos. Perfecto en todos sus pensamientos, afectos, actos. La mayor parte de la humanidad usa la libertad que Dios le ha dado como podría usarla un niño, o un estúpido; o como un malhechor.

Pero luego viene la muerte. Entonces el hombre estará sujeto al Juez, que preguntará severo: “¿Qué uso y qué abuso hiciste de lo que te di?”

¿Cómo hacer que sirva todo para la salvación, incluso lo que proviene de la Corrupción? Aprovechando la abundancia para el Bien, aprovechando la miseria para el Bien. El pobre que no envidia, que no impreca ni atenta contra lo que a otros pertenece, sino que se conforma con lo que tiene, ése, aprovecha su humilde condición para obtener de ella santidad futura. En verdad, la mayoría de los pobres lo sabe hacer. Menos lo saben hacer los ricos, para los cuales la riqueza es una continua trampa de Satanás, de la ternaria concupiscencia.

El fraude no es una cosa bonita y nunca alabará Dios por él a ninguno. Pero seamos astutos con los medios del siglo, para darles un uso como monedas para entrar en el Reino de la Luz.

Hagamos el bien con los medios de que dispongamos, restituyamos lo que hayamos tomado sin derecho, separémonos del apego enfermo y culpable hacia las riquezas. Hagámonos amigos que nos abran las puertas del Reino.

Para que Dios nos de sus bienes espirituales debemos hacer buen uso de los bienes terrenos. En el Paraíso se vivirá con caridad, generosidad y justicia. Todos para Uno y Todos para todos. La comunión de los santos es sociedad activa y honesta, es sociedad santa. Y ninguno que haya mostrado ser injusto e infiel puede entrar en ella. El que es infiel en lo poco sería infiel aunque poseyera el Todo y quien es injusto en lo poco es injusto en lo mucho.

Si pensamos que el hombre no es libre para elegir y que está obligado a seguir un destino argumentando que la Mente perfecta ha establecido ya, como propio designio perfecto, el número

de los que serán dignos de los Cielos se hace una grave injuria al Señor. Y esto es así porque pensando así se admitiría mentalmente que Dios es injusto hacia sus criaturas cuando en realidad Él las ha criado de igual modo y con un mismo amor.

Dios ha dejado libertad a sus hijos de elegir el Bien o el Mal. Había dado a Adán y Eva todos los consejos y si no hubiera puesto el árbol ¿dónde estaría el mérito del hombre?

Nada aumentará el gozo que un santo tendrá cuando posea a Dios. O sea, una cosa sólo lo aumentará en el último Día: el saber que el pecado ya no existe.

Aunque uno viva como un asceta hay que saber elevar el sacrificio creyendo en el Dios verdadero, en la bienaventurada resurrección, en la voluntad libre del hombre.

Nunca es demasiado tarde para quien quiere el bien. Alejemos las cosas que nos han descarriado hasta este momento. Renazcamos a todo por amor a Dios y por amor a nuestra alma.

Dios nos soporta porque sabemos lo que somos y por eso podemos ser trabajado como la pasta. Pero si hiciéramos resistencia y fuéramos tercos, y soberbios sobre todo, se alejaría de nosotros como a demonios.

Las palabras que debemos usar son las estrictamente útiles. Diremos lo que nuestra fe y piedad nos inspiren.

Después de la muerte tendremos mucha paz, después... Sin odio Sin celadas. Sin todo este... horror del pecado contra Jesús... Sin compañías atroces... En paz. Victoriosos con Jesús.

No se castiga un vestido manchado. Se le lava. El alma está profanada y debemos orar para limpiar en el alma y en la carne.

El verdadero sabio, desde el uso de razón en adelante, se conduce de forma tal, que su muerte sea plácida. La vida es la preparación de la muerte, como la muerte es la preparación a la Vida más grande que hay.

La muerte es justo decreto para todos los mortales. El alma sabe, al menos confusamente, cuánto tiempo le es dado. Respecto a la eternidad, prácticamente nada. Y el alma incita a todo el yo a actuar.

Debemos ser justos con los amigos. La amistad es un parentesco del alma.

El mayor delito se empieza desde el momento en que se odia y maldice. No se tiene razón en vengarse. Para castigar está Dios, nosotros debemos amar. Y Dios nos bendeciría en la Tierra y en el Cielo.

No obstante el arrepentimiento atrae de nuevo la bendición de Dios. ¡Pero, cuánto dolor, cuanta angustia se causa uno con el odio!

El rito que no va precedido de una sincera confesión del pecado en supersticioso e inútil.

Soportar las molestias es obra de misericordia.

La miseria del pobre no debe estremecer. El pobre no repugna. Su miseria debe solamente abrir el alma a sentimientos de piedad fraterna. Lo que debe estremecer al cristiano son las miserias morales de los corazones hediondos, de las almas harapientas, de los espíritus llagados.

El ser humano se perjudica cultivando pensamientos de grandeza humana y amistades que se suponen útiles para proporcionar esa grandeza. El cristiano no debe creer en las engañosas palabras del mundo, ni en sus preguntas falaces, hechas con la disculpa de interesarse en lo que se piensa para ayudar. Se debe evitar la tentación.

Dios está con quien tiene la buena voluntad de obedecerle. Dios no mira tanto a las obras altisonantes que el hombre hace por propia iniciativa, cuanto a la humilde obediencia, diligente, fiel, a las obras que Él propone.

Dios elige a quien quiere y depone a quien, habiendo degradado su voluntad con soberbia y desobediencia, desmerece.

Desde siempre la Revelación ha mostrado a Jesús de Nazaret Rey de un reino no humano, que se configura, se construye y cimienta con la inmólación de la Víctima, de la única Víctima que puede recrear el Reino de los Cielos, destruido por Satanás y la primera pareja.

Sacrificios y oraciones no quedan nunca frustrados, no quedan nunca sin premio.



Dios no hace nunca nada sin una finalidad, como tampoco deja sin premio nada de lo que hacen los que tienen recto corazón. ¡Bienaventurados los que saben ver las razones de Dios en las cosas que suceden, incluso en las más insignificantes, y las respuestas de Dios a los sacrificios de los hombres!

Sócrates, el maestro griego, a pesar de estar en el error de una religión no verdadera, estaba en la verdad llamando inmortal al alma. Buscador de lo Verdadero y cultor de la Virtud, sentía en el fondo de su espíritu susurrar la voz del Dios desconocido, del verdadero Dios, del Dios único: el altísimo Padre de quien Jesús viene para llevar a los hombres a la Verdad. El hombre tiene un alma. Una. Verdadera. Eterna. Señora. Merecedora de premio o castigo. Toda suya. Creada por Dios. Destinada, en el Pensamiento creador, a volver a Dios.

El cuerpo, la carne lleva la señal del Pulgar eterno. La mente, joya encerrada en el cofre de la cabeza, desde donde emana sus sublimes rayos. Grande, superno don de Dios Creador, que nos ha hecho según su Pensamiento como formas, o sea, obra perfecta de órganos y miembros, y nos ha dado su semejanza con el Pensamiento y con el Espíritu. Pero la perfección de la semejanza está en el espíritu. Porque Dios no tiene miembros ni calígine de carne, como tampoco tiene sentidos ni fómite de lujuria, sino que es Espíritu purísimo, eterno, perfecto, inmutable, incansable en el obrar, y se renueva continuamente en sus obras, adecuadas paternalmente al camino ascendente de su criatura. El espíritu, creado por una misma Fuente de potencia y bondad, para cada hombre, no conoce inicial variación de perfección, pero conoce muchas variaciones a partir de su infusión en la carne. Uno solo es el Espíritu increado y perfectísimo, y que siempre ha permanecido así; tres han sido los espíritus creados perfectos.

Jesús de Nazaret en su Carne tiene el Espíritu divino, no creado sino generado por el Padre por exuberancia de amor. Y tiene alma, el alma que le ha creado el Padre, siendo el Hombre; alma perfecta como conviene al Hombre Dios.

Los espíritus creados por una misma Fuente con igual medida de perfección, sufren luego, por su mérito y voluntad, una dúplice metamorfosis.

No hay más que una vida. En ella el alma, que ha recibido la semejanza inicial con Dios, pasa, por la justicia fielmente practicada en todas las cosas, a una más perfecta semejanza, a una, se diría, segunda creación de sí misma, por lo que pasa a una doble semejanza con su Creador, haciéndose capaz de pasar a poseer la santidad, que es perfección de justicia y semejanza de hijo con el Padre. Ésta se da en los bienaventurados, o sea, en aquellos que Sócrates dice que habita en el Hades, mientras que Jesús dice que, cuando la Sabiduría dijo sus palabras y

las firmó con la sangre, éstos son llamados los bienaventurados del Paraíso, del Reino, es decir, de Dios.

El cristiano no desprecia la vida. La ama como la cosa más útil para comprar la salvación del mundo.

Sócrates dice que los dioses aman lo santo, y si uno es santo, debe tener sed de volver a la Santidad de la cual ha venido. También dice Sócrates que quien es santo anhela hacer cosas gratas a los dioses. ¿Qué cosa más grata que restituir al abrazo del Padre a los hijos que la culpa ha alejado y dar al hombre la paz con Dios, fuente de todo bien?

El pensamiento de los hombres -cuando es pensamiento bueno- no es sino reflejo de un pensamiento de Jesús. Cuanto no es bueno no es de Jesús.

El espíritu es inmortal. El de cada uno de los hombres. También lo es el Espíritu del Hijo de Dios que va tras su muerte con su Espíritu operante... Habla en las catedrales y en los corazones... No conoce pausa su evangelización... El Evangelio recorrerá la Tierra pasando a la cabeza de su ejército de santos y le lleva al Cielo.

El Reino de Cristo no es de este mundo. No tendrá palacios ni soldados. No impondrá leyes humanas. No distribuirá dinero, pero enseñará a los mejores a hacerlo. Y los pobres encontrarán no dos o diez o cien amigos entre los ricos, sino que todos los que creen en el Maestro unirán sus bienes para ayudar a los hermanos sin bienes. Porque de ahora en adelante no se llamará “prójimo” al propio semejante, sino “hermano”, en nombre del Señor”.

Dios ha hecho bien uniendo al hombre y a la mujer como si fueran una carne sola. La carne no puede odiarse a sí misma. Solamente una gangrena o una lepra o una desventura pueden separar un miembro del resto del cuerpo. Entonces ¿por qué el hombre pecador convencido de estas cosas, no ama a su carne; y tanto la odia, que hace surgir una gangrena entre uno y el otro miembro, por lo cual, el miembro más débil, cayendo en mortificación, se separa y le deja solo? Porque Satanás entra, a turbar, entre uno y su mujer. Es más, entra con una amor desordenado hacia la mujer. El amor, cuando es desordenado se transforma en odio. Satanás trabaja en la sensualidad de varón para conseguir hacer pecar. Porque ahí comienza el pecado, a partir de un desorden que va engendrando nuevos y cada vez mayores desordenes. Entonces uno no ve en su mujer solamente la buena compañera y la madre de los hijos, sino también el objeto de placer. Y esto pone pupilas como las del buey, que ve todo alterado. Entonces se ve como uno ve. Así se ve a la mujer. Objeto de placer para uno, se juzga lo

mismo para los demás; y de aquí vienen los febriles celos, el miedo infundado, la arrogancia pecaminosa que hace de ella una miedosa, una encarcelada, una torturada, una calumniada. ¿Qué importa si no se la pega, si públicamente no se la vitupera? ¡Toda sospecha es un palo! ¡Tu duda es una calumnia! Se la calumnia pensando de ella que es capaz de traicionar. ¿Qué importa si se la trata como su rango impone? En lo íntimo de tu casa es para ti menos que una esclava, por la bestialidad lujuriosa, que la humilla sobremedida, y que ha sido soportada siempre por ella en silencio y con docilidad esperando persuadir, calmar, hacer bueno, y lo cual no ha servido sino para aumentar la exasperación, hasta el punto de hacer uno de su casa un infierno donde rugen los demonios de la lujuria y de los celos. ¡Los celos! ¿Qué habrá más calumniador, para una esposa, que los celos? ¿Qué, más claramente indicador del estado real de un corazón que los celos? Se debe creer que donde los celos se anidan no hay ni amor al prójimo ni amor a Dios. Lo que hay es egoísmo.

Cuando uno ha pecado mucho en la lujuria Cristo puede adormecer, circunscribir, poner frenos y límites a este demonio... pero uno mismo es el que tiene que trabajar en su resurrección. Los que Cristo ha convertido han ido a él con la plena voluntad de hacerse nuevos, de quedar liberados... Habían obrado ya, con sus propias fuerzas, el comienzo de su redención.

Durante el tiempo en que Cristo circunscribe el poder del demonio uno debe meditar y elevarse. Proponerse tomar una nueva vida. Una vida de una persona dotada de alma. Y no la vida de animal llevada anteriormente.

Es tan simple... ser humilde, confesar el propio tormento. Querer ser perdonado por Dios. Pedirle perdón, porque así se recibirá el perdón de Dios.

¡Cuánto mal crea la indisciplina de los sentidos, el desorden en los afectos! La persona que es buena y fiel al estar más angustiada no espera más que una palabra para poder decir: "Todo te es perdonado".

La gratitud se debe mostrar no con palabras sino con obras. Mejor ser diligentes en dejar que ávidos en recoger. Dios bendice a los generosos. Dar es mejor que recibir, porque obliga al juro Dios a dar más abundante retribución a aquel que fue compasivo.

Observemos en la naturaleza qué cosa más admirable es la providencia de Dios. No ignorando que sin ciertos órganos el escarabajo como insecto, creado para ser un crisólito volador sobre la hierba de los prados, no podría nutrirse, le ha provisto de esos minusculísimos filamentos en la superficie de sus patitas.

El insecto sólo dispone de su pequeño instinto; perfecto en relación con su naturaleza,

suficiente para todo lo que necesita, pero muy inferior al pensamiento humano. Por eso el insecto no es responsable si hace una mala acción. No así el hombre. El hombre dispone de una luz de inteligencia superior, y le aumentará en la medida en que aumente su instrucción en las cosas de Dios. Por eso será responsable de sus acciones.

El hombre aunque débil si fortalece su debilidad con la confianza en Jesús, se hace fuerte. Satanás es como una araña que está tendiendo su lazo desde una ramita a un talluelo. ¡Es tan fina y subrepticia...! Sus hilos parecen resplandecientes, parecen plata de impalpable filigrana y por la noche serán invisibles. Por la mañana al alba estarán esplendorosas de gemas, y las moscas imprudentes, que dan vueltas por la noche en busca de alimento poco limpio, caerán dentro, y también las mariposas ligeras, que se ven atraídas por lo que resplandece...

El amor de Cristo hace, respecto a Satanás, lo que hace la mano: destruye la tela. La araña huye y se esconde. Tiene miedo del más fuerte. También Satanás tiene miedo del más fuerte. Y el más fuerte es el Amor.

No obstante la araña hace su deber. Es verdad que mata a las pobres mariposas, que son tan bonitas, pero extermina también a un gran número de moscas sucias que transmiten enfermedades y contaminaciones de enfermos a sanos, de muertos a vivos.

La araña hace, en nuestro caso, lo que hace la buena voluntad en nosotros. Destruye las tibieza, los quietismos, las vanas presunciones. Nos obliga a estar vigilantes. ¿Qué es lo que nos hace dignos de premio? La lucha y la victoria. ¿Podemos vencer sin luchar? La presencia de Satanás obliga a una vigilancia continua. Por su parte el Amor que nos ama, hace que esta presencia no sea inexorablemente nociva. Si estamos cerca del Amor, Satanás intenta, pero queda incapacitado para perjudicar verdaderamente. Siempre. En las cosas grandes y en las pequeñas. Por ejemplo, una cosa pequeña es que inútilmente aconseja tener cuidado de la salud. Es un consejo subrepticio para tratar de separarnos de Jesús. Cuando el Amor está bien afianzado los dolores pierden valor incluso ante nuestros ojos.

Aunque uno perciba que el corazón de un hermano no se salvará debe estar contento por el simple deseo de salvarlo. Porque el simple deseo de ese momento, flor en la landa de su corazón, hace que el Padre mire benignamente a ese discípulo al que amamos y que no puede salvarse. ¿Qué más quisiera Jesús, sino que el Padre mirase a todos y con amor? Debemos estar dichosos, para dar al desdichado también ese medio para resurgir. El acicate de nuestra alegría al verle volver a Jesús.

Al alma que, caída, va al ministro de Dios y confiesa su error, al amigo o hijo, al marido o hermano que, habiendo errado, vienen diciendo: “Tenme contigo. Quiero no cometer más

errores para no causar más dolor a Dios y a ti”, no se le debe privar de la satisfacción de ver nuestra dicha por verlos deseosos de hacernos felices. Se requiere un tacto infinito en el cuidado de los corazones.

De la creación todo debe gustarnos. Tanto las flores entre las cosas predilectas como la víboras son útiles.

Si Dios las ha hecho es señal de que son útiles. Nada inútil, totalmente nocivo, hay en la creación. Sólo el Mal es netamente, y solamente, nocivo.

¡Ay de aquellos que se dejan morder por él! Uno de los frutos de su mordisco es la posterior incapacidad de distinguir el Bien del Mal, es la desviación hacia cosas no buenas de la razón y de la conciencia pervertida, y es la ceguera espiritual, por la cual, ya no se ve resplandecer la potencia de Dios en las cosas... incluso en las diminutas. En esta flor, la potencia de Dios está grabada, por la belleza, el perfume, la forma tan distinta de la de todas las demás flores, por esta gota de rocío que tiembla y brilla suspendida del borde céreo del minúsculo pétalo (y parece una lágrima de gratitud para el Creador que ha hecho todo, y todo bien, todo útil, todo variado). Pero está escrito que todo era hermoso para los dos primeros, hasta que le vinieron las cataratas del pecado... Y todo les hablaba de Dios, hasta que en las cosas, o mejor: en sus pupilas, fue instilado el humor que trastornó su capacidad de ver a Dios... También en el momento actual, cuanto más se revela Dios, más el espíritu es rey en una criatura...

El lirio de los valles es la flor preferida de Jesús. Por su humildad. Todo en él habla de humildad... Los lugares que prefiere... la actitud de la flor... Le hace pensar en su Madre... Esta flor... tan pequeña y, sin embargo, cómo perfuma un solo escapo. El aire de alrededor queda perfumado... También su Madre humilde, modesta, ignorada y que no pedía otra cosa sino seguir siendo ignorada... Y sin embargo su perfume de santidad fue tan intenso, que le aspiró del Cielo...

Jesús, para cantar las alabanzas de su Madre, la llama Lirio del valle y pacífico Olivo.

El gustar saber muchas cosas es un defecto. Como es mérito grande el dominarse a sí mismo. Esto demuestra, en quien lo hace, una buena, seria evolución en lo espiritual, un verdaderamente activo aprender y asimilar las lecciones del Maestro.

Jeremías nos dijo lo que será de aquellos que ante la centella del enojo divino responden con aumento de pecado, de aquellos que toman la piedad divina como prueba de debilidad por parte de Dios. Porque de Dios nadie se burla, hijos. Nosotros, como dijo el Eterno por boca

de Jeremías, somos como la arcilla en manos del alfarero, como arcilla son los que se creen potentes, como arcilla son los habitantes de cualquier lugar y los de cualquier palacio. No hay poder humano que pueda oponer resistencia a Dios. Y si la arcilla se opone al alfarero y quiere tomar formas extrañas, horribles, el alfarero reduce de nuevo lo ya hecho a un puñado de arcilla y da nueva forma a su vasija, hasta que ésta se persuade de que el más fuerte es el alfarero y hasta que no se pliega a su voluntad. Y puede incluso suceder que la vasija, por obstinarse en no dejarse modelar, por repeler el agua con que el alfarero la moja para poder modelarla sin grietas, quede reducida a fragmentos. Entonces el alfarero arroja a la basura la arcilla reacia, los cascos inútiles, intrabajables, y toma arcilla nueva y la plasma en la forma que mejor le parece.

El honesto no necesita juramentos. Sus obras son juramentos y testimonios.

El Reino de Jesús, siendo espiritual, tiene por súbditos a los espíritus. Y los espíritus no tienen necesidad de palacios, casas, guardias, muros, sino de conocer la Palabra de Dios y ponerla en práctica: lo que se está produciendo en los buenos.

La propiedad de la Palabra autoriza a Jesús. Da lo que tiene. Uno que tiene vida puede dar la vida. Uno que tiene dinero puede dar dinero. Jesús tiene por su eterna naturaleza la Palabra; pues el Amor le mueve a este don de dar a conocer el Pensamiento del Altísimo, que es su Padre.

A Jesús más le hubiera perjudicado mentir, porque hubiera sido desnaturalizar su Naturaleza y renegar de Aquel de quien procede.

Jesús es Dios, el Verbo de Dios. Lo es. La Verdad no miente. La Verdad no hace cálculos. La Verdad es heroica. El Verbo de Dios traduce el Pensamiento de Dios, y Dios es Verdad.

En tiempos de Jesús, cuando pasó de nuevo Dios - el más verdadero paso porque realmente Dios pasó visible entre nosotros, reconocible por sus signos -, la salvación se detendrá en aquellos que estén señalados con la señal salvífica de la Sangre del Cordero. Porque, en verdad, todos hemos sido señalados por ella, pero sólo los que aman al Cordero y amen su Signo obtendrán de esa Sangre salvación. Para los otros será la marca de Caín. Y ya sabéis que Caín no mereció volver a ver el rostro del Señor, y que jamás conoció descanso. Y, con el peso a sus espaldas del remordimiento, del castigo y de Satanás, su cruel rey, fue errante y fugitivo por la Tierra mientras tuvo vida. Gran figura, grande, del Pueblo que agradecerá al

nuevo Abel...

El signo de Jesús es la Tau de Ezequiel.

Si entre los signados hay pecadores, su castigo será aún más tremendo, porque los adúlteros del espíritu, los apóstatas, los que después de haber sido seguidores de Dios sean sus asesinos serán los más grandes en el Infierno.

Si no se hubiera conocido a Jesús, si no se hubiera podido constatar sus obras, si no se hubiera podido verificar sus palabras, no se tendría culpa. Pero conocemos las Escrituras y vemos sus obras. Podemos confrontarlas. Y, si lo hacemos con honestidad, le veremos a él en las palabras de la Escritura, y veremos las palabras de la Escritura traducidas en obras en él. Por eso, no seremos justificados de no reconocerle y de odiarle. Demasiadas abominaciones, demasiados ídolos, demasiadas fornicaciones, donde sólo Dios debería estar. La salvación está en repudiar estas cosas y en acoger a la Verdad que nos habla. Por eso, donde matamos o tratamos de matar seremos muertos. Y por eso seremos juzgados donde todo poder humano viene a menos y solamente el Eterno es Juez de sus criaturas.

Jesús se muestra veraz. Él es la Luz. La Luz ha sido enviada para iluminar las Tinieblas. Y la Luz debe resplandecer libremente. Sería inútil el que el Altísimo hubiera enviado su Luz, si luego la hubiera cubierto. No hacen eso los hombres cuando encienden una luz, porque habría sido inútil encenderla. Si la encienden es para que ilumine y que el que entre en la casa vea. Jesús viene a dar Luz a la entenebrecida casa terrena de su Padre, para que los que la habitan vean. Y la Luz brilla. Bendigámosla si con su rayo purísimo nos descubre reptiles, escorpiones, trampas, telas de araña, grietas en las paredes. Nos hace esto por amor. Para darnos la manera de conocernos, limpiarnos, arrojar los animales perjudiciales - las pasiones y los pecados -; para darnos la manera de reconstruirnos antes de que sea demasiados tarde; para darnos la manera de ver dónde ponemos el pie - en la trampa de Satanás - antes de que nos hundamos. Pero para ver, además de la luz nítida, es necesario tener el ojo limpio. A través de un ojo cubierto de materia por una enfermedad, no pasa la luz. Limpiemos nuestros ojos. Limpiemos nuestro espíritu para que la Luz pueda descender y entrar en nosotros.

Jesús más que las señales en los vestidos, vigila que no haya señales de horror en los corazones. Solicita que se lleve indumentos no tan adornados, para no escandalizar a nadie.

Hace falta humildad y recíproca indulgencia cuando se entabla una discusión. Sólo Dios es perfecto.

Es un pensamiento justo el de que sólo debe ser admirado Dios. Sólo Dios. Pero se puede admirar a Dios también en una flor, reconociendo que Él es el artífice de la flor.

Hagamos obras que sean dignas de Dios, y no mezquindades que no se elevan por encima del polvo para el cual y del cual esten hechas, del pobre polvo que es el hombre considerado como criatura animal, barro compuesto en una forma y que a ser polvo vuelve, polvo dispersado por el viento de los siglos. Hagamos obras que permanezcan, obras regias y santas, obras que se coronen de la divina bendición. Hagamos caridad, hagamos limosna, seamos honestos, seamos puros en las obras y en las intenciones, y sin recurrir al agua de las abluciones todo será puro en nosotros.

El cristiano ama la muerte y se la ofrece al Señor por su misma intención. Pide bendición para saber sufrir y para redimir.

Hay que habituarse también a las separaciones. Y son útiles para probar la fuerza de los afectos. Se entienden mejor los corazones amados viéndolos con ojo espiritual, desde lejos. Cuando, no bajo el efecto del gusto humano por la cercanía física del amado, se puede meditar en su espíritu y en su amor...

Dios había puesto el amor entre los hombres. Pero los hombres, en su lugar, han metido el odio... Y el odio divide no sólo a los enemigos entre sí, sino que también se introduce astutamente para separar a los amigos.

Jesús debía salvar. Y eso lo explica todo. El altar estaba allí, y allí estaba la cátedra. No podía ir a otro lugar. Ello no hubiera cambiado lo que estaba decidido. No. Ni en la Tierra ni en el Cielo. Lo único que hubiera hecho sería empañar la pureza espiritual de la figura mesiánica. Hubiera sido “el cobarde” que se salva con la fuga. Debía dar ejemplo, a los del presente y a los del futuro, de que en las cosas de Dios, en las cosas santas, no hay que ser cobardes...

Son las obras, no las prácticas, las que revelan a Dios vivo en el corazón de los hombres y llevan a los hombres a Dios.

El que sigue a Jesús no debe tener preocupaciones humanas.

Hay levadura y levadura. Está la levadura del Bien y está la del Mal. La levadura del Mal, veneno satánico, fermenta con mayor facilidad que la del Bien, porque encuentra la

materia más adecuada para su fermentación en el corazón del hombre, en el pensamiento del hombre, en la carne del hombre, seducidos los tres por una voluntad egoísta, contraria, por tanto, a la Voluntad universal que es la de Dios.

La voluntad de Dios es universal porque no se limita nunca a un pensamiento personal, sino que tiene presente el bien de todo el universo. A Dios nada puede aumentarle ninguna perfección, habiendo poseído siempre todo de forma perfecta. Por tanto, no puede haber en Él un pensamiento de propia ganancia en la base de ninguna acción suya.

Cuando se dice: “Se hace esto para mayor gloria de Dios, en el interés de Dios”, no es porque la gloria divina sea susceptible en sí misma de aumento, sino porque toda cosa que en la creación lleve una impronta de bien y toda persona que haga el bien - y por tanto merezca poseerle -, se adorna con el signo de la Gloria divina y da así gloria a la Gloria misma, que ha creado gloriosamente todas las cosas: testificando con hechos acerca del Origen perfecto del que proceden.

Por eso Dios, cuando nos manda, nos aconseja o nos inspira una acción, no lo hace por interés egoísta, sino por un pensamiento altruista, caritativo, de bienestar nuestro. Por eso la voluntad de Dios no es nunca egoísta; antes bien, es una voluntad enteramente abierta al altruismo, a la universalidad; la única y verdadera fuerza en el mundo universo que tenga pensamiento de bien universal.

Pero la levadura del Bien, germen espiritual que viene de Dios, crece con mucha adversidad y esfuerzo, con mucha dificultad, teniendo como tiene, en contra, los estímulos propicios para la otra levadura: la carne, el corazón y el pensamiento del hombre, impregnados de egoísmo que es la antítesis del Bien. Falta en la mayoría de los hombres la voluntad de bien, y por tanto el Bien pierde la fecundidad y muere, o vive tan precariamente, que no fermenta: se queda ahí. No hay culpa grave, pero tampoco hay un esfuerzo para hacer el máximo bien. Por eso el espíritu yace inerte; no muerto, pero sí infructífero.

Consideremos que no hacer el mal sirve solamente para evitar el Infierno. Para gozar en seguida del hermoso Paraíso es absolutamente necesario hacer el bien. En la medida en que se logre hacer. Luchando contra uno mismo y contra los demás. Porque Jesús ha dicho que había venido a traer guerra y no paz entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas, cuando esta guerra viniera del hecho de defender la Voluntad de Dios y su Ley contra las supercherías de las voluntades humanas, orientadas en direcciones contrarias a lo que Dios quiere.

“Puesto que lo ama”. Éste es el secreto del éxito o del no éxito. Se tiene éxito cuando se ama. Se tiene poco éxito cuando se ama raquíticamente. No se tiene ningún éxito cuando no se ama. En cualquier cosa. Con mayor razón en las cosas de Dios, donde, por ser Dios

invisible para los sentidos corporales, hace falta tener un amor que me atrevería a llamarle perfecto, respecto a la perfección que puede tocar la criatura, para tener éxito en una empresa, en la santidad en este caso.

Donde está el tesoro está el corazón del hombre. No sólo en el mal. También en el bien. ¿Los santos no han tenido, acaso, en la vida su corazón en donde estaba su tesoro: Dios? Sí. Y, por este motivo, mirando sólo a Dios, supieron pasar por la Tierra sin corromper su alma con el fango de la Tierra.

Nunca se va con los pecadores para aprobar su pecado sino para sacarlos del pecado, a menudo porque ellos ya sólo tienen lo externo del pecado: el alma contrita estaba ya transformada en una nueva alma viva para expiar. Entonces se está ya no con un pecador sino con un redimido que necesita sólo un guía para sujetarse en medio de su debilidad de resucitado de la muerte.

La actitud de un hombre arrepentido nos enseña el poder de la recta intención que suscita el deseo. El deseo recto que impulsa a buscar una cognición cada vez mayor del bien y a buscar a Dios continuamente hasta alcanzarle. Un recto arrepentimiento que da el coraje de la renuncia.

¿Podrá, acaso, un espíritu que ha visto a Dios encontrar ya atracción alguna en las pequeñas cosas de la Tierra?

Lo que tiene valor para un cristiano es el tener el corazón limpio. Jesús no retiene a nadie a la fuerza... el cristiano es el que quiere estar con Él. La caridad hace un templo en todo lugar. Y en el Templo de la caridad está Dios. Si todos nos amáramos, la Tierra sería toda un Templo. Estemos en paz. Pentecostés quiere decir “Amor”. Manifestación del amor. Nunca hay que sentir rencor sino ofrecer el perdón y el sufrimiento por la redención humana.

Hay quien se da a Satanás abriendo una puerta a un vicio capital. Hay quien se da dos veces, quién tres, quién siete. Cuando uno ha abierto el espíritu a los siete vicios, entonces entra en él un espíritu completo. Entra Satanás, el príncipe negro.

Tres son las vías generalmente holladas por Satanás, y una no falta nunca. Tres: la carnalidad, el dinero, la soberbia de la mente. La carnalidad es la que no falta nunca. Emisaria

de las otras concupiscencias, pasa sembrando su veneno y todo florece con floración satánica. Por esto os digo: “Sed dueños de vuestra carne”. Que sea este dominio el comienzo de cualquier otro dominio, de la misma forma que esta esclavitud es el comienzo de cualquier otra. El esclavo de la lujuria se hace ladrón y tramposo, cruel, homicida, con tal de servir a su ama. La misma sed de poder está emparentada con la carne. Por la carne Satanás entró en el hombre, y, feliz si puede hacerlo, por la carne entra de nuevo; él, uno y septipartito, con la proliferación de sus legiones de demonios menores.

No obstante aunque alguien tenga siete demonios como María de Magdala y quiere ser liberada de su posesión la liberación de Jesús puede producirse con mucha facilidad. Quiere. La voluntad es todo.

La mujer no es igual que el hombre ni en su formación ni en las reacciones a la culpa original. El hombre tiene otras metas para su deseo, mejor o peor. La mujer tiene una meta: el amor. El hombre tiene otra formación. La mujer tiene ésta, sensible, aún más perfecta porque está destinada a la generación. Toda perfección genera un aumento de sensibilidad. Un oído perfecto oye aquello que pasa desapercibido a otro oído menos perfecto, y goza en ello. Y así el ojo, el paladar y el olfato. La mujer debía haber sido la dulzura de Dios en la Tierra; debía haber sido el amor, la encarnación de este fuego que mueve Aquel que es; la manifestación, el testimonio de este amor. Dios, por reso, la había dotado de un espíritu supraeminentemente sensible, para que, madre un día, supiera y pudiera, a sus hijos, abrirles los ojos del corazón al amor hacia Dios y hacia sus semejantes, de la misma forma que el hombre habría abierto los ojos de la mente a sus hijos para la inteligencia y la acción. Reflexionando sobre el imperativo de Dios a sí mismo: “Hagámosle a Adán una compañera”. Dios-Bondad no podía sino querer hacer una buena compañera a Adán. Quien es bueno ama. La compañera de Adán debía, por tanto, ser capaz de amar para acabar de hacer dichoso el día de Adán en el Jardín feliz. Debía ser tan capaz de amar, que fuera segunda, colaboradora y substituta de Dios en amar al hombre, su criatura, de forma que, incluso en las horas en que la Divinidad no se revelaba a su criatura con su voz de amor, el hombre no se sintiera infeliz por falta de amor. Satanás sabía que existía esta perfección. Muchas cosas sabe Satanás. Es él el que habla en los labios de los pitones, diciendo mentiras entremezcladas con verdades. Y dice estas verdades, que él odia porque es Mentira, sólo para seducir con la quimera de que uno no es la Tiniebla la que habla sino la Luz. Satanás, astuto, tortuoso y cruel, se introdujo en esta perfección y ahí mordió, y ahí dejó su veneno. La perfección de la mujer en el amar se hizo así instrumento de Satanás para dominar a la mujer y al hombre y propagar el mal.

No obstante no todas las mujeres sirven de instrumento a Satanás. Perfectas en el

sentimiento, son siempre extremas en la acción: ángeles, si quieren ser de Dios; demonios, si quieren ser de Satanás. Las mujeres santas, quieren ser de Dios, y son ángeles.

No juzguemos nunca las obras de Dios. Pensemos más bien, que, como por la mujer entró el Mal, por la Mujer es justo que entre el Bien en el mundo. Debe ser anulada una página escrita por Satanás. Y lo hizo el llanto de una Mujer. Y, puesto que Satanás gritará eternamente sus voces, he aquí que una voz de Mujer cantará para cubrir esas voces. En verdad su voz ya ha descendido de los Cielos donde eternamente cantaba su aleluya.

Invertirá a Eva y a su ternario pecado. Obediencia absoluta. Pureza absoluta. Humildad absoluta. Sobre esta base se erguirá, regia y victoriosa.

Grande es quien hace la voluntad de Dios. Y María por esto es grande. Todo otro mérito viene de Dios. Pero éste es todo suyo, y bendita sea por ello.

Juzguemos. Juzguemos por nosotros mismos, porque tenemos un juicio libre y podemos juzgar con justicia. Hay un modo seguro para comprender si un prodigio viene de Dios o de un demonio. Y es lo que experimenta el alma. Si el hecho extraordinario viene de Dios, se infunde paz en el alma, paz y júbilo majestuoso; si viene de un demonio, con el prodigio viene turbación y dolor. Y también viene paz y júbilo de las palabras de Dios, mientras que de las de un demonio - sea demonio espíritu o demonio hombre - viene turbación y dolor. Y también de la proximidad de Dios viene paz y júbilo, mientras que de la proximidad de espíritus u hombres malvados viene turbación y dolor.

Toda duda suscitada por palabras deliberadamente dañinas son la última venganza de Satanás cuando sale de alguien vencido y está deseoso de recuperar la presa perdida.

No acojamos en el corazón lo que es de los que son del mal. Ni sus insinuaciones ni sus sistemas. Y ni siquiera la idea: "son malos y, a pesar de ello, triunfan". Acordémonos de las palabras de la Sabiduría: "Breve es el triunfo del pérfido" y de las otras, de los Proverbios: "No sigáis, hijo, los ejemplos de los pecadores y no escuches las palabras de los impíos, porque quedarán atrapados en las cadenas de sus culpas y engañados por su gran necesidad" No introduzcamos en nosotros lo que es de aquellos que nosotros mismos,, aún siendo imperfectos, juzgamos injustos. Introduciríamos en nosotros la misma levadura que los corrompe a ellos. La levadura de la hipocresía. Que la hipocresía no esté nunca en nosotros, ni respecto a las formas del culto a Dios, ni respecto al modo de manifestarnos con los hermanos. Pensemos que no hay nada oculto que no pueda ser descubierto, nada escondido que no termine siendo conocido.

Lo que se dice en la obscuridad termina siendo revelado por la Luz, y lo que se trama en

secreto en una habitación puede ser revelado con si hubiera sido preparado en una plaza. Porque todo hombre puede tener su delator. Y porque Dios ve a todos los hombres, y Dios puede intervenir y desenmascarar a los culpables.

Por eso hay que actuar siempre con honestidad para vivir con paz. Y quien vive así no tenga miedo. Ni miedo en esta vida, ni miedo por la otra vida. Ni miedo de los que matan pero que después de eso no pueden hacer más. Temamos a aquellos que, después de habernos hecho morir, nos pueden mandar al infierno, o sea temamos a los vicios, a los malos compañeros, a los falsos maestros, a todos los que nos insinúan el pecado o la duda en el corazón, temamos a los que más que al cuerpo tratan de corromper al alma y llevarnos a la separación de Dios y a pensamientos de desesperación de la divina Misericordia. Porque en ese caso nuestra muerte será eterna.

Hijos somos mientras no renunciemos por propia iniciativa a serlo, por nuestra libre voluntad. Y se renuncia a esta filiación cuando uno reniega de Dios y del Verbo que Dios ha enviado al mundo para llevar a los hombres a Dios. Entonces si uno no quiere reconocer a Jesús ante los hombres, por temor a un daño por causa de este reconocimiento, entonces tampoco Dios le reconocerá delante de los ángeles del Cielo; y quien haya renegado de Jesús delante de los hombres será negado como hijo ante los ángeles de Dios. Y quien haya hablado mal y contra el Hijo del hombre será todavía perdonado, porque Jesús intercederá ante el Padre por su perdón; pero el que haya blasfemado contra el Espíritu Santo no será perdonado. ¿Por qué esto? Porque no todos pueden conocer la extensión del Amor, su perfecta infinitad, y ver a Dios en una carne semejante a toda otra carne de hombre. Los gentiles, los paganos no pueden creer esto por fe, porque su religión no es amor. Es una culpa no creer en Jesús de Nazaret. Pero, cuando ésta se se apoya en un excesivo temor de Dios, todavía se perdona. Sin embargo, no puede ser perdonado aquel que no se rinde a la verdad que se transparenta a través de los actos de Jesús, y niega al Espíritu de Amor el que haya podido mantener la palabra dada de enviar al Salvador en el tiempo establecido, el Salvador precedido y acompañado por los signos anunciados. Los que persiguen a Jesús y conocen a los profetas. Las profecías están llenas de Él. Conocen las profecías y conocen lo que Jesús ha hecho. La verdad es manifiesta. Pero la niegan por voluntad de negarla.

Sistemáticamente niegan que Jesús sea no sólo el Hijo del hombre, sino también el Hijo de Dios anunciado por los profetas, el Nacido de una Virgen no por voluntad del hombre sino del Amor eterno, del eterno Espíritu que le ha anunciado para que los hombres le pudieran reconocer. Ellos, para poder decir que la obscuridad de la espera del Cristo continúa, se obstinan en tener cerrados los ojos para no ver la Luz presente en el mundo, y por eso reniegan del



Espíritu Santo, de su Verdad, de su Luz. Y para éstos el juicio será más severo que para los que no lo saben. Y llamar a Jesús de Nazaret “satanás” no les será perdonado, porque el Espíritu por él hace obras divinas, no satánicas. Y llevar a otros a la desesperación cuando el Amor los ha llevado a la paz no será perdonado. Porque todas estas cosas son ofensas al Espíritu Santo, a este Espíritu Paráclito que es Amor y da amor y pide amor, y que espera mi holocausto de amor para derramarse en amor de sabiduría que iluminará los corazones de sus fieles.

No esté inerte nuestra voluntad de ser salvados. No pretendamos que Dios lo haga todo. Dios respeta nuestro libre arbitrio. Nos dará fuerzas para llegar a “querer”. Pero querer no ser esclavos debe venir de nosotros.

Nadie debe gloriarse de cumplir con el propio deber y exigir por ello, que es una obligación, especiales favores. El siervo debe servir a su señor, y éste no le queda deudor porque el siervo haya hecho lo que por la mañana el señor había ordenado. Porque si es verdad que el señor tiene el deber de ser humano con el propio siervo, así el siervo tiene del deber de no ser holgazán y dilapidador, sino de cooperar al bienestar de su señor, que le viste y le da de comer.

Así también nosotros debemos decir siempre: “Somos siervos inútiles, porque no hemos hecho sino nuestro deber”. Si razonamos así, veremos como no sentiremos ya más surgir en nosotros ni exigencias ni malos humores, y obraremos con justicia.

Dios nos ha dado tanto que, por justicia, todo heroísmo nuestro sería siempre poco. Pero el Señor es tan bueno, que mide lo que le da no con su medida infinita. Lo mide con la medida limitada de la capacidad humana. Y, cuando ve que hemos dado sin parsimonia, con una medida colmada, rebosante, entonces dice: “Este siervo mío me ha dado más de cuanto era su deber. Por eso le daré la sobreabundancia de mis premios”.

El alma pura posee la sabiduría, que es la que habla en el corazón del hombre justo. Pocos, demasiado pocos serían los que podrían poseer la sabiduría por ser puros desde siempre. Pero el arrepentimiento y la buena voluntad hacen al hombre, antes culpable e imperfecto, justo; entonces la conciencia recobra su virginidad en el lavacro de la humildad, de la contrición y del amor; y, virgen así de nuevo, puede emular a los puros.

Nadie está exento de repreensión. Jesús reprende la acritud e intransigencia que se tenga hacia un compañero puesto que si él tiene sus culpas nosotros también tenemos las nuestras. Y la primera es la de no saber ayudarle a formar esa alma. Le exasperamos con nuestras

palabras. Los corazones no se vencen con la violencia. ¿Creemos que tenemos derecho a censurar todas sus acciones? ¿Nos sentimos tan perfectos como para poder hacerlo? Recordemos que Jesús, nuestro Maestro, no lo hace, porque ama a esa alma informe. ¿Creemos que goza de su estado? ¿Y cómo vamos a poder ser mañana maestros de espíritus, si no nos ejercitamos con un compañero en usar la infinita caridad que redime a los pecadores?

Con la reprensión va unido el perdón, porque sabemos comprender la razón del rigor y porque la humildad del corregido desarma al que corrige.

No hay límite para el amor y el perdón. No lo hay. Ni en Dios ni en los verdaderos hijos de Dios. Mientras hay vida no hay límite. La única barrera que es obstáculo para que descienda el perdón y el amor es la resistencia impenitente del pecador. Pero, si éste se arrepiente, se le ha de perdonar siempre. Aunque pecase no una, dos, tres veces al día, sino muchas más.

Nosotros también pecamos y queremos perdón de Dios y a Él vamos y decimos: “¡He pecado! ¡Perdóname!”. Y nos es dulce el perdón, de la misma forma que a Dios le es dulce perdonar. Y nosotros no somos dioses. Por eso, menos grave es la ofensa que un semejante nuestro nos hace, que la que hace a Aquel que no es semejante de ningún otro. Y, sin embargo, Dios perdona. Hagamos también nosotros lo mismo. ¡Estemos atentos a nosotros! Estemos atentos a que nuestra intransigencia no se transforme en daño, provocando intransigencia de Dios hacia nosotros. Seamos misericordiosos para obtener misericordia. Ninguno está tan sin pecado, que pueda ser intransigente con el pecador. Miremos nuestros pesos, antes de los que gravan el corazón ajeno; quitemos primero de nuestro espíritu los nuestros, luego ocupémonos de los ajenos, para mostrar a los demás no rigor que condena sino amor que enseña y ayuda a ser liberados del mal.

Para poder decir - sin que el pecador te haga callar -, para poder decir: “Has pecado respecto a Dios y respecto al prójimo”, es necesario no haber pecado, o, al menos, haber expiado el pecado. Para poder decir a quien se siente abatido por haber pecado: “Ten fe, que Dios perdona a quien se arrepiente”, como siervos de este Dios que perdona a quien se arrepiente, debemos perdonar mostrando mucha misericordia. Entonces podremos decir: “¿Ves, pecador arrepentido? Yo perdono tus culpas una y mil veces, porque soy siervo de Aquel que perdona innumerables veces a quien otras tantas veces se arrepiente de sus pecados. Piensa entonces cómo te perdona el Perfecto, si yo, sólo porque le sirvo, sé perdonar. ¡Ten fe!”. Esto debemos poder decir. Y decirlo con la acción, no con las palabras. Decir perdonando.

Por eso, si nuestro hermano peca, reprendámosle con amor y, si se arrepiente, perdonémosle. Y si al cabo del día ha pecado siete veces y siete veces nos dice: “Me arrepiento”, otras tantas veces perdonémosle.

Todo hermano es nuestro hermano de espíritu, al venir de un único Padre.

Jesús es el gran Mendigo. Y nos pide el óbolo más preciado: almas nos pide. Las va buscando. Pero nosotros le tenemos que ayudar... Saciamos el hambre de su Corazón, que busca amor y no lo encuentra sino en demasiado pocos. Porque los que no tienden a la perfección, para Jesús son como panes arrebatados a su hambre espiritual. Demos almas a nuestro Maestro, afligido de ser aborrecido e incomprensido...

El Mal jamás se persuadirá de estar derrotado. Siempre creará que es triunfador, a pesar de todos los mentís que le den los santos. Pero llegará la hora, la hora final, en que el Mal será vencido, y en una belleza aún más infinita de la que tu espíritu prevé, los elegidos serán el único Pueblo, eterno, santo, el Pueblo verdadero del Dios verdadero.

No todos serán fieles hasta el final. Pero muchos estarán con Jesús en el Paraíso. Unos recibirán el premio después de una expiación, otros desde el primer momento después de la muerte; pero el premio será tal, que, de la misma forma que olvidaremos la Tierra y sus dolores, olvidaremos también el Purgatorio con sus penitenciales nostalgias de amor.

Por nuestra debilidad de hombres no podríamos sufrir resignados el martirio. Pero a los grandes espíritus, que deben dar testimonio del Señor, el Señor les infunde una ayuda sobrenatural: el amor perfecto. Llegarán a un amor tan completo, que el suplicio de la tortura, el suplicio de las acusaciones, el suplicio de las separaciones de los parientes o de la vida o de todo, no serán ya una realidad que abate. Antes al contrario, y sobre todo, se transformará en base para elevarse al Cielo, para acoger este Cielo, para verle; por tanto, para tender los brazos y el corazón hacia las torturas y así ir a donde ya estará su corazón: al Cielo. Uno que muera así estará perdonado del todo. Porque el amor es absolución y el sacrificio es absolución, y la confesión heroica de la fe es absolución. Los mártires recibirán un ternario lavacro.

Es un martirio vivir cuando el mundo ha perdido todo atractivo y cuando el corazón tiene su anhelo puesto en el Cielo; y también vivir para adoctrinar a otros en orden al amor y conocer las desilusiones del Maestro y perseverar sin cansancios para darles almas al Maestro. Hagamos la voluntad de Dios, siempre, aunque parezca más heroica la nuestra, y seremos santos...

El Padre de los Cielos antes de mandar a todos los hijos al mundo les da las monedas

del tiempo y la libre voluntad que Dios da a cada uno de los hombres, para que los use como mejor le parezca, después de haber sido adoctrinado y edificado con la Ley y los ejemplos de los justos. A todos iguales dones. Pero cada hombre los usa como su voluntad quiere: quién atesora el tiempo, los medios, la educación, la riqueza, todo, en el bien y se mantiene sano y santo, rico con una riqueza multiplicada; quién empieza bien y luego se cansa y disipa los bienes; quién no hace nada pretendiendo que sean los demás los que hagan las cosas; quién acusa al Padre de los propios errores; quién se arrepiente, dispuesto a ofrecer reparación; quién no se arrepiente y acusa y maldice como si su ruina hubiera estado forzada por otros. Y Dios a los justos les da inmediatamente premio; a los arrepentidos, misericordia y tiempo de expiar para alcanzar el premio por su arrepentimiento y expiación; y da maldición y castigo a quien pisotea el amor con la impenitencia después del pecado. A cada uno le da lo suyo.

No malgastemos nunca las dos monedas, el tiempo y el libre arbitrio; antes bien, usemos éstos con justicia para estar a la derecha del padre, y, si hemos faltado, arrepintámonos y tengamos fe en el misericordioso Amor.

Hagamos buen uso del tiempo y el pensamiento, que es siempre libre aunque el hombre esté encadenado.

Jesús no tiene miras humanas. Su ministerio y su deseo son total y solamente sobrenaturales. Quiere, sí, reunir en un único reino a todos los hombres. Quiere reunir bajo su cetro solamente a los espíritus de los hombres, espíritus inmortales en un reino inmortal. Él repudia cualquier otra versión de su voluntad, quienquiera que fuese el que la diese, distinta de ésta.

Tenemos nuestro intelecto estorbado por demasiados errores y no tenemos la generosidad de despojarle de todo para acoger la Verdad. La sabiduría, siendo forma de santidad, da siempre luminosidad de juicio, ya sobre hechos pasados o presentes, ya sobre premoniciones de hechos futuros.

Los profetas eran personas santas. Dios por eso se comunicaba a ellos con gran plenitud. Eran santos porque eran justos en sus acciones. No es la pertenencia casual a un pueblo o a una religión lo que puede hacer a uno santo. Estas dos cosas pueden ayudar grandemente a serlo. Pero no son el factor absoluto de la santidad.

El factor absoluto de la santidad es la voluntad del hombre. La voluntad que conduce las acciones del hombre: a santidad, si es buena; a iniquidad, si es mala.

No se excluye que haya justos también entre los paganos. Porque sería demasiado horrendo que todo el mundo pagano fuera de demonios. Los que, de entre los paganos, sienten atracción hacia el Bien, hacia la Verdad, y repugnancia contra el Vicio, y evitan las malas acciones como

degradantes del hombre, hemos de creer que están ya en el sendero de la justicia. Dios juzga con justicia.

La mente de Virgilio encendida de pureza y genio ascendió para conocer una página referida a Jesús, y puede ser considerado el poeta pagano y justo, un espíritu profético y precristiano como premio a sus virtudes.

Nosotros no imitemos al poeta deteniéndonos en su límite. Sigamos, porque a nosotros la Verdad no se nos ha mostrado por intuición y en parte, sino completa, y nos ha hablado.

El cristianismo enseña que el esclavo tiene un alma como la del César, mejor en la mayor parte de los casos, y que el alma pertenece a Dios; y la maldición pesa sobre quien la corrompa.

Reconocer nuestra nada predispone al espíritu a la enseñanza del Espíritu Paráclito.

Llegado el momento en que tuvimos una carne animal en el seno de nuestra madre, Dios, en los Cielos, creó el alma para hacer a semejanza de Él al futuro hombre, y la puso en esa carne en formación en un seno materno. Y el hombre, llegado su tiempo de nacer, nació con su alma, al cual, hasta el uso de razón, fue como una tierra no cultivada por su dueño. Pero, llegada la edad de la razón, el hombre empezó a razonar y a distinguir el Bien y el Mal. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía una viña, para cultivarla como él quisiera. Y se dio cuenta de que tenía a un viñador encargado de esa viña: su libre arbitrio. En efecto, la libertad de guiarse, que Dios ha dejado al hombre hijo suyo para que le ayude a hacer fértil la viña, o sea, el alma.

Si el hombre no debiera trabajar con sus propias manos para hacerse rico, para construirse un futuro eterno de prosperidad sobrenatural; si hubiese tenido que recibir todo de Dios, ¿qué mérito tendría por restaurarse de nuevo en santidad, después de que Lucifer corrompió la santidad inicial, dada gratuitamente por Dios a los primeros hombres? Mucho es ya el que Dios conceda a las criaturas caídas por la herencia de la culpa merecer el premio y ser santas, volviendo, por voluntad propia, a aquella naturaleza inicial de criaturas perfectas que el Creador había dado a Adán y Eva, y a sus descendientes si sus progenitores se hubieran conservado inmunes de la culpa original. El hombre caído debe volver a ser hombre elegido, por su libre voluntad.

Ahora bien, ¿qué sucede en las almas? Esto. El hombre confía su alma a su voluntad, a su libre arbitrio, que se pone a trabajar la viña que hasta entonces había sido un terreno

sin plantas, bueno, pero sin plantas duraderas; sólo gráciles hierbas y florecillas caducas habían estado esparcidas en aquélla: las bondades instintivas del niño que es bueno porque es todavía un ángel desconocedor del Bien y del Mal.

Se dirá: “¿Durante cuánto tiempo permanecen así?. Generalmente se dice: durante los primeros seis años. Pero es verdad que hay razones precoces, siendo así que tenemos niños responsables de sus acciones antes de los seis años. Tenemos niños responsables de sus acciones incluso a los tres o cuatro años, responsables porque saben que eso es Bueno y que eso es Malo, y quieren libremente esto o aquello. Cuando una criatura sabe distinguir la mala acción de la buena acción ya es responsable. No antes. Por tanto, un subnormal, incluso a los cien años, es irresponsable; pero se asumen su responsabilidad sus tutores, que deben velar amorosamente por él y por el prójimo que pueden sufrir daño por parte del subnormal o del loco, a fin de que éste no se haga daño a sí mismo ni se lo haga a otros. Pero Dios no imputa al subnormal o al loco culpa alguna, porque, desgraciadamente para él, está privado de la razón. Pero nosotros hablamos de seres inteligentes y sanos de mente y cuerpo.

Así pues, el hombre confía su viña sin cultivar a su trabajador, el libre arbitrio, y éste empieza a cultivarla. El alma, la viña, tiene, no obstante, voz, y se la hace oír al arbitrio. Una voz sobrenatural, nutrida de voces sobrenaturales que Dios no niega nunca a las almas: la del Custodio, la de los espíritus enviados por Dios, la de la Sabiduría, la de los recuerdos sobrenaturales que toda alma recuerda aun sin la percepción exacta por parte del hombre entero. Y habla el arbitrio, con voz suave, incluso suplicante, para rogarle que la adorne con buenas plantas, y que sea activo y sabio para no hacer de ella un zarzal agreste, malo, venenoso, donde aniden serpientes y escorpiones.

El libre albedrío no siempre es un buen cultivador; no siempre vigila la viña y la defiende con un seto infranqueable, o sea, con una voluntad firme y buena en actitud de defender al alma de los ladrones y parásitos y de todas las cosas perniciosas, de los vientos violentos que podrían hacer caer las florecillas de las buenas resoluciones apenas formadas en el deseo.

¡Cómo hay que sachar, quemar las malas hierbas, podar, mullir el terreno, abonar con la mortificación, cuidar con el amor a Dios y al prójimo, la propia alma! Y vigilar con ojo abierto y luminoso, y con mente despierta, para que los majuelos que podían parecer buenos no se manifiesten luego dañinos; y si sucede esto, arrancarlos sin piedad: mejor es una planta sola pero perfecta, que no muchas inútiles y dañinas.

Tenemos corazones, tenemos por tanto viñas siempre trabajadas, plantadas de nuevas plantas por un desordenado cultivador que hacina nuevas plantas: este trabajo, aquella idea, aquel deseo; incluso no malos, pero que luego se dejan sin cuidar y se hacen malos; caen al suelo, se degeneran, mueren... ¡Cuántas virtudes perecen por estar mezcladas con las sensualidades,

por falta de cultivo, por... en conclusión, por no estar sostenido por el amor el libre arbitrio! ¡Cuántos ladrones entran a robar, a profanar, a devastar, porque la conciencia duerme en vez de velar, porque la voluntad se enerva y se corrompe, porque el arbitrio se deja seducir y, siendo libre, se hace esclavo del Mal.

Dios deja libre al arbitrio pero éste se hace esclavo de las pasiones, del pecado, de las concupiscencias, en definitiva, del Mal. Soberbia, ira, avaricia, lujuria, primero mezcladas, luego triunfadoras sobre las plantas buenas...

¡Qué maraña inextricable de ramas buenas y no buenas, por no tener el valor de sufrir por amputarse lo que es nocivo! Éste es el estado de un alma que tiene como custodio y cultivador un arbitrio desordenado y vuelto hacia el Mal.

Mientras que el alma que tiene un arbitrio que vive en el orden, y por tanto en la obediencia de la Ley — que ha sido dada para que el hombre sepa lo que es el orden, cómo es el orden y cómo se conserva —, y que es heroicamente fiel al Bien — porque el Bien eleva al hombre y le hace similar a Dios, mientras que el Mal le afea y le hace similar al demonio —, es una viña regada por las aguas puras, abundantes, útiles, de la fe, y adecuadamente sombreada por los árboles de la esperanza, y calentada por el sol de la caridad, corregida por la voluntad, abonada por la mortificación, ligada con la obediencia, podada por la fortaleza, conducida por la justicia, vigilada por la prudencia y por la conciencia. Y la gracia crece, ayudada por tantas cosas, crece la santidad, y la viña viene a ser un maravilloso jardín al que baja Dios a gustar sus delicias hasta que, conservándose la misma viña siempre como jardín perfecto, hasta la muerte de la criatura, Dios manda a sus ángeles que lleven este trabajo de un libre arbitrio voluntarioso y bueno al grande y eterno jardín de los Cielos.

Veamos porque en nosotros haya amor, y no amor propio, que apaga el amor y arroja al alma a merced de las distintas sensualidades y del desorden. Veamos hasta el final, y las tempestades podrán mojarnos pero no dañarnos, y, cargados de frutos, iremos a nuestro Señor para el premio eterno.

Es signo de equilibrio saber distinguir y separar el deber patrio del deber hacia Jesús. Y si para nosotros mismos, para nuestro espíritu, procuramos luz y respiro, yendo hacia la Luz y la Pureza, siendo unas criaturas que buscamos instintivamente la Verdad al no hallar paz en la mentira del paganismo, no queremos perjudicar a la Patria, ni siquiera con formas teóricas, como podrían ser el hacer que se piense que estamos de la parte de un posible rival de la Patria.

Quien no conoce a Jesús puede temer en él a un rival. Debemos actuar con rectitud,

tanto hacia Dios como hacia nuestra Patria, dándole honor a Jesús — entre los paganos si no como Dios, sí como rey y maestro de los espíritus — y mostrándonos fiel a nuestra Patria. Dios admira a los espíritus fieles. Y justos. Y no obstinados.

Algunos maestros de la Ley creen conocer perfectamente el Deuteronomio respecto a la letra. Pero ¿lo conocen en su verdadero significado?

En el Deuteronomio no hay más que un significado. Y es de amor. O de misericordia, si no quiere llamarse amor. O también si repele llamarlo así, puede llamarse humanidad. Y el Deuteronomio dice: “Si ves que se pierde la oveja o el buey de tu hermano, aunque no sea vecino tuyo, no pasarás de largo. Antes bien, los llevarás, o los tendrás contigo hasta que él venga por ellos”. Dice: “Si ves que se cae el asno o el buey de tu hermano, no hagas como si no hubieras visto; antes bien ayúdale a levantarlos”. Dice: “Si encuentras en un árbol o por el suelo un nido con la madre encobando a los pequeñuelos o a los huevos, no tomarás a la madre (porque es sagrada para la procreación), sino que tomarás sólo a los pequeñuelos”.

Demasiados conocen las palabras de la Ley pero únicamente conocen las “palabras”. No las viven. Éste es el error. El Deuteronomio prescribía leyes de humanidad porque los hombres, entonces, eran, por puericia espiritual, inhumanos, semillas silvestres. Había que llevarlos de la mano por los floridos senderos de la piedad, del respeto, del amor hacia el hermano que pierde un animal, hacia el animal que se cae, hacia el pájaro que encoba; para enseñarles a ascender a piedad, respeto y amor más altos. Pero cuando Jesús vino, perfeccionó las normas mosaicas y abrió horizontes más vastos. La letra ya no era “el todo”. El espíritu pasó a ser “el todo”. El Hijo del Creador se inclina ante la obra del Creador.

¡Dichosos aquellos que en todas las cosas saben ver a Dios y servirle con espíritu de amor reverente! ¡Ay de aquellos que, como la serpiente, no saben levantar la cabeza de su fango, y, no pudiendo entonar un canto de alabanza para Dios manifestado en las obras de los hermanos, muerden a éstos por un exceso de veneno que los ahoga! Demasiados hay que torturan a los mejores, diciendo como justificación de su perversidad que está bien actuar así por respeto a la ley. Ley suya. No de Dios, que, si no puede impedir sus obras malvadas, sabe vengar a sus “pequeñuelos”.

De la admiración de un pagano por Jesús como Sabio pasará quizás a la fe en el Dios verdadero. Podemos todavía aceptar su paganismo, porque esperamos cambiarle en cristianismo.

No podemos aceptar lo que sería su idolatría: la adoración de un Hombre pobre ídolo en un pobre trono humano.

Todas las fórmulas y preceptos hacen de barrera para la aceptación de la idea mesiánica en su verdad. Es más fácil convertir a un pagano, si no es un espíritu totalmente pervertido. El pagano reflexiona y ve la diferencia buena entre su Olimpo y el Reino de Dios, pero a Israel... a Israel en su parte más culta... le cuesta trabajo seguir el concepto nuevo...

Es el mismo Decálogo, son las mismas profecías. Pero han sido profundamente alterados por el hombre, que los ha tomado de las esferas sobrenaturales donde estaban y los ha bajado al nivel de la Tierra, al ambiente del mundo, los ha manipulado con su humanidad, y los ha alterado... El Mesías, Rey espiritual del gran Reino — que se llama de Israel porque el Mesías nace del tronco de Israel, pero que es más justo llamarle de Cristo, porque Cristo centra en sí lo mejor de Israel, actual y pasado, y lo sublima con su perfección de Dios-Hombre —, el Mesías, para ellos, no puede ser el hombre manso, pobre, sin aspiraciones al poder y a la riqueza, obediente para con los que nos dominan por castigo divino; porque en la obediencia hay santidad cuando esta obediencia no debilita la gran Ley. Y por esto se puede decir que su fe trabaja contra la Fe verdadera.

Y también su actitud reacia, que se obstina en considerar idólatras a los gentiles, mirando al hombre y no al espíritu del hombre, ese espíritu que tiene un solo Origen y al cual Dios querría dar un solo Destino: el Cielo.

Viendo en todas las criaturas almas fraternas, seremos hospitalarios, sobrenaturalmente hospitalarios, sintiéndonos peregrinos nosotros mismos que a los que acogemos los acogamos como peregrinos. Ayudaremos, ofreceremos descanso, consejo, y luego dejaremos que los hermanos vayan hacia sus destinos sin retenerlos con amor celoso, seguros de que más allá de la muerte nos volveremos a encontrar con ellos. Vendrán las persecuciones y muchos nos dejarán para ir al martirio. Ni seamos cobardes ni aconsejemos la cobardía. Quedémonos en oración en las casas vacías para sostener el coraje de los mártires, serenos para fortalecer a los más débiles, fuertes para estar preparados a imitar a los héroes. Habituémonos a las separaciones, a los heroísmos, al apostolado de caridad fraternal, ya desde ahora...

Seremos siempre los que se compadecen de los obstinados, enfermos, descarriados, y les amansamos con la bondad y le llevamos a Dios con la oración y la paciencia.

Donde hay fe en Jesús está presente la Providencia. De todas formas, tanto en las cosas del espíritu como en las de la materia, es necesario actuar con continua prudencia. Una chispa, una imprudencia puede causar graves desastres. Hay que estar continua y prudentemente atentos, para que una flecha de fuego, una chispa, no prendan en nuestra fe y la destruyan, después de un proceso inadvertido de incubación en el corazón, con un fuego deseado por los que odian. El fuego, detenido a tiempo, se transforma de maléfico en benéfico. ¡Pero en los corazones lo que sucede es muy distinto!: cuando se nos destruye todo el Bien, ya nada más puede brotar ahí, a excepción de zarzas para cama de demonios.

Vigilemos contra las insinuaciones de nuestros enemigos, que como chispas infernales, serán lanzadas a nuestros corazones. Cuando llegue estemos preparados para el contrafuego. ¿Y cuál es este contrafuego? Es una fe cada vez más fuerte, una voluntad inquebrantable de ser de Dios. Es un pertenecer al Fuego santo. Porque el fuego no se come al fuego. Ahora bien, si somos fuego de amor al Dios verdadero, el fuego del odio a Dios no podrá perjudicarnos. El fuego del amor vence a cualquier otro fuego. La Doctrina cristiana es amor, y quien la recoge entra en el Fuego de la Caridad, y ya no puede ser torturado por el fuego del Demonio. El fuego es un símbolo de la extensión de la Doctrina cristiana por el mundo.

*Al contemplar las montañas me pregunto: “¿De dónde vendrá mi ayuda?
Mi ayuda vendrá del Señor, creador del cielo y de la tierra.*

*¡Nunca permitirá que resbales! ¡Nunca se dormirá el que te cuida!
No, él nunca duerme; nunca duerme el que cuida de Israel.
El Señor es quien te cuida; el Señor es quien te protege,
quien está junto a ti para ayudarte.
El sol no te hará daño de día, ni la luna de noche.*

*El Señor te protege de todo peligro; él protege tu vida.
El Señor te protege en todos tus caminos, ahora y siempre.*

(Salmo 120)

El amor al prójimo, que es la segunda parte del precepto básico de la Ley de Dios en realidad en Israel ha caído mucho en abandono. Los muchos preceptos y ese andarse con tiquismiquis han tergiversado la primera parte de ese precepto básico, reduciéndolo a un cúmulo de ritos exteriores a los que les falta lo que les da el nervio, el valor, la verdad; o sea, falta la adhesión activa del interior - con las obras que cumple, con las tentaciones que supera - a las formas de culto externo. ¿Qué valor puede tener a los ojos de Dios la ostentación de un culto, cuando luego en el interior el corazón no ama a Dios, no se anonada en un respetuosísimo amor a Dios, cuando no le alaba y admira teniendo amor por las cosas hechas por Él, y en primer lugar por el hombre, que es la obra maestra de la Creación terrestre?

Todas las obras de Dios son perfectas, todos los pensamientos, todas las palabras. Por tanto, si Dios en el Sinaí mandó amar a Dios santísimo y al prójimo con un único precepto, está claro que no son dos preceptos que puedan ser practicados con independencia el uno del otro, sino que son un solo precepto. Esta sublime virtud es alma de toda la vida del espíritu, el cual pierde la vida si pierde la Caridad, porque pierde a Dios.

Dios está aunado con la Caridad. Ésta es verdaderamente, y más íntima y verdaderamente que dos esposos que se aman intensamente, espíritu de su Espíritu. Es Dios mismo la Caridad. La Caridad no es sino el aspecto más manifiesto, más ilustrativo de Dios. Entre todos sus atributos, es el atributo rey y el atributo origen, porque todos los demás atributos de Dios nacen de la caridad. ¿Qué es la Potencia sino caridad que obra? ¿Qué es la Sabiduría sino caridad que enseña? ¿Qué es la Misericordia sino caridad que perdona? ¿Qué es la Justicia sino caridad que administra?.

Dios está en las criaturas. Está en ellas con su señal imborrable, con sus derechos de Padre, de Esposo, de Rey. El alma es su trono; el cuerpo su templo. Ahora bien, el que no ama a un hermano suyo y le hace objeto de desprecio, hace desprecio, produce dolor, niega su reconocimiento al Amo de la casa de su hermano, al Rey, al Padre, al Esposo de su hermano; y es natural que este gran Ser que es Todo, y que está presente en un hermano, en todos los hermanos, haga suya la ofensa infligida al ser menor, a la parte del Todo, o sea, a éste o a aquel hombre. Por este motivo Jesús nos enseña las obras de misericordia corporales y espirituales; por esto, nos enseña a no escandalizar a los hermanos; por esto, nos enseña a no juzgar, a no despreciar, a no rechazar a los hermanos, y sean buenos, y sean no buenos, fieles o gentiles, amigos o enemigos, ricos o pobres.

Cuando en un tálamo se verifica una concepción, ésta se forma con el mismo acto, se produzca en un tálamo de oro, ya se produzca en el mullido de paja de un establo. Y la criatura que se forma en el seno regio no es distinta de la que se forma en el seno de una

mendiga. La concepción, el hecho de formar un nuevo ser es igual en todos los puntos de la Tierra, cualquiera que fuere su religión. Todas las criaturas nacen como nacieron Abel y Caín del seno de Eva. Y a la igualdad de la concepción, formación y modo de nacer, de los hijos de un hombre y una mujer en la Tierra, corresponde otra igualdad en el Cielo: la creación de un alma para ser infundida en el embrión, para que el embrión sea de hombre y no de animal y lo acompañe desde el momento en que es creada hasta la muerte, y sobreviva a él en espera de la resurrección universal para volver a unirse, entonces, al cuerpo resucitado y recibir con él el premio o el castigo. El premio o el castigo, según las acciones realizadas en la vida terrena.

Porque no penséis que la Caridad es injusta y que, sólo porque muchos no vayan a ser de Israel o de Cristo, aun siendo virtuosos en la religión que siguen, convencidos de estar en la verdadera, vayan a permanecer para toda la eternidad sin premio. Después del fin del mundo, ninguna virtud sobrevivirá, sino la Caridad, o sea, la unión del Creador y de todas las criaturas que vivieron con justicia. No habrá muchos Cielos (uno para Israel, uno para los cristianos, uno para los católicos, uno para los gentiles, uno para los paganos); no los habrá, sino que habrá un solo Cielo. Igualmente, habrá un solo premio: Dios, el Creador que se une de nuevo con aquellas criaturas cuyas que han vivido en justicia, en las cuales, por la belleza de los espíritus y de los cuerpos de los santos, admirará su propio Ser con alegría de Padre y de Dios. Habrá un solo Señor. No un Señor para Israel, uno para el catolicismo, uno para cada uno de las otras religiones.

Entonces ¿qué justicia hay en el hecho de ser de la religión verdadera, si al final del mundo vamos a ser tratados de la misma manera que los gentiles? La misma justicia que hay - y es justicia verdadera - para aquellos que aun siendo de la religión santa no serán bienaventurados por no haber vivido como santos. Un pagano virtuoso, por el solo hecho de haber vivido con virtud escogida, convencido de que su religión era buena, tendrá al final el Cielo. ¿Pero cuándo? Cuando llegue el fin del mundo, cuando de las cuatro moradas de los que han muerto queden sólo dos: el Paraíso y el Infierno. Porque la Justicia en ese momento deberá conservar y dar estos dos reinos eternos, respectivamente a quien del árbol del libre albedrío escogió los frutos buenos y a quien quiso los malos.

Y esa espera, especialmente desde el momento en que la Redención, con todos los consiguientes prodigios se verifique, y el Evangelio sea predicado en el mundo, será la purgación de las almas que vivieron con justicia en otras religiones y que no pudieron entrar en la Fe verdadera después de conocerla como existente y efectivamente real. Para ellos el Limbo durante siglos y siglos, hasta el fin del mundo. Para los creyentes que creen en el Dios verdadero y que no supieron ser heroicamente santos, el largo Purgatorio (y para algunos podrá terminar en el fin

del mundo). Pero, después de la expiación y la espera, todos los buenos, cualquiera que fuere su procedencia, estarán a la derecha de Dios; los malos, cualquiera que fuere su procedencia, a la izquierda, y luego en el Infierno horrendo; mientras que el Salvador entrará con los buenos en el Reino eterno.

Los que no creen, o porque no han conocido al Salvador por haber vivido antes, o porque no han tenido noticia de él, serán salvados por su vida de justos, por sus obras buenas, por esa fe suya que consideran verdadera. El Salvador por ellos, también por ellos, sufrió. Consideremos los méritos de Jesús como Hombre Dios.

Los méritos de Dios son infinitos. Todo es infinito en Dios. Pero Dios no tiene méritos, en el sentido de que no ha merecido. Tiene atributos, virtudes propias suyas. Él que es: la Perfección, el Infinito, el Omnipotente. Pero para merecer hay que llevar a cabo, con esfuerzo, algo que sea superior a nuestra naturaleza. No es un mérito comer, por ejemplo. Pero puede ser un mérito el saber comer parcamente, haciendo verdaderos sacrificios para dar a los pobres lo que ahorramos. No es un mérito el estar callados, pero lo es cuando lo estamos no replicando contra una ofensa. Y así sucesivamente. Como podemos comprender, Dios, que es perfecto, infinito, no tiene necesidad de someterse a esfuerzo. Pero el Hombre Dios pudo someterse a esfuerzo, humillando la infinita Naturaleza divina a la limitación humana, venciendo a la naturaleza humana, que no estaba ausente de Él ni en Él era metafórica, sino que era real, con todos sus sentidos y sentimientos, con sus posibilidades de sufrimiento y muerte, con su voluntad libre.

A nadie le gusta la muerte, especialmente si es dolorosa, precoz e inmerecida. A ninguno le gusta. Y, no obstante, todo hombre debe morir. Por tanto, el hombre debería mirar a la muerte con la misma calma con que ve que termina todo lo que tiene vida. Jesús forzó a su Humanidad a amar la muerte. No sólo esto. Eligió la vida para poder tener la muerte. Por la Humanidad. Por eso, Jesús, en su condición de Hombre-Dios, adquirió esos méritos que en su condición de Dios no podía adquirir. Y, con ellos, que son infinitos por la forma como los adquirió, por la Naturaleza divina unida a la humana, por las virtudes de caridad y obediencia con las cuales se ha puesto en condiciones de merecerlos, por la fortaleza, la justicia, la templanza, la prudencia, por todas las virtudes que ha puesto en su corazón para hacerlo grato a Dios, su Padre, Jesús tiene un poder infinito no sólo como Dios, sino como Hombre que se inmola por todos, o sea, que alcanza el límite máximo de la caridad. Lo que da el mérito es el sacrificio. Cuanto mayor es el sacrificio, mayor es el mérito. Si es completo el sacrificio, completo es el mérito; si es perfecto el sacrificio, perfecto el mérito, y utilizable según la santa voluntad de la víctima, a la que el Padre dice: "¡Sea como tú quieres!, porque la víctima le ha amado sin medida y ha amado al prójimo sin medida.

El más pobre de los hombres puede ser el más rico y beneficiar a un número sin medida de hermanos, si sabe amar hasta el sacrificio. Aunque no se tuviera ni una miga de pan ni un vaso de agua ni un vestido roto, se podría hacer un bien siempre. ¿Cómo? Orando y sufriendo por los hermanos. Hacer un bien a todos.

Dios nos da esta caridad pero nosotros debemos acogerla y practicarla cada vez más perfectamente. Ningún hecho debe estar para nosotros separado de la caridad. Desde los hechos materiales a los del espíritu. Todo se haga con caridad y por la Caridad. Santifiquemos nuestras acciones, nuestras jornadas; pongamos la sal en nuestras oraciones, la luz en nuestras oraciones. La luz, el sabor, la santificación, es la caridad. Sin ella, nulos son los ritos y vanas las oraciones, falsas las ofrendas. La sonrisa con que un pobre nos saluda como a hermanos tiene más valor que el saco de monedas que uno puede arrojarnos a los pies sólo par ser notado. Sepamos amar y Dios estará con nosotros siempre.

Las separaciones no lesionan la paz del corazón, si el corazón del ausente no hace cosas que su conciencia le dice que entristecerían al amado si las supiera.

Una mamá es para el alma y para el cuerpo lo que para estos mismos es Dios. ¿Qué hace una mamá? Velar por nosotros, cuidarnos, enseñarnos, querernos, estar atenta a que no nos hagamos daño, nos tiene, como hace la paloma con sus crías, debajo de las alas de su amor. Y se ha de obedecer y querer a la propia mamá, porque todo lo que hace lo hace por nuestro bien. También el buen Dios, y mucho más perfectamente que la más perfecta de las mamás, tiene a sus hijos bajo las alas de su amor, los protege, los instruye, los ayuda, piensa en ellos de día y de noche. Pero también al buen Dios, como y mucho más que a la propia mamá -porque la mamá es el más grande amor de la Tierra, pero Dios es el más grande y eterno amor de la Tierra y del Cielo- ha de obedecersele y amarle, porque todo lo que hace lo hace por nuestro bien.

Jesús intenta convertir a veces a impenitentes en los que sus palabras son inútiles, porque en ellos está apagado el amor.

Pero sabemos por fe que la caridad de los difuntos está atenta y cercana. No ignoran lo que sucede en los amados que han dejado aquí ni se desinteresan de ello...

La intercesión de María puede vencer a Jesús que puede actuar para sacar al impenitente del delirio del remordimiento desesperado aunque eso no cure del todo su corazón. El impenitente tiene que buscar por sí mismo la curación, o sea, el perdón con un arrepentimiento santo. Jesús puede hacer que de nuevo sea capaz de razonar, pero después le toca a él obtener el resto con su libre voluntad.



Dejemos al Padre que resuelva. Nosotros imitemos a Jesús. Toleremos, perdonemos. No se persuade a los enemigos respondiendo al insulto con el insulto. No sirvamos de escándalo dando un ejemplo de ira y crítica. Los hijos de la ira no pueden estar con Jesús, porque son hijos del siglo y de sus propias pasiones. En verdad el cruel perece por su propia crueldad; perece en la carne y en el espíritu.

Jesús no ama a los crueles, no ama a los soberbios, no ama a los iracundos, a los ambiciosos, a los lujuriosos. No nos ha dado ni palabra ni ejemplo de estas cosas; antes bien, siempre nos ha enseñado las virtudes opuestas a estas malas pasiones.

Hay que recordar siempre que todas las cosas están en las manos de Dios, todas las empresas, todas las victorias. Magnificencia, potencia, gloria y victoria son del Señor. Él concede una u otra cosa al hombre, si juzga que es la hora de concederla para un bien cierto. Pero el hombre no puede reivindicarla.

Hemos oído qué tremendos castigos están reservados al que no es justo. Mas no nos alegramos de ello. Es nuestra Patria. No nos alegremos pensando: “Quizás ya no estaremos”. En todo caso está llena de hermanos nuestros. No digamos: “Le está bien empleado, porque es cruel con el Señor”. Las desventuras de la Patria, los dolores de los convecinos deben afligir siempre a los justos. No midamos como miden los demás, sino como Dios mide, o sea con misericordia.

Hagamos lo posible por salvar Patria y compatriotas con el amor, con el paciente amor para convertirlos a Dios. Trabajemos para que los corazones se acerquen a la justicia y se hagan justos.

¿Acaso pueden las palabras destruir los hechos? La fe debe ser fe aún sin el soporte de los hechos. Pero no es así. Y cuanto más grande es la ciencia, más baja es la fe, porque los doctos se creen dispensados de la fe simple y franca, que cree por la fuerza del amor y no por el auxilio de la ciencia.

Lo que hay que transmitir y encender es el amor. Y, para hacer esto, es necesario arder. Estar convencidos, heroicamente convencidos para convencer. En vez de desaires, como respuesta a los insultos, humildad y amor. E ir con humildad y amor, recordando las palabras del Señor a quien ya no las recuerda: “Temamos al Señor, que nos da la lluvia de la primera y última estación”.

Debemos trabajar tanto cuanto el Mal trabaja, para edificar en nosotros y en torno a nosotros la casa del Señor. Hacer, con una gran santidad, que Dios pueda seguir descendiendo

a los corazones y a nuestra amada Patria natal, que tan castigada está ya y que no sabe qué desventura acontecerá porque las acciones de los ciudadanos son tales, que suscitan la repugnancia del Bonísimo e instigan al fuerte. Y, enojados Dios y el dominador, ¿cómo pretendemos gozar de paz y bien? Seamos buenos, seamos buenos hijos de Dios. Hagamos que una multitud sean buenos, para alejar los tremendos castigos del Cielo. Donde no hay paz, la palabra de Dios no puede, pacíficamente escuchada, dar frutos en los corazones. Oremos para quien nos turba se convierta.

Hasta las cosas que nos pertenecen nos pertenecen porque Dios nos las concede. Por tanto, aunque durante un tiempo limitado se posean, hay que pensar siempre que Uno sólo es el que posee todo y sin limitación alguna en el tiempo ni en la medida. Uno sólo es el Amo. Los hombres son sólo administradores de pequeñas parcelas de la gran Creación. Pero el Amo es el Padre de todos los vivientes. Además, Él es Dios y, por tanto, son perfectísimos todos sus pensamientos y acciones. Ahora bien, si Dios mira benigno el impulso de los corazones paganos hacia la Verdad, y no sólo mira sino que favorece este impulso imprimiéndole un movimiento cada vez más fuerte hacia el Bien. Pretendiendo impedirlo, en el fondo se pretende impedir a Dios una acción. Y se impide una cosa cuando se la juzga no buena. Por tanto, se pensaría esto de Dios: que realiza una acción no buena. Ahora bien, si juzgar a los hermanos no es cosa buena absolutamente malvado será el juzgar las acciones de Dios. Lucifer quiso juzgar un pensamiento de Dios, y lo definió como errado, y quiso ocupar el lugar de Dios creyéndose más justo que Él. Y ya se sabe lo que consiguió Lucifer; y ya sabemos que todo el dolor que padecemos ha venido por aquella soberbia. 448.3

Perdón presupone culpa. ¿Cuándo se forma la culpa? Cuando hay voluntad de pecar, conocimiento de que se peca y persistencia en querer pecar aun después de haber entendido que una acción es pecado. Todo depende de la voluntad con que uno cumple un acto, sea virtuoso, sea pecaminoso. Incluso cuando uno cumple un acto aparentemente bueno, pero no sabe que está haciendo un acto bueno, sino que, al contrario, cree que está realizando un acto malo, comete pecado como si llevara a cabo un acto malo, y viceversa. Por ejemplo un soldado que mata en guerra no es homicida si su espíritu no acepta la masacre y combate porque se ve obligado a ello, combate con ese mínimo de humanidad que la dura ley de la guerra y de la subordinación impone.

Siempre es la voluntad la que da valor a la acción.

Dios es Misericordia más que intransigencia. Dios es bueno. Dios es Padre. Dios es Amor. El verdadero Dios es esto.

También es pecado el excesivo y desordenado amor a la religión y a la patria, porque se hace egoísmo. Y el egoísmo es siempre razón y motivo de pecado.

Sí. El egoísmo es pecado porque siembra en el corazón una mala voluntad que hace al hombre rebelde a Dios y a sus mandamientos. La mente del egoísta ya no ve a Dios nítidamente, ni tampoco las verdades de Dios. La soberbia exhala sus vapores en el egoísta y empaña las verdades. En la caligine, la mente, que ya no ve la luz clara de la verdad como la veía antes de hecerse soberbia, empieza el proceso de los porqués, y de los porqués pasa a la duda, de la duda a la indiferencia, no sólo respecto al amor y a la confianza en Dios y en su justicia, sino también respecto al temor de Dios y al temor a su castigo. De ahí la predisposición a pecar, y de ésta se pasa a la soledad del alma que se aleja de Dios, la cual, no teniendo ya la voluntad de Dios como guía, cae en la ley de su voluntad de pecador.

¡Muy mala cadena es la voluntad del pecador, uno de cuyos extremos lo tiene en su mano Satanás, mientras que el otro ata a los pies del hombre una bola pesada, para tenerle sujeto, esclavo en el fango, abatido, en tinieblas! ¿Puede entonces el hombre no incurrir en culpas mortales? ¿Puede no incurrir en ellas, teniendo en sí sólo mala voluntad? Entonces, sólo entonces Dios no perdona. Pero, cuando el hombre tiene algo de buena voluntad y lleva a cabo incluso actos espontáneos de virtud, ciertamente acaba poseyendo la Verdad, porque la buena voluntad conduce a Dios, y Dios, el Padre Stmo. se inclina amoroso, compasivo, indulgente a ayudar, a bendecir, a perdonar a sus hijos que tienen buena voluntad.

“Rey” quiere decir “juez”. Y debería ser juez justo, para no hacer de los súbditos personas infelices, en este tiempo, con guerras, atropellos, tributos injustos. ¡Ay de aquellos reyes que faltan a su ministerio, que cierran los oídos a las voces de los súbditos, que cierran los ojos ante las llagas de la nación, que se hacen cómplices del dolor del pueblo, llevando a cabo alianzas injustas con tal de reforzar su poder con la ayuda de sus aliados!

Mas también, ¡ay de aquellos padres que faltan a su oficio, que son ciegos y sordos ante las necesidades y los defectos de los miembros de las familias, que son causa de escándalo o dolor para ésta, que descienden a pactos de indignas nupcias con tal de aliarse con familias ricas y fuertes, sin pensar que el matrimonio es una unión destinada a la elevación y consuelo del hombre y la mujer, además de a la procreación; es deber, es ministerio, no es comercio, no es dolor, no es humillación de uno u otro cónyuge. Es amor y no odio. Justo ha de ser, pues, el que es cabeza, sin excesiva dureza o exigencias, sin excesivas condescendencias ni debilidades. Pero si os vierais en el dilema de elegir entre uno u otro exceso, elegid más bien el segundo. Porque por éste, al menos, sí, Dios podrá deciros: ¿Por qué fuiste tan bueno?, pero sin condenaros, dado que el exceso de bondad ya castiga al hombre con los abusos que los demás se permiten respecto al bueno; mientras que siempre os reprocharía la dureza, porque

es falta contra el prójimo más próximo.

Y justa ha de ser la mujer en casa respecto a su esposo, a los hijos y a los criados. Al esposo le dé obediencia y respeto, consuelo y ayuda. Obediencia no hasta el punto de que ésta asuma la substancia de un consentimiento al pecado. Sumisión de la esposa, no degradación.

Seamos castos en el vínculo matrimonial. Hagamos que nuestra castidad imponga esa moderación que se tiene ante las cosas puras, y que se traten los esposos con consideración, como personas iguales. No trate el esposo a la esposa como esclava o concubina mantenida para ser sólo “placer”, y rehusada después, cuando ya no gustan. La esposa virtuosa (la esposa que conserva incluso consumado el matrimonio ese “algo” que es virginal, en las acciones, en las palabras, en los abandonos de amor) puede llevar a su marido a una elevación desde la carnalidad al sentimiento; siendo así que el marido se despoja de la lujuria y se hace verdaderamente una única cosa con su esposa, a la que trata con el respeto con que uno trata a una parte de sí mismo; y es justo que así sea, porque la mujer es “hueso de sus huesos y carne de su carne”, y nadie maltrata a sus huesos ni a su carne, sino que, al contrario, los ama; de forma que el esposo y la esposa, como los dos primeros esposos, se miren y no se vean en su desnudez sexual, sino que amen por el espíritu, sin humillantes vergüenzas.

Que la esposa sea paciente, materna con su marido. Considérele como al primero de sus hijos, porque la mujer es siempre madre y el hombre tiene siempre necesidad de una madre que sea paciente, prudente, afectuosa, consoladora. ¡Dichosa la mujer que sabe ser compañera del propio cónyuge, y al mismo tiempo madre para sostenerle, e hija para ser guiada.

Que la mujer sea hacendosa. El trabajo, impidiendo el fantasear, beneficia a la honestidad, además de beneficiar a la bolsa. 113 (451.4)

Que la mujer no atormente al marido con infundados celos que para nada son útiles. Los celos vanos, moviéndole a apartarse de casa, le ponen en peligro de caer en las redes de una meretriz.

No serán las iras de la celosa las que le corrijan, sino, más bien, el porte serio, sin caras de malhumor ni desaires, el porte digno y amoroso, sobre todo más amoroso, el que le hagan reflexionar y volver a sus cabales. La mujer debe saber reconquistar a su marido con su virtud, cuando una pasión le haya alejado, como en la juventud le conquistó con su belleza.

Una mujer tiene todo en sus hijos: la alegría, la corona regia para las horas joviales, en que realmene es reina de la casa y del consorte, y el bálsamo para las horas dolorosas en que una traición, u otras penosas experiencias de la vida conyugal, flagelan su frente y, sobre todo, su corazón, con las espinas de su triste regalidad de esposa mártir.

Esos hijos, esos hijos inocentes, ya turbados, precozmente tristes a causa de un ambiente doméstico que ya no es sereno ni justo, tienen derecho a una madre, a un padre, al consuelo

de una casa en que, aun habiendo fenecido un amor, el otro permanezca atento velando por ellos. Esos ojos suyos inocentes nos miran, nos escudriñan y comprenden más de lo que pensáis, y plasman sus espíritus según lo que ven y comprenden. No seamos nunca motivo de escándalo para nuestros inocentes; antes bien, la madre se refugie en ellos como en un baluarte de adamantinas azucenas contra las debilidades de la carne y las insidias de las serpientes.

Y que la mujer sea madre, esa madre justa que es al mismo tiempo hermana, que es amiga al mismo tiempo que hermana de sus hijos e hijas, y que es ejemplo, sobre todo, y en todo. Velar por los hijos y por las hijas, corregir amorosamente, sostener, hacer meditar, y todo sin preferencias; porque todos los hijos han nacido de una semilla y de un seno materno, y, si es natural el cariño, por la alegría que dan, hacia los hijos buenos, también es un deber amar -aunque con amor doloroso- a los hijos no buenos, recordando que el hombre no debe ser más severo que Dios, que ama no sólo a los buenos sino también a los no buenos, y los ama para tratar de hacerlos buenos, para tratar de darles manera y tiempo de hacerse buenos, y soporta hasta que muere el hombre, reservándose el ser justo Juez cuando el hombre ya no puede rectificar.

Muchas veces, demasiadas, se oye que los malos tienen más alegría que los buenos, y que ello no es justo mas no debemos juzgar las apariencias y lo que no conocemos. Las apariencias son a menudo falaces y el juicio de Dios está oculto en esta Tierra. Conoceremos en la otra parte, y veremos que el transitorio bienestar del malo fue concedido como medio para conducirlo al Bien y como merma de ese poco bien que hasta el más malvado puede hacer. Mas, cuando veamos las cosas con la luz adecuada de la otra vida, veréis que más breve que la vida del tallito de hierba nacido en primavera en el guijarral de un torrente que el verano seca es el tiempo de dicha del pecador, mientras que un solo instante de gloria en el Cielo es, por la dicha que comunica al espíritu que de ello goza, más vasto que la vida humana más triunfal que jamás haya habido. No envidiemos, por tanto, la prosperidad del malo; antes bien, tratad, con buena voluntad, de alcanzar el tesoro eterno del justo.

Los hijos debemos estar sometidos a nuestros padres, ser respetuosos, obedientes, para poder serlo también para con el Señor Dios nuestro. Porque, si no aprendemos a obedecer las pequeñas indicaciones del padre o de la madre, a los que vemos, ¿cómo podremos obedecer las indicaciones de Dios, que en su nombre se nos dicen pero ni que vemos ni oímos. Y si no aprendemos a creer que quien ama, como un padre y una madre aman, no pueden mandar más que cosas buenas, ¿cómo vamos a poder creer que sea bueno lo que se nos dice como indicaciones de Dios? Dios ama, y es Padre y precisamente porque nos ama y quiere tenernos con Él, quiere que seamos buenos. Y la primera escuela donde aprendemos a hacernos buenos es la familia.

En ella aprendemos a amar y a obedecer, y en ella empieza para nosotros el camino que conduce al Cielo.

Seamos, pues, buenos, respetuosos, dóciles. Amemos a nuestro padre, aunque nos corrija, porque lo hace por nuestro bien; y a nuestra madre, si nos impide acciones que su experiencia juzga no buenas. Honremoslos, no haciendo que se avergüencen de nuestras malas acciones. El orgullo no es cosa buena, pero existe un santo orgullo, el de decir: “No he causado dolor ni a mi padre ni a mi madre”.

Santa es la casa en que, por la justicia de sus dueños, se hacen justos también los criados y peones. Recuerden los señores que un mal comportamiento irrita y estraga al criado; y el criado, que un mal comportamiento suyo disgusta al señor: que esté cada uno en su lugar, pero con un vínculo de amor al prójimo que colme la separación que hay entre siervos y señores.

Entonces la casa bendecida conservará la bendición y Dios permanecerá en ella. Conservará la bendición y, por tanto, protección en los elementos de trabajo cuando vivamos sin robar en las ventas ni en las medidas, sin maldecir el trabajo, y sin hacerle tan rey de nuestra vida, que lo antepongamos a Dios; porque, si el trabajo nos da un beneficio, Dios nos da el Cielo.

Cuando somos víctimas de un infortunio o de una enfermedad que a duras penas podemos superar no estamos extraviados, ni solos. Jesús está con nosotros. Y los nuestros estarán con nosotros, en el Cielo, esperándonos. Los recuerdos que los evocaban desfigurados por la enfermedad son recuerdos todos dolorosos. Dejémoslos entre las cenizas. Anulémoslos en la certidumbre que nos da Jesús de que volveremos a encontrarlos en el Cielo. El pasado ha muerto, no lo lloremos más. La luz ya no se demora en mirar a las tinieblas de la noche, sino que exulta todas las mañanas. Y el Sol no se demora en el oriente, sino que aparece, se muestra todo, hasta emitir sus rayos desde lo alto de la bóveda celeste que surca. Nuestra noche ha terminado. No la recordemos ya. Subamos con el espíritu a donde Jesús, la Luz, nos lleva. Allí, por la dulce esperanza y la hermosa fe, encontraremos la alegría, porque nuestra caridad podrá derramarse en Dios y en los amados que nos esperan. Es sólo una rápida ascensión... y pronto estaremos arriba, con ellos. La vida es un soplo... La eternidad es el eterno presente.

La primera condición para entrar en el Reino de los Cielos es “vivir sin mancha”. ¿Pero puede el hombre, criatura débil, vivir sin mancha? La carne, el mundo y Satanás, en una continua agitación de pasiones, tendencias y odio, lanzan sus chorretadas para manchar a los espíritus, y, si el Cielo estuviera abierto sólo para los que hubieran vivido sin mancha desde

que tuvieron uso de razón en adelante, poquísimos de toda la Humanidad entrarían en el Cielo, de la misma forma que poquísimos son los hombres que llegan a la muerte sin haber conocido enfermedades más o menos graves durante la existencia.

No temamos a nuestro Dios con injusto temor. Él es Padre. Y un padre tiende siempre una mano a los hijos que vacilan, les ofrece ayuda para que se pongan en pie de nuevo, conforta con medios delicados para que su abatimiento no degeneren en desesperación, sino que florezca en forma de humildad deseosa de ofrecer reparación para volver al amor del Padre.

Así es: el arrepentimiento del pecador, la buena voluntad de ofrecer reparación -nacidas ambas cosas de un verdadero amor al Señor-, lavan la mancha de la culpa y hacen al hombre digno del perdón divino. A las abluciones del amor, del arrepentimiento y de la buena voluntad, se unirá, poderosísima, la absolución que el Cristo nos ha obtenido a precio de su sacrificio.

El Cielo es alegría en el que entrarán los niños pequeños y los adultos, los viejos, los que hayan vivido, luchado, vencido, y que a la cándida corona de la Gracia unan la corona multicolor de sus obras santas, de sus victorias contra Satanás, el mundo y la carne, y grande, grandísima será su bienaventuranza de vencedores, grande, como el hombre no puede imaginar.

La justicia se practica y la victoria se conquista con honestidad de palabras y de acciones, con caridad hacia el prójimo. Reconociendo que Dios es Dios y no poniendo en el lugar del Dios Stmo. los ídolos de las criaturas, el dinero, el poder. Ofreciendo a cada uno el lugar que le corresponde, sin tratar de dar más ni de dar menos de aquello que debe darse. No es justo el hombre que, porque uno sea amigo o pariente suyo influyente, le honre y sirva incluso en las obras no buenas. Y quien -caso contrario- perjudique a su prójimo porque de él no pueda esperar ningún beneficio, y jure contra él, o se deje comprar con regalos para testificar contra el inocente o juzgar con favoritismo, no según la justicia sino según el cálculo de lo que el injusto juicio le puede producir del más poderoso de los contendientes, no es justo, y vanas son sus oraciones, sus dádivas, porque a los ojos de Dios están manchadas de injusticia.

El bien, la justicia, la gloria están en cumplir lo que el Decálogo enseña y ordena hacer. No hay otra doctrina.

Ningún hombre, por fatigoso que sea su senda para llegar al Cielo, recorrerá jamás un sendero más fatigoso y doloroso que el que el Hijo del hombre recorrió para venir del Cielo a la Tierra y de la Tierra ir al Sacrificio para abrirnos las puertas del Tesoro.

En las tablas de la Ley está su Sangre. En el Camino que nos traza está su Sangre. La puerta del Tesoro se abre con el empuje de la ola de su Sangre. Nuestra alma se hace cándida por el lavacro de su Sangre, y fuerte por la nutrición de su Sangre. Pero, para que no sea derramada en vano, nosotros debemos recorrer el camino inmutable de los diez mandamientos. 452.7

¿Cómo podemos sentarnos contentos a la mesa y participar con alegría de la abundante comida, sabiendo que, a poca distancia, hermanos nuestros tienen hambre? ¿Cómo ir a descansar en una cama bien cobijada, cuando sabemos que afuera, de noche, hay hombres que no disponen de camastro ni refugio? ¿No nos queman la conciencia esas monedas que guardamos en las arcas, sabiendo que muchos no tienen ni una moneda con que comprarse un pan?

La doctrina de Cristo es una doctrina de amor. Los sacrificios y oraciones son vanos si el amor al prójimo no es su base y altar, y especialmente al pobre indigente, al cual es posible ofrecer todas las formas de amor con el pan, la cama, los vestidos, con el consuelo y la enseñanza, y conduciéndole a Dios. La miseria, degradando, lleva al espíritu a perder esa fe en la Providencia que es saludable para resistir en las pruebas de la vida.

La magnitud del amor cristiano es de amor de fusión con Dios, de unión total, de abandono total, vivir perdidos en Él, no ser ya sino una parte de Él, de la misma forma que la mano es un parte de nosotros mismos y hace lo que la cabeza ordene. El don de Dios no suprime a la criatura, que tiene su humanidad como todas las demás, aunque el don le dé una espiritualidad muy fuerte. Todo don divino es una gran bienaventuranza pero también un fuerte compromiso. Y Dios no violenta a ningún hombre para que acepte sus dones, sino que pregunta a la criatura, y, si la criatura, a la voz espiritual que le habla contesta negativamente, Dios no lo fuerza.

La Palabra de Dios para ser fructífera debe ser recibida con el ánimo en paz.

Si ninguno comprende no es por su culpa. Es Satanás quien crea los vapores para que no vean, y estén como ebrios y no comprendan, y no estén preparados por consiguiente y sean más fáciles de doblegar.

Un auténtico cristiano nunca rechazará a aquellos que revivirán el hombre de Keriot (Judas) con todas sus taras. Un cristiano no lo rechazará.

María Santísima en el tiempo que permaneció en la Tierra, segunda respecto a Pedro como jerarquía eclesiástica (él cabeza, ella fiel), primera respecto a todos como Madre de la Iglesia, habiendo dado a luz a Jesús, Cabeza de este Cuerpo místico, no rechazó a los muchos Judas, sino que socorrió y enseñó a Pedro y a los hermanos, a no rechazar, sino a socorrer. Defendió a Jesús en sus seguidores, y defendió a Jesús contra aquellos que quisieron dispersar y desmembrar a la naciente Iglesia. Y a lo largo de los siglos fue la Madre que siempre intercedió y protegió,

defendió, ayudó a la Iglesia de Cristo, a sus Sacerdotes, a sus fieles, contra el Mal y el Castigo, contra sí mismos.

No se piden milagros para creer. Se pide fe para creer, y obtener así el milagro. Fe y piedad hacia el prójimo.

En general se suele actuar humanamente, con fuerzas humanas y medios humanos, y también inhumanos, para defenderse y preparar medios de ofensiva, olvidando las palabras del Profeta, que enseña a su pueblo cómo se puede defender de las desventuras humanas con medios sobrehumanos, los más válidos: “Consolaos... confortad a Jerusalén, porque su esclavitud ha terminado, su iniquidad está expiada, pues ha recibido de la mano del Señor el doble de sus pecados”. Y después de la promesa explica la forma que debe seguirse para traducirla en realidad: “Preparad los caminos del Señor, enderezad en la soledad los senderos de Dios. Todo valle será colmado; toda montaña rebajada; los caminos tortuosos se harán derechos, los escabrosos se harán llanos...”

Ésta es la verdadera defensa contra las desventuras del hombre. No armas contra armas, defensa contra ofensa, no orgullos, no la crueldad; sino armas sobrenaturales, virtudes conquistadas en la soledad, o sea, en el interior del individuo, solo consigo mismo, que trabaja en santificarse elevando montes de caridad, rebajando cimas de soberbia, enderezando caminos tortuosos de concupiscencia, apartando de su camino obstáculos de sensualidad. Entonces aparecerá la gloria del Señor. 455.12

Si miramos a los trabajadores que hasta ayer los habíamos mirado como a máquinas obligadas a trabajar y los miramos como a hermanos entre hermanos los veremos como lo que son: hombres. El desprecio o la indiferencia da lugar a la piedad. Dentro de ellos hay un alma, un pensamiento, sentimientos como los nuestros.

Si la vida del hombre es como hierba que se seca, más frágil es su bienestar. Los que hoy están sanos mañana pueden estar enfermos, los que hoy son libres mañana pueden ser esclavos, los que hoy viven felices mañana pueden vivir infelices.

No juzguemos la culpa ni gocemos su expiación. Mañana, por muchos motivos, podríamos ser culpables también nosotros y vernos obligados a duras expiaciones. Seamos, pues, misericordiosos, porque no conocemos nuestro mañana, que podría verse necesitado de toda la misericordia divina y humana. Seamos propensos al amor y al perdón. No hay hombre sobre

la Tierra que no necesite de perdón por parte de Dios y por parte de alguno de sus semejantes. Perdonemos, pues, para ser perdonados.

El ser extranjeros del Pueblo santo ya no es impedimento para servir al Señor. Porque ha llegado el tiempo en que las fronteras de la Tierra cesan ante el único Rey, el Rey de todos los reyes y pueblos, que congrega a todos los pueblos en uno solo para hacer de ellos su pueblo nuevo. Ese pueblo del que serán excluidos sólo los que traten de engañar al Señor con una falaz obediencia a su Decálogo, a ese Decálogo que todos los hombres de buena voluntad pueden seguir, sean hebreos o gentiles o idólatras. Porque donde hay buena voluntad hay tendencia natural a la justicia, y quien tiende a la justicia no halla dificultad en adorar al Dios verdadero, cuando llega a conocerle, a respetar su Nombre, a santificar sus fiestas, a honrar a los padres, a no matar, robar, testificar con falsedad, a no ser adúltero y fornicador, a no codiciar lo que no es suyo. Y si hasta ahora no se ha hecho, hagámoslo de ahora en adelante, para que se salve nuestra alma y para conquistar nuestro puesto en el Cielo.

En la otra vida no tendrán valor las pobres cosas que llevan por nombre “árbol”, “fruta”, “dinero”, “casas”. Allí no se dan los pensamientos de aquí, en ninguno de los tres reinos. En el Infierno, el odio y el castigo ciegan ferozmente. En el Purgatorio, la sed de expiación anula cualquier otro pensamiento. En el Limbo, la beata espera de los justos no es profanada por nada de carácter terreno. La Tierra queda lejos, con sus miserias; cerca está sólo por sus necesidades sobrenaturales, necesidades de almas, no necesidades de objetos. Los difuntos no réprobos, sólo por amor sobrenatural, orientan a la Tierra su espíritu, y a Dios sus oraciones en favor de los que están en la Tierra; no por otro motivo. Y una vez que los justos entren en el Reino de Dios, ¿qué crees tú que puede ser, para uno que contempla a Dios, esta mísera cárcel, este destierro que se llama “Tierra”? ¿qué, las cosas dejadas en ella? ¿Podrá el día echar de menos una lámpara humeante, cuando le ilumina el Sol?

Las riquezas terrenas son un obstáculo para alcanzar la perfección, mientras que el desapego de las riquezas es escalera para poseer las riquezas eternas. Cuidémonos primero de nosotros mismos, despojémonos de la humanidad aún demasiado viva, liberemos nuestra justicia de esta costra de la humanidad que la encoge.

Madre es la que se preocupa, sobre todo, de lo que no muere nunca, o sea, del espíritu, no sólo de lo que muere, o sea, de la materia. Quien ame el espíritu, amará también el cuerpo,

porque poseerá un amor justo y, por tanto, será justo.

Jesús nos exhorta a ser pacientes, dulces, longánimes. No mostremos odio, rencor, desprecio, ironía. No hagamos memoria del pasado. El hombre que se alza después de un perdón, después de un arrepentimiento, después de un propósito sincero tiene la voluntad, pero también el peso, el legado de sus pasiones y hábitos del pasado. Hay que saber ayudar a liberarse de ello. Y con mucha discreción. Sin hacer alusiones al pasado. Las alusiones son imprudentes contra la caridad y contra la criatura humana. Recordar al culpable arrepentido la culpa es abatirle. Basta su despertada conciencia para ello. Recordar a la criatura humana su pasado es promover el despertar de las pasiones, y algunas veces el volver a pasiones superadas, y consentimientos. En el mejor de los casos, siempre es provocar tentaciones.

No tentemos a nuestro prójimo. Seamos prudentes y caritativos. ¿Que Dios nos ha ahorrado ciertos pecados? Alabémosle. Pero no hagamos ostentación de nuestra justicia para humillar a quien no es justo. Sepamos comprender la mirada implorante de quien está arrepentido y que querríamos que nosotros olvidáramos y que al menos suplica que no le humillemos recordando el pasado.

No queramos ser más que Dios, que no rechaza al pecador que se arrepiente, y le perdona y admite de nuevo junto a Él. Y aunque ese pecador nos haya hecho un mal irreparable, no nos vengamos ahora que ya no es arrogante temido; antes bien, perdonemos y tengamos una gran piedad, porque él fue pobre respecto a ese tesoro que todo hombre puede tener con sólo quererlo: la bondad. Amémosle porque con el dolor que nos ha causado, nos ha dado un medio de merecer un premio más grande en el Cielo. Y no despreciemos a nadie, ni siquiera si es de otra raza. Vemos que cuando Dios atrae hacia sí a un espíritu, aunque sea de un pagano, lo transforma de tal modo que supera en justicia a muchos del pueblo elegido.

No siempre la vida es un don, no siempre la prosperidad es un don, no siempre un hijo es un don, no siempre una elección es un don. Vienen a ser dones y permanecen como tales cuando el que los recibe sabe hacer un buen uso de ellos, y para fines sobrenaturales de santificación. Pero cuando de la salud, prosperidad, afectos, misión, se hace la ruina del propio espíritu, mejor sería no tenerlos nunca. Y a veces Dios ofrece el mayor don que podría dar no dando lo que los hombres querrían o lo que considerarían justo tener como cosa buena. El padre de familia o el médico sabio saben qué es lo que hay que dar a los hijos o a los enfermos para no ponerlos más enfermos o para evitar que enfermen. Lo mismo Dios, sabe lo que conviene dar para el bien de un espíritu. 458.7

La muerte es un don cuando sirve para impedir nuevos pecados y coge al hombre mientras

está reconciliado con su Señor.

Cuando se hace el mal, se debería pensar que los hombres juzgan, pensar que los ponemos en las condiciones de juzgarnos. No debemos tener rencor sino poner en las balanzas de Dios, como expiación, la humillación que hemos recibido.

Los hombres sólo son despreciables cuando persisten en pecar.

Está escrito que no confiemos el corazón al extranjero, porque no conocemos sus hábitos. Pero ¿podemos decir que conocemos el corazón incluso de nuestros conciudadanos?, ¿el corazón del amigo?, ¿el del pariente? Sólo Dios conoce perfectamente el corazón del hombre, y el hombre dispone de un solo medio para conocer el corazón de su semejante, y comprender si se trata de un verdadero compatriota, de un amigo verdadero, de un verdadero pariente. ¿Cuál es este medio? ¿Dónde se encuentra? En el prójimo mismo y en nosotros. En las acciones y palabras de él y en el recto juicio nuestro.

Cuando en las palabras del prójimo, en sus acciones, o en las acciones que querría que nosotros hiciéramos, sentimos, con nuestro recto juicio, que no hay bien, podemos entonces decir: “Éste no tiene corazón bueno y debo desconfiar de él”. Tratarle con caridad, porque es un desdichado - su desdicha es la más grave: la del espíritu enfermo -, pero no seguirle en sus acciones, no aceptar sus palabras como verdaderas y sabias, y, mucho menos, seguir sus consejos. Que no nos destruya este pensamiento orgulloso: “Soy fuerte y el mal de los otros no entra en mí. Soy justo y, aunque escuche a los injustos, justo me conservo”.

El hombre es un abismo profundo, en que se dan todos los elementos del bien y del mal: ayudan los primeros, las ayudas de Dios, a crecer y a hacerse reyes; ayudan a crecer y reinar en modo nocivo las pasiones y las malas amistades. Todas las aspiraciones al bien y todos los gérmenes del mal están latentes en el hombre: por amorosa voluntad de Dios o por malvada voluntad de Satanás, el cual sugestiona, tienta, incita, mientras que Dios atrae, conforta, ama. Satanás trata de seducir, Dios trabaja en conquistar. Y no siempre vence Dios, porque la criatura es pesada hasta que escoge el amor como ley suya, y, siendo pesada, desciende y tiende más fácilmente a aquello que supone satisfacción inmediata y de las partes más bajas del hombre.

Por la debilidad humana se puede comprender cuán necesario es desconfiar de sí mismo y poner mucha atención a nuestro prójimo, para no unir el veneno de una conciencia impura al que ya fermenta en nosotros. Cuando se comprende que un amigo es la ruina del corazón, cuando sus palabras turban la conciencia, cuando sus consejos escandalizan, hay que saber dejar

esa amistad dañosa. Persistiendo se acabaría pereciendo en el espíritu porque se pasaría a acciones que alejan a Dios, que impiden a la conciencia endurecida comprender las inspiraciones de Dios. Si todo hombre culpable de graves pecados pudiera, quisiera hablar, diciendo cómo llegó a esos pecados, se vería que en origen hubo siempre una mala amistad.

Desconfiemos de aquellos que, después de haber combatido contra nosotros sin motivo, de golpe nos colman de honores y regalos. Desconfiemos de los que alaban todas nuestras acciones y son hombres que alaban todo: o sea, alaban al holgazán como buen trabajador, al adúltero como marido fiel, al ladrón como honesto, al violento como manso, al mentiroso como sincero, al mal fiel y al pésimo discípulo como modelos. Lo hacen para destruirnos y servirse de nuestra destrucción para sus astutas miras. Huyamos de aquellos que quieren embriagarnos de alabanzas y promesas para hacer que llevemos a cabo acciones que, de no estar embriagados, no aceptaríamos hacer. Y cuando hayamos jurado fidelidad a uno no tratemos con sus enemigos. Sólo se acercan para perjudicar al que odian, y perjudicar con nuestra misma ayuda.

Abramos los ojos. Jesús ha dicho: sed astutos como las serpientes, además de sencillos como las palomas. Porque, para tratar de las cosas de espíritu, es santa la sencillez, pero, para vivir en el mundo sin perjudicarse uno a sí mismo y perjudicar a los amigos, es necesaria la astucia que sabe descubrir las astucias de quien odia a los santos. El mundo es un cubil de sierpes. Sepamos conocer el mundo y sus sistemas. Y luego, estando como palomas y no entre el fango donde están las sierpes, sino en el alto abrigo sobre la roca, tengamos el corazón sencillo de los hijos de Dios. Y oremos, oremos porque la gran Serpiente silba alrededor de nosotros, y estamos en grave peligro; y quien no vigile perecerá.

Verdaderamente el orgullo y la alabanza engañosa bastan para cubrir de escamas las vistas más agudas.

Los hombres pierden a menudo la vista de Dios porque son pecadores. No viendo a Dios, no ven la Sabiduría, y cometen errores, incluso con miras buenas, o que las creen buenas. Pero los niños son buenos. Sus espíritus ven a Dios y Dios descansa en su corazón. Por eso debemos comprender las cosas con Sabiduría y decir que el Reino de Jesús no se llevará a cabo con violencia, en la Tierra, sino con amor, en los corazones. Y debemos rezar para que los hombres comprendan este Reino como lo comprenden los niños. Las oraciones de los niños van, de manos de sus ángeles, al Cielo, y el Altísimo las convierte en gracias.

Una idea insensata del reino de Jesús impele a los buenos, todavía no justos, a crear

movimientos capaces de instaurar el reino de Israel según la idea fija de la mayoría. Un punzante, ardiente deseo de vengarse de una afrenta impele a otros, a lo mismo.

Quienes han comprendido más a Jesús son los gentiles. Le llaman el filósofo, quizás le consideran un soñador, un irrealista, un infeliz, según ellos, para quienes todo radica en la violencia. Pero al menos ellos han comprendido que no es de esta Tierra y que su Reino no es de esta Tierra.

Algunos filósofos tienen un alma retorcida, sucia, ignorante, a pesar de que su intelecto sea muy distinto del de un bárbaro. Pero dentro de ese templo feo tienen un altar que espera, como el que está en el Areópago, y espera la misma cosa: al Dios verdadero.

Que la civilización de la que partimos nos conduzca a la cristiana.

El verdadero Dios no es un pobre dios de éste o aquel pueblo, un ídolo, una figura irreal. Es la sublime Realidad, es la Realidad universal, es el Ser Único, Supremo, Creador de todas las cosas y de todos los hombres. Es, por tanto, el Dios de todos los hombres. Y los conoce aunque ellos no le conozcan. Los ama aunque ellos, no conociéndole, no le amen; aunque le conozcan mal y, por tanto, le amen mal. El Padre-Dios ama a todos los hombres y quiere su salvación.

¿Quién es Cristo? ¿Quién, el Salvador? ¿Quién, el Mesías? Cristo es el consagrado, el ungido con óleo regio para cumplir su misión. Consagrado para reunir bajo un único cetro, en un único pueblo, bajo una única doctrina, a todos los hombres, para que entre sí sean hermanos, e hijos de un único Padre, hijos que conocen al Padre y que siguen su Ley para tomar parte en su Reino.

Rey, en nombre del Padre que le ha enviado, el Cristo reina como conviene a su Naturaleza, o sea, divinamente, al ser de Dios. Dios ha puesto todo como escabel de los pies del Cristo suyo, pero, ciertamente, no para que oprima, sino para que salve. Efectivamente, su nombre es Jesús, que en lengua hebrea quiere decir Salvador.

Pero el Rey está desnudo, sin más riqueza que su Sacrificio, para simbolizar que no tiende sino a las cosas del espíritu, y que las cosas del espíritu se conquistan con los valores del espíritu y se redimen con la heroicidad del sacrificio; no con la violencia y el oro.

Los gentiles acostumbraban a proclamar dioses a los hombres grandes de sus naciones,

y los metían en las filas de los numerosos e irreales dioses que poblaban el Olimpo que se habían creado para tener algo en que creer, porque la religión, una religión, es necesaria para el hombre, así como, siendo la fe el estado permanente del hombre y la incredulidad la anormalidad accidental, es necesaria una fe. Y no siempre esos hombres elevados a deidades valían siquiera como hombres, pues unas veces eran grandes por la fuerza bruta, otras por una gran astucia, otras por un poder de una u otra forma adquirido. De manera que llevaban consigo, como dotes de superhombres, una serie de miserias que el hombre sabio veía como lo que eran: podredumbre de pasiones desencadenadas.

Y la prueba de esta verdad lo demuestra el hecho de que en el Olimpo quimérico no habían sabido introducir siquiera uno de esos grandes espíritus que han sabido intuir el Ente supremo y han sido agentes intermedios entre el hombre animal y la Divinidad, instintivamente sentida por ellos con su espíritu meditador y virtuoso. Del espíritu que razona el filósofo, del verdadero gran filósofo, al espíritu del verdadero creyente que adora al verdadero Dios, el paso es breve; mientras que del espíritu del creyente al yo del astuto, del hombre avasallador, o del que es héroe materialmente, hay un abismo. Y, aún así, no han puesto en el Olimpo a aquellos que, por la virtud de la vida, muchos se elevaron por encima de la masa humana, hasta acercarse a los reinos del espíritu; no, a éstos los han temido como a crueles amos, o los ha adulado por un servilismo de esclavo, o los han admirado como ejemplares vivos de esas libertades de animales instintos que se presentan como finalidad y meta en la vida. Han envidiado a los que han sido adscritos al grupo de los dioses, y han dejado de lado a los que más se acercaron a la divinidad con la práctica y la doctrina enseñada y vivida de una vida virtuosa.

Jesucristo nos da la manera de que seamos dioses. El que haga lo que Él dice y crea en lo que enseña, ése, subirá al verdadero Olimpo, y será dios, dios hijo de Dios en un Cielo donde no hay ningún tipo de corrupción y donde el Amor es la única ley. En un Cielo donde unos a otros se aman espiritualmente, sin ofuscación ni asechanzas de los sentidos que enemisten a unos contra otros a sus habitantes, como sucede en nuestras religiones.

No viene Jesús a pedir actos bulliciosamente heroicos. Viene a decirnos: vivamos como la criatura dotada de alma y razón, y no como el bruto. Vivamos de forma que merezcamos vivir, realmente vivir, con la parte inmortal nuestra en el Reino de Aquel que nos ha creado.

Jesucristo es la Vida. Vino a enseñarnos el Camino para ir a la Vida. Vino a darnos la Vida a todos nosotros, y a darnosla para darnos la resurrección de nuestra muerte, de nuestro sepulcro de pecado e idolatría. Él es la Misericordia. Viene a llamarnos, a reunirnos

a todos. Él es el Cristo Salvador. Su Reino no es de este mundo; y, no obstante, a quien cree en Él y en Su palabra le nace un reino en el corazón ya desde los días de este mundo, y es el Reino de Dios, el Reino de Dios en nosotros.

De Él está escrito que es Aquel que llevará la justicia a las naciones. Porque si los miembros de todas las naciones llevaran a cabo lo que Él enseña, terminarían los odios, las guerras, los abusos.

El mundo dice: “Avasallemos al pobre, al débil, al solo. Sea la fuerza nuestro derecho, la dureza nuestro modo, nuestras armas la intransigencia, el odio, la crueldad. El justo, puesto que no reacciona, sea pisoteado; y avasallados la viuda y el huérfano, que tienen débil voz”.

Jesús dice: “Sed dulces y mansos; perdonad a los enemigos; socorred a los débiles; sed justos en las ventas y en las compras; aun teniendo el derecho de vuestra parte, sed magnánimos, no aprovechándoos de poder espolear sobre los caídos. No os venguéis. Dejad a Dios el cuidado de tutelarlos. Sed morigerados en todas las tendencias, porque la templanza es prueba de fuerza moral, mientras que la concupiscencia lo es de debilidad. Sed hombres y no brutos, y no temáis haber caído demasiado y no poder alzaros de nuevo.

De la misma manera que el lodo puede volver a ser agua pura -evaporándose al sol, purificándose dejándose consumir y elevándose al cielo para después volver a caer en forma de lluvia o de rocío no inficionado y beneficioso-, con tal de que sepa soportar el sol, así los espíritus que se acerquen a la gran Luz que es Dios y le eleven a Él su grito: “He pecado, soy lodo, pero aspiro a ti, Luz”, se transformarán en espíritus que ascenderán purificados a su Creador. Quitad a la muerte su horror, haciendo de vuestra vida una moneda para adquirir la Vida. Despojaos del pasado, cual de un vestido sucio, y revestíos de virtud. Yo soy la Palabra de Dios y, en su Nombre, os digo que quien tenga fe en Él y buena voluntad, quien se arrepienta del pasado y tenga propósito recto para el porvenir, sea hebreo o gentil, vendrá a ser hijo de Dios y poseedor del Reino de los Cielos.”

Sólo son cobardes los malos, los que tienen culpas que les hacen temer la justicia... la justicia de los hombres, por desgracia, mientras que deberían temer en primer lugar, en único lugar, la de Dios. Un cristiano debe temer como Jesús más que a la guerra abierta de los enemigos a la subrepticia de los falsos amigos, al errado celo de amigos verdaderos que todavía no han entendido.



Un cristiano debe corregir el error en que, con buena fe, se haya podido caer. Sin reprender. No reprende a ninguno, ni siquiera a los que deberían saber con justicia y regular las propias pasiones con justicia. No reprender pero debe decir claramente a los que en el fondo de su amor quieren honrar a Jesús todavía con su yo, que bulle y sueña un tiempo mejor en que puedan ver el daño en los que les dañaron.

No reprende a los que a pesar de que muestran haber olvidado la sabiduría y el templo enteramente espirituales que recibieron de Jesús tienen también una raíz de humanidad que resurge después de la llamarada de su amor.

No reprende a los hombres justos y a los que pretenden con buena fe hacer de Jesús rey terrenal que vengaría de alguna manera humana las ofensas recibidas.

No reprende porque no son los hombres los que quieren esto espontáneamente. Es la Insidia, es el Adverdario el que actúa, y ellos son, sin saberlo, títeres en sus manos. Incluso del amor hacia Jesús se vale el Maldito para perjudicar y perjudicarlo.

Jesús dice: “No. Mi Reino no es de este mundo. Venid a mí, para que instaure mi Reino en vosotros.No otra cosa”.

Las Escrituras hablan de un Rey libertador de la esclavitud satánica, de la idolatría. La mayor desventura de un pueblo y de un creyente es caer en una falsa interpretación de los signos. Intereses personales, prejuicios, exaltaciones, pernicioso amor patrio, todo contribuye a crear esta vorágine... la vorágine del error en que un pueblo perecerá considerando a su Rey como lo que no es.

¡Cuántos súbditos son mejores que sus “jefes”! ¡Incluso como obra maestra de humildad y para no humillar a los que no saben comprender y creer, llegan al punto de dar de sí una imagen, y dejar creerlo, de que también ellos como los jefes son tardos e incrédulos!

Una obediencia a la orden de Dios es ya de por sí absolución a la omisión de cualquier precepto, porque la obediencia a Dios es siempre superior a cualquier otra cosa.

No es buen Maestro el que no sabe medir las cualidades y las reacciones de un discípulo suyo, y no sabe meditar sobre las consecuencias que un esfuerzo superior a lo que el discípulo puede soportar puede producir en él. También cuando se impone la virtud hay que ser prudentes y no pretender un máximo que la formación espiritual o las fuerzas generales del ser no pueden dar. Exigiendo una virtud o un dominio espiritual demasiado fuertes respecto al grado de fuerzas espirituales, morales e incluso físicas alcanzado por la criatura, se puede producir una dispersión de las fuerzas ya acumuladas y un quebrantamiento del ser en sus

tres grados: espiritual, moral, físico.

El cristiano debe saber mantenerse libre como los pájaros, que prefieren el alimento parco y la rama para su descanso, antes que las doradas jaulas, donde hay mucha comida, y cómodo es el lugar para el descanso, pero que están prisioneros del capricho de los hombres.

Tratarán de seducir tomando a cada uno por el punto más débil, porque los siervos del Mal son astutos, pues son instruidos por el Maligno. No se debe creer en sus palabras. No son sinceras.

La Paz es Dios. Si somos fieles a Dios, ÉL estará con nosotros. Y, con Él en nosotros, ¿a qué vamos a tenerle miedo? ¿Quién nos podrá separar de Dios, si no nos ponemos en condiciones de perderle? Sólo el pecado separa de Dios. Pero el resto: tentaciones, persecuciones, muerte, ni siquiera la muerte, separan de Dios. Es más unen más a Él, porque toda tentación vencida eleva en un escalón hacia el Cielo; porque las persecuciones nos obtienen un redoblado amor protector de Dios; y la muerte del santo o del mártir no son sino fusión con el Señor Dios.

Fijémonos cómo huelen las flores. Holámoslas pero no las arranquemos. ¡Son tan bellas y puras! Abstengámonos de hacerlo, porque arrancarlas es profanarlas. Siempre está mal usar la violencia. Tanto contra la planta como contra el animal; contra el animal como contra el hombre. ¿Por qué quitar la vida? ¡Es tan bella la vida cuando se emplea bien!... Y las flores la emplean bien, porque perfuman, alegran con su aspecto y sus aromas, dan néctar a las abejas y a las mariposas, y ceden a éstas el oro de sus pistilos para poner gotitas de topacio en la perla de sus alas, y hacen de lecho a los nidos... Oír a un ruiseñor cantar con gran dulzura es oír su alegría de vivir y de alabar al Señor. ¡Cuánto sirven de ejemplo para los hombres! Con poco se contentan, y sólo con aquello que es lícito y santo. Un granito y un gusanillo, porque el Padre Creador se lo da; y si no hay no sienten ira o desdén, sino que engañan al hambre de la carne con el impulso del corazón, que les hace cantar las alabanzas del Señor y las alegrías de la esperanza. Se sienten felices de estar cansados por haber volado desde el alba hasta el anochecer para hacerse un nido calentito, blando, seguro; no por egoísmo, sino por el amor a la prole. Y cantan por la alegría de amarse honestamente. El ruiseñor hacia su hembra, y ambos hacia los hijos. Los animales son siempre felices, porque no tienen remordimientos ni acusaciones en su corazón. Nosotros los hacemos infelices, porque el hombre es malo, desconsiderado, subyuga a los demás, es cruel. Y no le basta serlo con sus semejantes. Hace rebosar su maldad sobre los inferiores. Y cuantos más remordimientos internos tiene más le punza su conciencia y más cruel se muestra hacia los demás.

Es herético impugnar la verdad de la Divinidad dentro de una carne humana.

Es duro decir “he pecado” por eso habría que obrar bien. Para no tener luego que humillarse diciendo: “He pecado”. De todas formas hay en esto también una gran medicina. El tener que hacer el esfuerzo al manifestar la culpa retiene (retrae) respecto a ella; y, si ya se ha verificado, la pena de acusarse es ya penitencia que redime. Y si luego uno sufre no tanto por orgullo propio y por miedo al castigo, sino porque sabe que faltando ha causado dolor, entonces, la culpa se anula. El amor es lo que salva.

Un pecador puede avergonzarse ante todos pero no ante Jesús. Un hijo no tiene miedo y vergüenza ante el padre bueno, ni un enfermo ante un médico de valía. Y a ambos se confiesa uno sin temor, porque el uno ama y perdona y el otro comprende y sana.

Pero ¿qué es lo que pone al pecador en las manos del demonio? Es su voluntad.

Cuando uno se arrepiente ¡qué alegría! parece como si el ruiseñor se uniese para decir que se siente feliz de la buena voluntad, él, el pequeño cantarín, tan lleno de buena voluntad para hacer aquello para lo que fue creado.

Vaya el pecador siempre que tenga miedo de sí mismo y de su propio yo a Jesús. El propio yo, gran amigo, gran tentador, gran enemigo y gran juez. Pero después de haber sido cómplice se yergue como juez implacable y tortura con sus reproches... El “yo” es despiadado cuando reprocha... ¡No Jesús!

Toda caída tiene premisas en el tiempo. Cuanto más grave es la caída, más preparación tiene. Los preliminares explican el hecho. Uno no se hunde, ni asciende, al improviso. Ni en el bien ni en el mal. Largos e insidiosos son los factores que cooperan a los descensos; pacientes y santos, los que cooperan a subir.

Al mundo que niega a Satanás porque le tiene tan dentro de sí que ya ni se da cuenta de su presencia, que le ha interiorizado de forma que ha venido a ser parte del yo, a ese mundo Jesús le muestra que Satanás existe. Eterno e inmutable en método usado para hacer de nosotros sus víctimas.

El cristiano es bueno, trabajador, perdona a quien no le quiere, es agradecido con quien le favorece pues piensa siempre que en quien le favorece está presente Dios. Por tanto, recibe con respeto cualquier beneficio, pero sin pretenderlo, sin decir: “Voy a estar ocioso, porque hay quien se preocupa de mí”. También trabaja, porque el trabajo es santo y ayudar a la madre

es honrarla. Dar buen ejemplo a los hermanitos y velar por el honor de las hermanas es un deber. Desea tener lo que es justo y trabaja para tenerlo, pero sin envidiar al rico, ni tener deseos de riquezas para poder gozar mucho.

La voluntad del Padre de los Cielos debe siempre ser más fuerte que la nuestra, y debemos amarla más que a la nuestra, porque es siempre voluntad perfecta.

Todo adiós significa dolor. Pero aunque estemos separados de la persona amada, siempre estaremos unidos si nuestro corazón sigue queriéndola.

Hacer lo que Jesús ha enseñado es amarle, porque el que hace lo que le ha enseñado demuestra que tiene estima -y estima es siempre amor- por esa persona.

Nosotros que habremos de morir sin haber visto a Jesús, le amamos sin haberle conocido nunca. Tenemos que tener una grande, una ciega fe para poder a llegar a decir: “Él es verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador, y su palabra es veraz”.

Una gran fe para poder tener la gran esperanza de la vida eterna y de la inmediata posesión de Dios después de una vida de justicia. Debemos amar a quien no hemos conocido, a quien no hemos oído, a quien no hemos visto obrar prodigios. Y, no obstante, sólo si amamos así, tendremos la vida eterna.

Cuando el primer hombre estaba en estado de inocencia y de gracia, reflejaba, por tanto, sin sombras, la Sabiduría que le había creado, y conocía las verdades de la Sabiduría. Por la Gracia y la inocencia poseía también los otros dones de Dios en medida plena. Sometido el sentido a la razón, su mente no estaba ofuscada por emanaciones concupiscentes. Por la ciencia, proporcionada a su estado, decía palabras de verdad. Era, pues, profeta. “Profeta” quiere decir “aqueel que habla en nombre de otro”. Y los profetas verdaderos hablan siempre de cosas relativas al espíritu y al futuro, aunque parezcan relacionadas con el tiempo presente y con la carne - y es que en los pecados de la carne y en los hechos del tiempo presente están los gérmenes de los futuros castigos, o los hechos del futuro tienen su raíz en un acontecimiento antiguo -, así es que quien mueve sus labios a hablar de cosas del espíritu no puede ser sino el Espíritu eterno, que todo lo ve en un eterno presente. Y el Espíritu eterno habla en los santos, pues que no puede habitar en los pecadores.

Adán era santo, o sea, la justicia era plena en él, y en él estaban presentes todas las virtudes, porque Dios a su criatura le había infundido la plenitud de sus dones. Ahora, para llegar a la justicia y a la posesión de las virtudes, mucho debe esforzarse el hombre, porque en él están presentes los fómites del mal. Pero en Adán no estaban esos fómites; antes al contrario,

la Gracia le hacía inferior en poco a Dios su Creador. Por tanto, sus labios pronunciaban palabras de gracia. Palabra veraz es, pues, ésta: “El hombre dejará por la mujer al padre y a la madre, y se unirá a su mujer y serán una carne sola”.

Tan absoluto y verdadero es esto, que el Bonísimo, para consuelo de las madres y los padres, puso luego en la Ley el cuarto mandamiento: “Honra a tu padre y a tu madre”. Mandamiento que no termina con las nupcias del hombre, sino que continúa después de ellas.

Una actitud cristiana perfecta es la que da testimonio de la “Palabra” siendo paciente y amable. Nunca mostrará fastidio por tener que repetir un concepto una, dos, diez, cien veces, para hacerlo entrar en las cabezas acorazadas con preceptos.

Se despreocupará de su cansancio-sufrimiento con tal de quitar a una criatura el sufrimiento moral o físico. Aunque siempre preferirá callarse, aislarse en un silencio de meditación capaz de durar muchas horas, si es que alguien no le saca de él preguntándole algo.

Amará mirando al cielo, a los campos, a las personas, a los animales. Sonreirá acariciando el mundo y emanando de sus pupilas el amor que se transparenta, que se difunde, que bendice, que purifica la luz de su mirada, siempre intensa, intensísima cuando sale de su recogimiento.

Los recogimientos del cristiano deben ser más que meros éxtasis, en los cuales la criatura ya vive en el Cielo. Son “el encuentro sensible de Dios con el dios participativo”. Siempre presente y unido a la Divinidad de Cristo, que es Dios como el Padre. En la Tierra como en el Cielo, el Padre está en el Hijo y el Hijo está en el Padre, que se aman y amándose generan a la Tercera Persona. La potencia del Padre es la generación del Hijo, y el acto de generar y de ser generado crea el Fuego, o sea, el Espíritu del Espíritu de Dios. La Potencia se vuelve hacia la Sabiduría a la que ha generado, y ésta se vuelve hacia la Potencia en el júbilo de ser el Uno para el Otro y de conocerse por lo que son. Y, dado que todo buen conocimiento recíproco crea amor henos al Espíritu Santo... Aquel que, si fuera posible poner una perfección en las perfecciones divinas, habría de llamarse la Perfección de la Perfección.

Renunciar a la beatitud para que otros tengan la Vida sólo le es concedido a quien vive en la Tierra siendo ya ciudadano de los Cielos.

Sin una experiencia propia, y proporcionada, la criatura no podría comprender lo que fue la larga Pasión de Jesús.

No deben hacerse juicios sin una base segura.

Los paganos son más cuidadosos de la carne y de la sangre que del alma. La amorosa diligencia que se tiene por su hambre despierta su afecto hacia cualquier desconocido que piensa en ellos. Y, cuando le quieran, le escucharán, aunque hable de cosas distintas de la comida. El amor prelude siempre el seguimiento de aquel a quien se ha aprendido a amar. Ellos le seguirán un día en los caminos del espíritu. Las obras de misericordia corporal alisan el camino a las espirituales; las cuales lo hacen tan libre y llano, que la entrada de Dios en un hombre preparado en tal manera al divino encuentro se produce sin el conocimiento del propio individuo. Éste se encuentra a Dios dentro de sí y no sabe por dónde ha entrado. A veces tras una sonrisa, tras una palabra de piedad, tras un pan, ha empezado la apertura de la puerta de un corazón cerrado a la Gracia y ha empezado el camino de Dios para entrar en ese corazón. Las almas son la cosa más variada que existe. Hay tantas diversidades de tendencias y reacciones como almas existen. Y no es buen maestro y médico de almas el que no sabe conocerlas y trabajarlas según sus distintas tendencias y reacciones.

La vida es sufrimiento especialmente para quien tiene recuerdos de sus pecados.

Todo pecador perdonado renace con un espíritu nuevo y con la voluntad de no querer volver a pecar. Además de abstenerse de pecar, debe llevar a cabo actos de justicia encaminados a anular completamente la deuda ante los ojos de Dios y por tanto su penitencia deber ser continua.

¿Qué es la voluntad del pueblo? ¿Qué es el pueblo? ¿Por quién es pueblo? ¿Quién lo mantiene como tal? Dios.

El cristiano será lo que Dios quiere que sea. Por su voluntad será lo que debe ser. Y nada podrá impedir que lo sea.

El cristiano debe asir su momento. Ni antes ni después.

El mundo odia a Jesús porque es un peligro para el mundo. Un peligro para la falsedad, la avaricia, la violencia que hay en el mundo.

Jesús es la Luz, y la luz ilumina. El mundo no ama la luz, porque la luz pone al descubierto las acciones del mundo. El mundo no ama a Jesús porque sabe que ha venido a vencerle en el corazón de los hombres y en el rey tenebroso que le domina y desvía. El

mundo no quiere convencerse de que Jesús es su Médico y su Medicina, y, como un demente, querría derribarle para no ser curado. No quiere convencerse de que Jesús es el Maestro, porque lo que Él dice es contrario a lo que él dice. Y entonces trata de ahogar la Voz que habla al mundo para adoctrinarle en orden a Dios, para mostrarle la verdadera naturaleza de sus malas acciones.

Decir una cosa por otra con buen fin es siempre censurable. No se debe mentir, ni siquiera con buen fin. El ánimo se acostumbra a imaginar la mentira y los labios a proferirla. Evitemos la insinceridad. 482.5

El Reino de Dios estará habitado exclusivamente por todos aquellos que en la Tierra tuvieron una única fe cristiana, y en el Cielo llevarán un único nombre: santos. Las razas, y las divisiones entre raza y raza, se quedarán en la Tierra, limitadas a ella. En el reino de Jesæus no habrá razas distintas, sino únicamente la de los hijos de Dios. Los hijos de Uno Solo pueden ser sólo de una única estirpe.

¿Con qué compararemos el mundo en general que estuvo unido - y lo está en el pensamiento de Dios- en una única nación, y que luego se escindió por un error y por una obstinado odio entre hermanos?

El Creador no ha hecho tantos Adanes y tantas Evas como razas hay recíprocamente adversas, como tribus hay, como familias hay constituidas en enemigas la una de la otra. Hizo a un solo Adán y a una sola Eva, y de ellos han venido los hombres todos, que se esparcieron luego para poblar la Tierra, como si fuera una sola casa que va enriqueciéndose en el número de habitantes a medida que aumentan los hijos y se casan y procrean a los nietos para sus padres. ¿Por qué, entonces, tanto odio entre los hombres, tantas barreras, tantas incomprendiones?

Miremos una granada. Ya conocemos su sabor, además de su belleza. Está cerrada y nos promete el dulce jugo de un interior. Abierta, alegre también la vista con sus filas apretadas de granos, semejantes a rubíes dentro de un cofre. Pero ¡ay del incauto que la mordiera sin haberle quitado las separaciones amarguísimas puestas entre una y otra familia de granos!. Rechazaría el fruto diciendo: “Es veneno”. Igualmente las separaciones y los odios entre un pueblo y otro, una tribu y otra, transforman en veneno aquello que había sido creado para ser dulzura. Son inútiles. Lo único que hacen es, como en ese fruto, crear límites que comen espacio y producen compresión y dolor. Son amargos y, a quien clava sus dientes, o sea, a quien muerde a su prójimo a quien no ama, para producirle daño y dolor, le dan una

amargura que envenenan el espíritu.

¿No se pueden hacer desaparecer? Se puede. La buena voluntad los elimina, de la misma forma que la mano de un niño quita las paredes de amargura en el dulce fruto que el Creador hizo para deleite de sus hijos.

Resignémonos todos a la voluntad del Señor, que premiará el sacrificio de nuestra voluntad a la suya. Tengamos una fe ilimitada en el Señor.

La persona arrepentida y convertida es una de las almas más odiadas por Satanás, pero también una de las más amadas por Dios.

La mente del soberbio fornicó con Satanás contra Dios y contra el amor. Lucifer fornicó consigo mismo, con su propio pensamiento inteligente y desordenado.

La lujuria es desorden. Desorden guiado por una inteligencia libre y consciente, que sabe que su apetito está mal, pero de todas formas quiere saciarlo. La lujuria es desorden y violencia contra las leyes naturales, contra la justicia y el amor hacia Dios, hacia nosotros mismos, hacia nuestros hermanos. Toda lujuria, tanto la carnal como la que tiende a las riquezas y poderes de la Tierra, como la de aquellos que quisieran impedirle a Cristo su misión, porque contiene contubernio con la inmoderada ambición que teme ser quebrantada por Jesús de Nazaret.

El Reino de Dios sólo su ojo lo ve formarse, porque el ojo de Dios lee dentro de los hombres. El Reino de Dios está dentro de nosotros, en nuestro espíritu que acoge la Ley venida de los Cielos como Ley de la verdadera Patria, ley que, practicándola, hace a uno ciudadano del Reino. Con la penitencia se han preparado los caminos, con el amor surgirá, y caerá la esclavitud del pecado que impide a los hombres el Reino de los Cielos.

La buena voluntad es aquella que hace la voluntad de Dios y no combate contra ella.

Los ángeles, criaturas espirituales siervas del Altísimo y mensajeras suyas, han sido creados por Él como el hombre, como los animales, como todo lo que fue creado. Pero no han sido engendrados por Él. Porque Dios engendra únicamente a otro Sí mismo, pues no puede el Perfecto engendrar sino a un Perfecto, a otro Ser parejo a Sí mismo, para no rebajar su perfección engendrando a una criatura inferior a Él.

Ahora bien, si Dios no puede engendrar a los ángeles, y ni siquiera elevarlos a la dignidad de hijos suyos, ¿cómo será el Hijo al que dice: “Tú eres mi Hijo. Hoy te he engendrado”?

Ese Hijo no podrá ser sino Dios como el Padre, con quien comparte atributos y poderes y con quien goza de la Caridad.

¿Quién debe ser el Cristo? ¿Un ángel? Más que un ángel. ¿Un hombre? Más que un hombre. ¿Un Dios? Sí, un Dios. Pero con una carne unida a Él, para que ésta pueda cumplir la expiación de la carne culpable. Todas las cosas deben ser redimidas a través de la materia con que pecaron.

Jesús de Nazaret no tuvo padre que le haya engendrado hombre; no tuvo madre que le haya engendrado Dios. Y, no obstante, tiene una carne, y la ha asumido por misteriosa obra del Espíritu, y ha venido a nosotros pasando por un tabernáculo santo. Y nos salvó después de haberse formado a sí mismo por voluntad de Dios; nos salvó haciendo salir su verdadero Sí mismo del tabernáculo de su Cuerpo para consumir el gran Sacrificio de un Dios que se inmoló por la salvación del hombre.

Callarse es la única medicina para calmar las iras. Callarse con humildad y paciencia; y, si se siente que no puede uno callarse sin desaires, marcharse. ¡Saber callar! ¡Saber marcharse! No por vileza, no por falta de palabras, sino por virtud, por prudencia, por caridad, por humildad. ¡Es tan difícil conservar la justicia en las disputas! Y la paz del espíritu. Alguna cosa baja siempre a perturbar en las profundidades, a enturbiar, a hacer bullicio. Y la imagen de Dios que se refleja en todo espíritu bueno queda empañada, desaparece, y ya no se pueden oír las palabras de Dios. ¡Paz! Paz entre hermanos. Paz también con los enemigos. Pero ¿querríamos hacernos nosotros también amigos de Satanás, odiando a quien nos odia? ¿Cómo podríamos conducirlos al amor si estuviéramos fuera del amor? No contemos las derrotas sino las victorias. ¡Alabemos por éstas al Señor!

Como un vientre que se abre para dar a luz, así la Tierra arrojará de sus entrañas todo hueso de hombre que sobre ella murió y en su fango fue sepultado, desde Adán al último hombre. Y se producirá entonces la resurrección de los muertos para el grande y supremo juicio, después del cual, el mundo se vaciará para transformarse en una nada, y terminará el firmamento con sus astros. Todo tendrá fin, menos dos cosas eternas, lejanas, en los extremos de dos abismos de una profundidad incalculable, totalmente antitéticos en la forma y en el aspecto y en el modo con que en ellos proseguirá eternamente la potencia de Dios: el Paraíso: luz, alegría, paz, amor; el Infierno: tinieblas, dolor, horror, odio.



Entre los que viven, porque respiran todavía, innumerables son los que son como cadáveres, como los huesos secos vistos por Ezequiel. ¿Quiénes son? Aquellos que no tienen en sí la vida del espíritu. El que entre los gentiles y los idólatras no haya sino muertos que esperan ser vitalizados por la Vida es una cosa natural, y causa dolor sólo a aquellos que poseen la verdadera Sabiduría, porque Ella les hace comprender que el Eterno ha creado a las criaturas para Él y no para la idolatría, y se aflige viendo a tantas criaturas en la muerte. Pero si el Altísimo tiene este dolor, y es ya grande, ¿cuál será su dolor por aquellos que, de su Pueblo, son huesos que albean, sin vida, sin espíritu?.

Se puede matar de muchas maneras a los hermanos. Con un arma y con la palabra, o con una acción malvada. Pero el hombre no siente remordimiento. El hombre, y éste es el signo de su decadencia espiritual, ha matado el remordimiento.

La historia siempre se repite. Para los buenos, para los malos. Pero toda la vida es una prueba de la fe y justicia del hombre.

¿Podremos decir que un lugar determinado está sujeto a influjos buenos o no buenos? No. No el lugar. No el tiempo. No los sucesos, sino la voluntad del hombre es la que turba las acciones del hombre. Es siempre la voluntad del hombre la que hace cumplir el bien o el mal. Y sobre la voluntad del hombre proyecta sus luces la voluntad de Dios, y sus vapores venenosos la voluntad de Satanás. Del hombre depende acoger la luz o el veneno y venir a ser justo o pecador.

Ha puesto Dios un guardián al hombre: la voluntad inteligente y consciente del hombre; y protecciones: los mandamientos y los consejos angélicos, para que el espíritu del hombre no fuera corrompido consciente o inconscientemente. Pero cuando el hombre corrompe su conciencia, su intelecto, no escucha las inspiraciones del Cielo, pisotea la Ley, es como si fuera un guardián que dejara sin custodia el pozo, o como un demente que dismantelara sus defensas. Deja libre el campo a los enemigos satánicos, a las concupiscencias del mundo y de la carne, y a las tentaciones que, aunque no sean secundadas después, siempre es prudente tenerlas vigiladas y rechazarlas. Seamos sabios, con la verdadera sabiduría, que es saber defender el propio yo de las acciones que deshonran al hombre.

No existen sólo las riquezas y las mercancías como únicas cosas que conquistar, sino que hay otra cosa que hay que conquistar: la vida para la propia alma. Porque el hombre tiene un alma dentro de sí, una cosa impalpable, pero que es la que le hace vivir, una cosa que no muere ni siquiera cuando la carne ha muerto, una cosa que tiene derecho a vivir su verdadera,

eterna vida, y no la puede vivir si el hombre mata su verdadero yo con sus malas acciones.

La idolatría y el gentilismo no son insuperables. El sabio medita y dice: “¿Por qué tengo que seguir a unos ídolos y vivir sin esperanza de una vida más buena, mientras que, yendo al verdadero Dios, pudo conquistar la alegría para toda la eternidad?”. El hombre es avaro de sus días y la muerte le causa horror. Cuanto más envuelto está en las tinieblas de falsas religiones o en la no fe, más teme a la muerte. Pero el que viene a la verdadera Fe pierde el terror a la muerte, porque sabe que más allá de la muerte hay una vida eterna, donde los espíritus se volverán a encontrar y no habrá ya ni dolores ni separaciones. No es difícil seguir el camino de la Vida. Basta creer en el único verdadero Dios, amar al prójimo y amar la honestidad en todas las acciones.

La verdadera religión está en esto, no en los sacrificios vanos y pomposos. Obedecer a los preceptos de una moral perfecta, de una virtud sin defecto, usar misericordia, eludir lo que deshonra al hombre, dejar las vanidades, las adivinaciones del error, los augurios falaces, los sueños de los malvados, como dice el libro sapiencial; usar con justicia los dones de Dios, o sea, la salud, la prosperidad, las riquezas, la inteligencia, el poder; no tener soberbia, que es signo de necedad, porque el hombre vive, está sano, es rico o sabio o poderoso mientras Dios se lo concede; no tener deseos inmoderados que algunas veces llevan incluso al delito; vivir, en una palabra, como hombres y no como animales, por dignidad incluso hacia uno mismo.

Bajar es fácil; subir de nuevo, difícil. Pero ¿quién querría vivir en un abismo fétido sólo por el hecho de haber caído en él, y no trataría de dejarlo subiendo hasta su sumidad florida y llena de sol? La vida del pecador está situada en un abismo, y también la vida que vive en el error. Pero aquellos que acogen la Palabra de la verdad y van a la Verdad suben a la sumidad, a la Luz.

Lo que hiere al cristiano es la falta de caridad y de sinceridad en los acusadores contra la mujer adúltera del evangelio. No que acusaran con falsedad. La mujer era realmente culpable. Pero eran insinceros al escandalizarse de algo que ellos habían cometido mil veces y que sólo una mayor astucia y una mayor suerte habían permitido que quedase oculto. Pero ninguno de sus acusadores y acusadoras -porque también las mujeres la acusaban en el fondo del corazón, aunque no alzaran su palabra- estaba libre de culpa.

Adúltero es el que pasa al acto y el que se inclina y lo desea con todas sus fuerzas. La lujuria está tanto en quien peca como en quien desea pecar: “No basta no hacer el mal, también hay que no desear hacerlo”. El que acaricia pensamientos de sensualidad y suscita con lecturas y espectáculos buscados de propósito y con hábitos malsanos sensaciones de la

carne es tan impuro como el que comete materialmente la culpa. Incluso: es mayormente culpable. Porque va con el pensamiento contra la naturaleza, además de contra la moral. Sin hablar siquiera de aquel que pasa a verdaderos actos contrarios a la naturaleza. El único atenuante de éste es una enfermedad orgánica o psíquica. El que no tiene este atenuante es diez veces inferior al animal más sucio.

Para condenar con justicia se requeriría la ausencia de toda culpa.

Cuanto más bueno es una persona, más compasiva es para con los culpables. No es indulgente con la culpa en sí misma. Eso no. Pero se compadece de los débiles que a la culpa no han sabido resistir.

Somos seres dotados de razón y guiados por una ley divina y por una ley moral. Rebajarse, por tanto, a una conducta de salvajes o de animales debería causar horror a nuestra gran soberbia. Pero la soberbia, que, en este caso, sería incluso útil, la tenemos para cosas muy distintas.

Aunque uno sea culpable, ha de ser tratado con respeto y caridad. No alegrarse de su aniquilamiento. No ensañarse contra él, ni siquiera con miradas curiosas. ¡Piedad, piedad para el que cae!

Perdonar a alguien que ni siquiera está arrepentida sino sólo humillada y con miedo es misericordia. Haciendo esto no se es insensato en el perdón sino que se da modo y tiempo a esa alma de llegar al arrepentimiento y a la santidad, si quiere alcanzar estas cosas.

Dos cosas son necesarias para poder ser verdaderos maestros y dignos de serlos. Primera cosa: una vida austera respecto a nosotros mismos, de forma que podamos juzgar sin las hipocresías de condenar en los otros lo que a nosotros nos perdonamos. Segunda: una paciente misericordia para dar a las almas la forma de sanar y fortalecerse.

No todas las almas se curan instantáneamente de sus heridas. Algunas lo hacen por fases sucesivas, y a veces lentas y con el riesgo de recaídas. Alejarlas, condenarlas, atemorizarlas, no es arte de médico espiritual. Si las alejamos de nosotros, volverán, resurtiendo, a arrojararse a los brazos de los falsos amigos y maestros. Abramos nuestros brazos y nuestros corazones, siempre, a las pobres almas. Que sientan en nosotros un verdadero y santo confidente, sobre cuyas rodillas no se avergüencen de llorar. Si las condenamos y las privamos de las ayudas espirituales, cada vez más las haremos enfermas y débiles. Si les infundimos temor en nosotros

y en Dios, ¿cómo podrán alzar los ojos a nosotros y a Dios?

El hombre encuentra como primer juez al hombre. Sólo el ser que vive espiritualmente sabe encontrar primero a Dios. Pero la criatura que ha llegado ya a vivir espiritualmente no cae en culpa grave. Su parte humana puede todavía tener debilidades, pero el espíritu fuerte vela y las debilidades no pasan a ser culpas graves. Mientras que el que todavía es mucho carne y sangre peca, y encuentra al hombre. Ahora bien, si el hombre que le debe indicar a Dios y formar el espíritu le infunde miedo, ¿cómo podrá el culpable abandonarse en él? ¿Y cómo puede decir: “Me humillo porque creo que Dios es bueno y que perdona”, si ve que uno que es como él no es bueno?

Nosotros debemos ser la medida de lo que es Dios. Porque si nosotros -que somos una parte del Infinito y lo representamos- somos crueles con las almas, ¿qué creerán ellas, entonces, que es Dios? ¿Qué dureza intransigente pensarán que tiene Él?

Tenemos que estar sanos y fuertes para acoger siempre bien a Jesús.

Seamos siempre veraces aunque tuvieramos que perjudicarnos. No mintamos nunca. La maldad del hombre viene de que ha matado su espíritu, y con el espíritu su capacidad de sentir el remordimiento de ser injusto.

Ninguno está exento de esas horas de tristeza y tedio que nuestra naturaleza humana encuentra en su camino. Porque estas horas las suscita quien odia al hombre. Y cuanto más sirve a Dios el hombre, más trata Satanás de atemorizarle y cansarle para apartarle de su ministerio.

Aunque uno no sea perfecto en la hora temible de la prueba y fallase ¿acaso el Señor, que es justo, no pesaría nuestro error con el contrapeso de nuestro amor y deseo presentes? ¿Tememos que este áureo amor y este áureo deseo puedan pesar menos que nuestra momentánea imperfección, y ser insuficientes para obtener de Dios indulgencia, y con la indulgencia todas las ayudas para volver a ser nosotros.

La oración aleja los fantasmas de Satanás, nos hace sentir cercano a Dios. Y, con Dios cerca, todo se puede afrontar y soportar con justicia y mérito.

Jesús no soporta que los cristianos no seamos capaces de amarnos entre nosotros, y, por tanto, de comprendernos; esto, es decir, el que no prestemos adhesión a su espíritu, esforzándonos en hacer lo que Él hizo.

Jesús siempre vio los errores de Judas, no ignoró cosa alguna de él. Si hubiese querido tener personas perfectas en el espíritu, habría hecho que se encarnaran ángeles y se habría rodeado de ellos. Habría podido hacerlo. ¿Habría sido un verdadero bien? No. Por su parte, hubiera sido egoísmo y desprecio. Habría evitado el dolor que le venía de nuestras imperfecciones, pero habría despreciado a los hombres a quienes el Padre suyo ha creado y a los que ama tanto, que le ha enviado para que nos salve. Y, por parte del hombre, habría sido un perjuicio par el futuro. Una vez terminada su misión, una vez que hubiera subido de nuevo al Cielo con sus ángeles, ¿qué cosa apta para continuar su misión habría quedado, y quién? ¿Qué hombre hubiera podido esforzarse en hacer lo que decía, si sólo un Dios y unos ángeles hubieran dado el ejemplo de una vida nueva reglada por el espíritu? Ha sido necesario que Él se revistiera de carne para convencer al hombre de que, si quiere, puede ser casto y santo todos los modos. Y ha sido necesario que tomara consigo unos hombres... aquellos que con su espíritu respondieron a la llamada de mi espíritu, sin mirar si eran ricos o pobres, doctos o ignorantes, de ciudad o de pueblo. Que los tomara así, como los iba encontrando, y que su voluntad y la suya los transformara lentamente en maestros de otros hombres.

El hombre puede creer en el hombre, en el hombre al que ve. Le es difícil al hombre, tan postrado, creer en Dios a quien no ve. Cuando los cristianos transformados en maestros, estemos como ejemplos, como testimonio, como levadura, entre los hombres, ya no se podrá decir que no se puede imitarlos sino que se reconocerá que a pesar de que se tiene los mismos instintos y estímulos se puede tener otras reacciones bien distintas. Y se convencerán de que el hombre puede divinizarse, con sólo querer entrar en los caminos de Dios.

Tratemos de hacernos como Jesús. Y no tengamos prisas. El hombre evoluciona lentamente de animal racional a ser espiritual. Seamos compasivos unos con otros. Nadie, excepto Dios, es perfecto.

Lo que da el Reino es la voluntad del hombre tendida a la obediencia a Dios, y no el cúmulo de prácticas y ciencia.

El sacrificio a Dios es el espíritu contrito; al corazón contrito y humillado.

Nuestro Padre no desprecia tampoco al corazón que ha pecado y se ha arrepentido. El cotidiano sacrificio de la voluntad humana a la divina que se nos muestra en la Ley, en las inspiraciones y en las cosas que suceden cada día.

Cuando uno ha pecado fuertemente que no imite a Caín, que no imite a Adán y Eva; sino que corra a los pies de Dios y con verdadero arrepentimiento le pida piedad. Un enfermo, un herido va al médico para curarse. El pecador, que vaya a Dios para obtener perdón.

No obstante hay quien rechazará a la Luz, Las Tinieblas no quieren la Luz, y la Luz no se impone a quien la rechaza.

Los insultos al cristiano es su pan amargo de cada día. Y el amoroso creyente es la miel que lo dulcifica. Siempre es más la cantidad de pan que la de miel, pero basta una gota de miel para hacer dulce mucho pan.

¿Acaso creemos que la posesión diabólica se manifiesta sólo con los gritos descompuestos, los saltos, los arrebatos de furia, la extravagancia de vivir en las guaridas, los mutismos, los miembros impedidos, la razón entorpecida, de forma que el poseído habla y obra inconscientemente? No. Existen también otras posesiones diabólicas, que, es más, son las más sutiles y potentes, las más peligrosas, porque no ponen obstáculo a la razón ni la debilitan para que no haga cosas buenas, sino que la desarrollan, es más, la aumentan para que sea poderosa en su servicio a aquel que la posee. Dios, cuando posee a un intelecto y lo usa para que le sirva, trasfunde en él, en las horas en que está al servicio de Dios, una inteligencia sobrenatural que aumenta en mucho la inteligencia natural del sujeto.

De igual manera que sin la fuerte luz del Sol no podríamos ver las maravillas de la naturaleza ocurre en la posesión divina. La criatura, que por su parte, pone únicamente la buena voluntad de amar totalmente a su Dios, el abandono a los deseos de Dios, la práctica de las virtudes y el dominio de las pasiones, es absorbida en Dios y, en la Luz que es Dios, en la Sabiduría que es Dios, todo lo ve y todo lo comprende. Después, cesada ya la acción absoluta, se produce en la criatura un estado en que lo recibido se transforma en norma de vida y de santificación; pero lo que antes parecía tan claro se vuelve oscuro o, mejor, crepuscular. El demonio, perpetuo y torpe imitador de Dios, produce un efecto análogo en los poseídos que espontáneamente se han entregado a él para triunfar, y les comunica una inteligencia superior pero únicamente dirigida al mal, que mira a causar daño, a herir a Dios y al hombre. Y la acción satánica encontrando en el alma consentimiento, es continua, siendo así que, por grados, conduce a la total ciencia del Mal. Éstas son las peores posesiones. Nada se ve externamente, por lo cual no se huye de estos endemoniados. Pero existen esas posesiones y fueron los poseídos de esta manera los que descargaron su mano sobre el Hijo del hombre.

Las razones del porqué Dios no descarga su mano contra el Infierno serán conocidas en el Cielo.

Un hombre, efectivamente, no podría traicionar al Hijo de Dios, Dios como el Padre. Pero éste no será un hombre. Será un demonio en cuerpo de hombre.

El hombre que se inclina hacia Satanás quiere decir ponerse en las condiciones de caer en él. No ignora tal inclinación porque si lo ignorase no sería culpable, sabe que tiende al mal y no persevera en las resoluciones de salir de él. Cuanta más necesidad tiene de Jesús más huye de Él.

El Mal se sirve de las cosas más inicuas para sacar de ellas acusaciones contra aquel a quien desea asestar el golpe. Con el astuto Satanás y sus fieles servidores hay que tener doble astucia. Por esto Jesús ha dicho: Sed astutos como serpientes, además de sencillos como palomas". Esto es para poner el mínimo de armas en manos de los demonios. Y, de todas formas, no sirve.

El mundo (no sólo los laicos) niega lo sobrenatural, y, luego, ante las manifestaciones de Dios, está dispuesto a sacar a colación no lo sobrenatural sino lo oculto. Confunde una cosa con la otra. Sobrenatural es lo que de Dios viene. Oculto es lo que viene de fuente extraterrena pero no tiene raíz en Dios.

Los espíritus pueden venir a nosotros en dos modos. Por mandato de Dios o por violencia del hombre. Por mandato de Dios vienen ángeles y beatos y espíritus que ya están en la luz de Dios. Por violencia del hombre pueden venir espíritus sobre los cuales un hombre puede tener mando, por estar sumergidos en regiones más bajas que las humanas, donde todavía hay un recuerdo de Gracia, si ya no hay Gracia activa. Los primeros van espontáneamente, obedeciendo a una sola autoridad: Jesucristo. Y consigo llevan la verdad que Jesús quiere que conozcamos. Los otros van por un complejo de fuerzas unificadas: fuerzas del hombre idólatra con fuerzas de Satanás-ídolo. ¿Pueden darnos la verdad? No. Jamás. Jamás en términos absolutos. ¿Puede una fórmula, incluso habiendo sido enseñada por Satanás, doblar a Dios a la voluntad del hombre? No. Dios viene siempre de forma espontánea. Una oración nos puede unir a Él, no una fórmula mágica.

Para el odio no hay más remedio que soportarlo. Es una cosa que termina con la vida de la Tierra y este pensamiento da paciencia y fortaleza mientras se soporta.

Nunca es tarde para el Altísimo. En un instante y por una oración que persiste puede cambiar el curso de los acontecimientos. ¿Nuestra oración insistente y confiada, hecha con buen fin, no es, acaso, un acto santo de voluntad opuesto a la mala aspiración del hombre?



Dios hará justicia a aquellos hijos suyos que saben invocarle día y noche. Prontamente les hará justicia, para que su alma no pierda la fe. Pero antes hay que saber orar, sin cansarse después de las primeras oraciones, y saber pedir cosas buenas. Y también fiarse de Dios diciendo: “Pero hágase lo que tu Sabiduría ve más útil para nosotros”.

Tengamos fe. Sepamos orar con fe en la oración y con fe en Dios nuestro Padre. Y Él nos hará justicia contra lo que nos oprime, sean hombres o demonios, sean enfermedades u otras desventuras. La oración perseverante abre el Cielo, y la fe salva al alma, cualquiera que sea el modo en que la oración sea escuchada.

Jesús, siendo el Hijo del Padre que es el Padre de la Luz, es la Luz del mundo. Un hijo siempre se asemeja al padre que le engendró, y tiene su misma naturaleza. Igualmente Jesús asemeja a Aquel que le ha engendrado, y tiene su naturaleza. Dios, el Altísimo, el Espíritu perfecto e infinito, es Luz de Amor, Luz de Sabiduría, Luz de Potencia, Luz de Bondad, Luz de Belleza. Él es el Padre de las Luces y, quien vive de Él y en Él, al estar en la Luz, ve. Y es deseo de Dios que las criaturas vean. Él ha dado al hombre el intelecto y el sentimiento para que pudieran ver la Luz -o sea, verle a Él- y comprenderla y amarla. Ha dado al hombre los ojos para que pudiera ver lo más bello de entre lo creado, lo que constituye la perfección de los elementos, aquello por lo cual es visible la Creación y lleva el signo más visible de su Creador: la luz, incorpórea, luminosa, beatífica, consoladora, necesaria, como necesario es el Padre de todos, Dios eterno y altísimo.

Por una orden de su Pensamiento, Él creó el firmamento y la tierra, o sea, la masa de la atmósfera y la masa de polvo, lo incorpóreo y lo corpóreo, lo ligerísimo y lo pesado. Pero ambas cosas todavía pobres y vacías. Informes todavía por estar envueltas en las tinieblas. Vacías todavía de astros y de vida.

Mas para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, para hacer de ellos dos cosas hermosas, útiles, adecuadas para la prosecución de la obra creadora, el Espíritu de Dios -que aleteaba por encima de las aguas y era todo uno con el Creador que creaba y con el Inspirador que impulsaba a crear, para poder no sólo amarse a sí mismo en el Padre y en el Hijo sino también amar a un número infinito de criaturas, llamados astros, planetas, aguas, mares, florestas, árboles, flores, animales que volasen, que zigzagueasen, que se arrastrasen, que corrieran, que saltaran, que treparan, y, en fin, amar al hombre, la más perfecta de las criaturas, más perfecto que el Sol por tener el alma además de la materia, la inteligencia además del instinto, la libertad además del orden; al hombre semejante a Dios por el espíritu, semejante al animal por la carne; al semidiós que viene a ser dios por participación y por gracia de Dios y voluntad propia; al ser humano que queriendo puede transformarse en ángel; al amadísimo

de la Creación sensible para el cual, aun sabiéndolo pecador, desde antes de que el tiempo existiera preparó el Salvador, la Víctima, en el Ser amado sin medida, en el Hijo, en el Verbo, por el que todo ha sido hecho.

Mas para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía he aquí que el Espíritu de Dios, aleteando en el cosmos, grita, y es la primera manifestación de la Palabra: “Sea la luz”, y la luz es, buena, salutífera, potente durante el día, tenue durante la noche, pero imperecedera mientras dure el tiempo.

Del océano de maravillas que es el trono de Dios, el seno de Dios, Dios saca la gema más bella, la luz, que precede a la gema más perfecta, que es la creación del hombre, en el cual no está una joya de Dios, sino que está Dios mismo, con su soplo espirado en el barro para hacer de éste una carne y una vida y un heredero suyo en el Paraíso celeste, donde Él espera a los justos, a los hijos, para gozarse en ellos y ellos en Él.

Dios es Luz y Jesús sabe cuál es su Luz, porque los hijos conocen a su padre y porque cada uno se conoce a sí mismo. Jesús conoce al Padre suyo y sabe quién es. Él es la Luz del mundo. Es la Luz porque su Padre es la Luz y le ha engendrado dándole su Naturaleza. La Palabra no es distinta del Pensamiento, porque la palabra expresa lo que el intelecto piensa.

Él conoce todo lo que al hombre le es desconocido, y ha venido para que también nosotros lo conozcamos. Pero nosotros no le queremos acoger. Queremos juzgar lo que no conocemos, y no podemos juzgarlo porque está muy por encima de nosotros y es incomprensible para todo aquel que no lo contemple con los ojos del espíritu humilde y nutrido de fe. Pero nosotros juzgamos según la carne. Por eso no podemos estar en el juicio verdadero.

Ésta es la hora de la misericordia, la hora de hacerse amigos del Altísimo. Pasada esta hora, será inútil todo remedio. Ya no le tendremos, y moriremos en nuestro pecado. Aunque recorriéramos toda la Tierra y lográramos alcanzar astros y planeta, no le encontraríamos, porque a donde Él va nosotros no podemos ir. Dios viene y pasa. El sabio le acoge con sus dones cuando pasa. El necio le deja marcharse y ya no vuelve a encontrarle.

Dios se aleja cuando sus hijos no obedecen sus leyes e inspiraciones. Entonces se marcha y los deja solos. Por eso muchos pecan. Porque el hombre, abandonado a sí mismo, difícilmente se conserva justo y fácilmente cae en las espiras de la Serpiente.

Si nos establecemos en su Palabra como si renaciéramos ahora, creeremos completamente y seremos sus discípulos. Pero es necesario que nos despojemos del pasado y aceptemos su

doctrina, que no borra todo el pasado, sino que mantiene y vigoriza lo santo y sobrenatural del pasado y quita lo superfluo humano, y coloca la perfección de su doctrina donde ahora están las doctrinas humanas, que siempre son imperfectas. Si vamos a Jesús, conoceremos la Verdad, y la Verdad nos hará libres.

Jesús nos hace la observación de que también era descendencia de Abraham Ismael y los hijos de él. Porque Abraham fue padre de Isaac y de Ismael.

No hay más que una esclavitud, la del pecado. Sólo el que comete pecado es un esclavo, y esta esclavitud ninguna moneda rescata. Una esclavitud que incluye la pérdida de todos los derechos a la libre soberanía en el Reino de los Cielos. El esclavo, el hombre hecho esclavo por una guerra o por desgracias, puede caer en manos de un buen amo. Pero siempre es precaria su buena posición, porque el amo puede venderle a otro amo, cruel. El esclavo es una mercancía y nada más. A veces sirve como moneda para saldar una deuda. Y ni siquiera tiene el derecho a llorar. El criado, sin embargo, vive en la casa de su señor, si bien sólo mientras éste no le despide. Pero el hijo se queda siempre en la casa de su padre y el padre no piensa en echarle. Sólo por su libre voluntad puede salir. Y en esto está la diferencia entre la esclavitud y la servidumbre y entre servidumbre y filiación. La esclavitud encadena al hombre, la servidumbre le pone al servicio de un señor, la filiación le coloca para siempre, y con igualdad de vida, en la casa del padre. La esclavitud aniquila al hombre, la servidumbre lo somete, la filiación le hace libre y feliz. El pecado hace al hombre esclavo del amo más cruel y sin término: Satanás. La servidumbre, en este caso la antigua Ley, hace al hombre temeroso de Dios, como de un Ser intransigente. La filiación, o sea, el ir a Dios junto con su Primogénito, con Jesús, hace del hombre un ser libre y feliz, que conoce la caridad de su Padre y en ella confía. Aceptar la doctrina de Jesucristo es ir a Dios junto con él.

Tratar de hacer morir a Jesús ya no honra a Abraham sino a Satanás, y sirve a éste como fiel esclavo. ¿Por qué? Porque rechaza su palabras; de forma que su palabras no pueda entrar en muchos como nosotros. Dios no fuerza al hombre a creer, no le fuerza a aceptar a Jesús; pero le envía para que nos indique cuál es su voluntad.

Si reconocieramos a Dios como Padre en espíritu y en verdad, amaríamos a Jesús, porque Él procede y viene de Dios; ciertamente no viene de sí mismo, sino que es Él el que le ha enviado. Por eso, si verdaderamente conocieramos al Padre, le conoceríamos también a él como Hijo suyo y hermano y Salvador nuestro. ¿Pueden los hermanos no reconocerse? ¿Pueden los hijos de Uno solo no conocer el lenguaje que se habla en la Casa del único Padre? ¿Por qué, entonces, no comprendemos su lenguaje y no toleramos sus palabras?

Los pecadores han abandonado el hogar paterno y han olvidado el rostro y el lenguaje de Aquel que lo habita. Han ido voluntariamente a otras regiones, a otras moradas, donde reina otro, que no es Dios, y donde se habla otro idioma. Y quien allí reina impone que, para entrar, uno se haga hijo suyo y le obedezca. Los pecadores abjuran, reniegan del Padre Dios para elegir otro padre. Y éste es Satanás. Los pecadores tienen como padre al demonio y quieren llevar a cabo lo que él sugiere. Y los deseos del demonio son de pecado y violencia, y ellos los acogen. Desde el principio era homicida, y no perseveró en la verdad porque él, que se rebeló contra la Verdad, no puede tener en sí amor a la verdad. Cuando habla, habla como lo que es, o sea, como mentiroso y tenebroso, porque verdaderamente es mentiroso y ha engendrado ha dado nacimiento a la mentira tras haberse fecundado con la soberbia y nutrido con la rebelión. Toda la concupiscencia está en su seno, y la escupe e inocular para envenenar a las criaturas. Es el tenebroso, el menospreciador, el rastrero reptil maldito, es el Oprobio y el Horror. Desde hace muchos siglos sus obras atormentan al hombre, y las señales y frutos de ellas están ante las mentes de los hombres. Y, no obstante, a él, que miente y destruye, se le presta oídos, mientras que si habla Jesús y dice lo que es verdad y es bueno no se le cree.

Todo cristiano como el Hijo del hombre no debe mentir, si bien el decir la verdad pueda ser causa de su muerte.

¿Por qué temer el juicio de los hombres cuando un juicio más alto, el divino, sanciona el acto como santo? ¿Por qué avergonzarse, por respeto humano o temor a represalias, de una acción buena? Cubrimos de polvo con estas ideas imperfectas las acciones dignas de alabanza. Hagamos perfecta la imitación de Jesús cumpliendo abiertamente las obras.

La obediencia es amor.

¡Qué difícil es juzgar con justicia!

Frecuentemente la pobreza es un freno para el pecado.

Estamos acostumbrados a ver a la mujer como si fuera un ser inferior, a pensar en ella así. No. Si está sujeta al hombre, como es justicia, si en ella recae más el castigo por el pecado de Eva, si su misión está destinada a desarrollarse entre velos y penumbras, sin gestos ni gritos llamativos, si todo en ella sucede como celado bajo un entrecielo, no por ello es menos fuerte o menos capaz que los hombres. Incluso hay mucha fuerza en el corazón de la mujer. En el corazón. Como para nosotros, varones, en la mente. Está para cambiar la posición de la mujer respecto a las tradiciones, como respecto a muchas otras cosas. Y ello

será justo, porque de la misma manera que Jesús para los hombres todos, así, una Mujer obtuvo en modo especial para las mujeres gracia y redención.

La Mujer será acechada por el Adversario que es eterno y volverá a insidiar, pero tiene en sí, aquello que vence al Adversario. Y redime, por tanto, desde que existe. Las mujeres se fortalecerán en Ella.

La felicidad de los habitantes no los hace necesariamente justos. Pueden olvidarse del Señor y de sus palabras. Y pueden no querer escuchar el Señor que no podrá hallar reposo en su pueblo.

El pueblo de Dios sufre porque ha abandonado la Sabiduría. Y el que pierde la Sabiduría pierde la capacidad de ser grande. De error en error va el que no conoce la Sabiduría. Porque, para subir al Cielo con el espíritu y comprender las lecciones de la Sabiduría, se necesita un espíritu humilde, obediente y, sobre todo, un espíritu que sea todo amor, ya que la Sabiduría habla su lenguaje, o sea, habla el lenguaje del amor, pues es Amor. Para conocer sus senderos se requiere una mirada clara y humilde, libre de la ternaria concupiscencia. Para poseer la Sabiduría hay que comprarla con las monedas vivas: las virtudes.

Jesús, Amador eterno, ha venido a tomar a su Esposa, la Humanidad a la que quiere elevar a su trono y a su tálamo para que esté consigo en el Cielo; y a introducirla en la estancia de los vinos para que se embriague con la verdadera Vid de la cual los sarmientos extraen la Vida.

La vida, la gloria, el poder, ¿qué son? Burbuja de agua sucia en la superficie de un aguazal usado por los lavaderos; iridiscente no porque esté hecha de gemas, sino por la grasienta suciedad que con el nitro se hincha para formar bolas vacías destinadas a estallar sin que nada quede, aparte de un círculo en el agua limosa cargada de los sudores humanos. Una sola cosa es necesaria, poseer la Sabiduría. A costa incluso de la vida. Porque la vida no es la cosa más preciosa. Y más vale perder cien vidas que perder la propia alma. Si Dios dice a los hombres, conociendo sus capacidades: “Venid a mí. Sed perfectos”, es señal de que el hombre, si quiere, puede serlo. Ésta es una palabra antigua. La primera vez la escuchó Abraham como una revelación, una orden, una invitación: “Yo soy el Dios omnipotente. Camina en mi presencia. Sé perfecto”. Dios se manifiesta para que el Patriarca no tenga dudas sobre la santidad de la orden ni sobre la verdad de la invitación. Ordena caminar en su presencia porque el que camina en la vida convencido de hacerlo bajo la mirada de Dios

no cumple malas acciones. Consiguientemente, se pone en condiciones de poder hacerse perfecto como Dios invita a serlo.

Algunas veces, el propio anhelo de ser perfectos y la humildad hace temer el no poder llegar a serlo nunca.

No obstante el deseo y la humildad no son obstáculos para que sea uno perfecto. Es más, hay que esforzarse en que sean profundos, aunque ordenados. Están ordenados cuando uno no tiene prisas impulsivas, postraciones injustificadas, dudas y desconfianzas como las de creer que, dada la imperfección del ser, el hombre no puede llegar a ser perfecto. Todas las virtudes son necesarias, y necesario es un vivo deseo de alcanzar la justicia.

La virtud indispensable es la caridad. El que ame será santo, porque del amor al Altísimo y al prójimo provienen todas las virtudes y todas las obras buenas.

La santidad no es ser sólo humildes, o sólo prudentes, o sólo castos, etc. Sino que es ser virtuosos. Cuando un rico quiere preparar una comida, ¿encarga, acaso, un solo plato? O cuando uno quiere preparar un ramo de flores para ofrecerlo como obsequio, ¿toma, acaso, una sola flor? No, ¿no es verdad? Porque, aunque pusiera en las mesas montones y montones de un solo manjar, los comensales le criticarían como huésped inepto, preocupado sólo de mostrar sus posibilidades de compra, pero no de mostrar su finura de señor atento a los gustos distintos de sus invitados y que quiere que cada uno de ellos, con un alimento u otro, no sólo se sacie, sino que se deleite. Y lo mismo el que hace un ramo de flores. Una sola flor, por grande que sea, no hace un ramo. Pero muchas flores lo hacen, y con los distintos colores y aromas satisfacen al ojo y al olfato y hacen alabar al Señor. La santidad que debemos considerar como un ramo de flores ofrecido al Señor, debe estar hecha de todas las virtudes. En un espíritu predominará la humildad, en otro la fortaleza, en otro la continencia, en otro la paciencia, en el otro el espíritu de sacrificio o de penitencia: todas éstas son virtudes nacidas a la sombra del árbol regio y perfumadísimo del amor, cuyas flores predominarán siempre en el ramo; pero todas las virtudes componen la santidad.

Es Dios el que actúa grandemente, dejando que el hombre ponga su parte su libre voluntad de tender a la perfección, sus esfuerzos en rechazar las tentaciones para mantenerse fiel a su propósito, sus luchas contra la carne, el mundo, el demonio, cuando le asaltan. Y ello para que su hijo tenga mérito en la santidad.

El verdadero Dios es el Dios de todos. ¡Hay un solo Dios! Pero muchos no le conocen. Otros le conocen mal. Si le conocieran bien, serían todos, unos para con otros, como hermanos, y no habría atropellos, odios, calumnias, venganzas, actos de lujuria, hurtos y homicidios,

adulterios y mentiras.

Cuando Dios está con los hombres, ellos pueden todo contra la desventura, contra cualquier tipo de desventura. Cuando Dios, por el contrario, no está con los hombres, ellos no pueden nada contra la desventura.

La condición necesaria para tener a Dios con nosotros es moverse por motivo de justicia. “En las batallas la victoria no depende del número, sino de la ayuda que viene del Cielo” dice Judas Macabeo. En todas las cosas de la vida, el bien viene no del patrimonio, de la potencia o de otra causa, sino de la ayuda que viene del Cielo. Y viene porque se pide ayuda para cosas buenas; “por nuestras vidas y nuestras leyes”, sigue diciendo Judas Macabeo. Pero cuando se recurre a Dios para un fin malvado o impuro, vano es invocar su ayuda. Dios no responderá, o responderá con castigos en vez de con bendiciones.

Esta verdad está demasiado olvidada ahora. Se quiere que Dios ayude y se le invoca para fines no buenos. No se practican las virtudes, y se observan los mandamientos no con verdadera observancia; o sea, de ellos se hace aquello que pueden ser visto o alabado por los hombres. Pero distinto es lo que sucede detrás de la apariencia. Jesús viene a decirnos: seamos sinceros en nuestras obras, porque Dios ve todas las cosas.

El que dañó el espíritu del hombre, Satanás, la Serpiente, el Adversario, el Enemigo, el Odio. Le dañó por una gran envidia: la de ver al hombre destinado al Cielo del que él había sido expulsado. Deseó para el hombre el mismo destierro que él había recibido. ¿Por qué había sido expulsado? Por haberse rebelado contra Dios. ¿Pero en qué? En la obediencia. En el principio del dolor hay una desobediencia. Y entonces, ¿no es también necesariamente lógico que lo que restablezca el orden, que es siempre alegría, sea una obediencia perfecta? Obedecer es difícil, especialmente si se trata de una materia grave. Lo difícil produce dolor a aquel que lo lleva a cabo. Jesús, al que el Amor solicitó si quería devolver la alegría a los hijos de Dios, tuvo que sufrir infinitamente, para llevar a cabo la obediencia al Pensamiento de Dios. Jesús, pues, debió sufrir para vencer, para borrar no uno o mil pecados, sino el propio Pecado por excelencia que, en el espíritu angélico de Lucifer o en el que animaba a Adán, fue y será siempre, hasta el último hombre, pecado de desobediencia a Dios.

Nosotros, hombres, debemos obedecer limitadamente a eso poco -nos parece mucho pero es muy poco- requerido por Dios, que, en su justicia, nos pide solamente aquello que podamos cumplir.

El amoroso sacrificador, el Abraham divino, no exime a su Víctima e Hijo suyo. Es el Amor no satisfecho y ofendido el que exige reparación y ofrecimiento. Y, aunque viviera millares

de años, nada sería, si no hubiera consumado el Hombre hasta la última fibra; de la misma forma que nada habría sido, si ab aeterno no hubiera dicho Jesús “sí” al Padre suyo, disponiéndose a obedecer como Dios Hijo y como Hombre, en el momento que su Padre considerara bueno.

La obediencia es dolor y es gloria. La obediencia, como el espíritu, no muere nunca. Los verdaderos obedientes serán dioses. Aunque después de una lucha continua contra sí mismos, contra el mundo y contra Satanás. La obediencia es luz. Cuanto más se es obediente, más luminoso se es y más se ve. La obediencia es paciencia, y, cuanto más se es obediente, más se soportan las cosas y a las personas. La obediencia es humildad, y, cuanto más obediente se es, más humilde se es para con nuestro prójimo. La obediencia es caridad porque es un acto de amor, y, cuanto más obediente se es, más numerosos y perfectos son los actos. La obediencia es heroísmo. Y el héroe del espíritu es el santo, el ciudadano de los Cielos, el hombre divinizado. Si la caridad es la virtud en que uno encuentra a Dios Uno y Trino, la obediencia es la virtud en que es hallado Él, nuestro Maestro. Hagamos que el mundo nos reconozca como discípulos suyos por una obediencia absoluta a todo lo santo.

Todos los hombres, cualquiera que fuera el punto del que partieran, pueden llegar a alcanzar y poseer la Verdad, o sea, a Dios. Cuando no hay soberbia de la mente ni depravación de la carne, sino sincera búsqueda de la Verdad y de la Luz, pureza de finalidad y anhelo de Dios, una criatura está ciertamente en el camino de Dios.

¡Qué difícil es que el hombre suba a Dios! Y el obstáculo mayor está en sí mismo, que no quiere confesar y reflexionar sobre sí mismo y sus defectos. Verdaderamente también Satanás es calumniado muchas veces, cargándole a él toda causa de ruina espiritual. Y más calumniado aún es Dios, al cual se le cargan todos los hechos que suceden. Dios no viola la libertad del hombre. Satanás no puede prevalecer contra una voluntad asentada en el Bien. Setenta veces sobre cien el hombre peca por su voluntad. Y -no se considera esto, pero es así- y no se restablece de su pecado porque evita el examinarse, y a pesar de que la conciencia, con imprevisto impulso, se yergue delante de él y grita las verdades que él no ha querido meditar, el hombre ahoga ese grito, borra esa figura que, severa y dolorosa, se yergue delante de su intelecto, modifica con esfuerzo su pensamiento influido por la voz acusadora, y no quiere decir, por ejemplo: “Pero entonces nosotros, yo, no podemos alcanzar la Verdad, porque tenemos soberbia de la mente y corrupción de la carne”.

No todos los gentiles irán al Reino de Dios, pero sí muchos. Incluso entre los propios discípulos de Jesús algunos no perseverarán hasta el final. ¡Pero no nos preocupemos de los

frutos que, podridos, caen de la rama! Tratemos, hasta cuando se pueda, de impedir que se pudran, con la dulzura, con la firmeza, con la recriminación y el perdón, con la paciencia y la caridad. Luego si dicen “no” a Dios y a los hermanos que quieren salvarlos, y se arrojan en los brazos de la Muerte, de Satanás, y mueren impenitentes, bajemos la cabeza y ofrezcamos a Dios nuestro dolor por no haberle podido alegrar con esa alma, salvándosela. Todos los maestros tienen experiencia de estas derrotas; las cuales también son útiles, para mantener mortificado el orgullo del maestro de almas y probar la constancia de éste en el ministerio. La derrota no debe cansar la voluntad del educador de espíritus. Es más, debe impulsarle a hacer más, y mejor, en el futuro.

A todo don le corresponde una gran responsabilidad por parte de quien lo recibe, responsabilidad que es tanto mayor cuanto mayor es el don. Y ésta es una prueba del grado de formación alcanzado por el espíritu. Si un espíritu favorecido por Dios, en lugar de perfeccionarse, desciende hasta la materialidad, ha fallado la prueba y muestra con esto su no formación o parcial formación. Hay dos cosas que son índice del valor espiritual del hombre: su modo de comportarse en la alegría y el modo de comportarse en el dolor. Sólo el que está formado en la justicia sabe ser humilde en la gloria, fiel en la alegría, agradecido y constante aun después de haber obtenido algo, aun cuando no desea ya nada más. Y sólo el que es realmente santo sabe ser paciente y seguir siendo amante de su Dios cuando las penas se ensañan con él.

Salomón tenía la responsabilidad de ser sabio y no lo fue. Es verdad. Y ciertamente esta falta suya respecto a la sabiduría fue castigada, y con justicia. Pero el acto de Dios de concederle la sabiduría que había pedido fue bueno. Y bueno fue el acto de Salomón de pedir la sabiduría y no otras cosas materiales. Y, puesto que Dios es Padre y es Justicia, en el momento del error buena parte de error lo perdonó, teniendo presente que el pecador en el pasado había amado la Sabiduría más que a ninguna otra cosa o criatura. Un acto habrá disminuido el otro acto. Una buena acción hecha antes del pecado permanece, y vale para el perdón, pero cuando el pecador después del pecado se arrepiente.

No debemos dejar pasar la ocasión de llevar a cabo buenas acciones, para que sean como monedas para pagar nuestros pecados (cuando, por gracia de Dios, de ellos nos arrepentimos). Las acciones buenas -aunque parezcan pasadas, y por tanto se pueda pensar equivocadamente que ya no fermentan en nosotros y crean nuevos estímulos y fuerzas para cosas buenas- están siempre activas, aunque sólo sea con el recuerdo que resurge desde el fondo de un alma humilde y suscita una añoranza del tiempo en que la persona era buena. Y la añoranza es, a menudo,

un primer paso por el camino del regreso a la Justicia.

El amor a Dios es sabiduría. Es la sabiduría de las sabidurías, porque el que ama conoce todo y posee todo. El Libro de la Sabiduría debería ser un código de vida espiritual. Como una mano materna debería guiarnos -e introducirnos en él- al perfecto conocimiento de las virtudes y de la doctrina de Jesucristo. Porque la Sabiduría le prepara los caminos y hace de los hombres - "de corta vida e incapaces de entender los juicios y las leyes, siervos e hijos de siervas de Dios" - los dioses del Paraíso de Dios.

Busquemos, sobre todo, Sabiduría para honrar al Señor y oír que Él, en el día eterno, nos dice: "Porque has estimado sobre todo esto y no riquezas, bienes, gloria, larga vida, ni triunfo sobre los enemigos, te sea concedida la Sabiduría", o sea, Dios mismo, porque el Espíritu de Sabiduría es Espíritu de Dios. Busquemos, sobre todo, la Sabiduría santa, y todas las demás cosas nos serán dadas, y en un modo en que ninguno de los grandes del mundo puede procurárselas. Amemos a Dios. Preocupémonos sólo de amarlo. Amemos al prójimo nuestro para honrar a Dios. Consagrémonos al servicio de Dios, a su triunfo en los corazones. Convirtamos a quien no es amigo de Dios, convirtámoslo al Señor. Seamos santos. Acumulemos las obras santas para defensa nuestra contra las posibles debilidades del ser creado. Seamos fieles al Señor. No critiquemos ni a los vivos ni a los muertos. Pero esforcémonos en imitar a los buenos, y, no para alegría nuestra terrena, sino para alegría de Dios.

El cristiano descansa donde encuentra amor. No es insensible al odio, los rechazos le causan dolor, las conjuras no le dejan insensible, las traiciones de quien se finge amigo...

Ninguna persona honesta creería que un cristiano es sensual. La sensualidad puede tener atractivo sólo para los que no se nutren de lo sobrenatural y aborrecen el sacrificio. El gozo de los almas víctimas está enteramente en el espíritu, y, si visten una carne, ésta no es más que un vestido, nada más. El hombre espiritual es el verdadero superhombre, porque no es esclavo de los apetitos, mientras que el hombre material es un no-valor, según la dignidad verdadera del hombre porque tiene en común con el animal demasiados apetitos, y es incluso inferior a él, superándolo, haciendo del instinto vinculado al animal un vicio degradante.

Jesucristo ha venido al mundo para traer la luz y el conocimiento de Dios y para probar a los hombres y juzgarlos. Este tiempo es tiempo de opción, de elección y de selección. Ha venido para que los puros de corazón e intención, los humildes, los mansos, los amantes de la justicia, de la misericordia, de la paz, los que lloran y los que saben dar a las distintas riquezas su valor real y preferir las espirituales a las materiales encuentren aquello que su espíritu anhela; y para los que eran ciegos -porque los hombres habían alzado gruesos muros para impedir el paso de la luz, o sea, impedir el conocimiento de Dios- vean, y los que se creen con vista se queden ciegos.

Los que actualmente combaten contra la verdad son los que levantan delante de sus pupilas un muro de adoquines para no ver. Y se hacen ciegos por su libre voluntad. Y el Padre me ha enviado para que esta división tenga lugar, y sean verdaderamente conocidos los hijos de la Luz y los de las Tinieblas, los que quieren ver y los que quieren hacerse ciegos.

El Tiempo de la nueva Ley ha llegado. Todo se renueva y un mundo nuevo, un nuevo pueblo, un nuevo reino surgen. Ahora los del tiempo pasado no conocen esto. Conocen su tiempo. Son como ciegos llevados a una ciudad nueva, donde está la casa regia del Padre, pero cuya ubicación no conocen.

Jesús ha venido para guiarlos e introducirlos en ella y para que vean. Pero es Él mismo la Puerta por la cual se pasa a la casa paterna, al Reino de Dios, a la Luz, al Camino, a la Verdad, a la Vida. Y es también el que ha venido a reunir el rebaño que había quedado sin guía, y a conducirlo a un único redil: el del Padre. Jesús es la Puerta del redil, porque es al mismo tiempo Puerta y Pastor. Y entra y sale como y cuando quiere. Y entra libremente, y por la puerta, porque es el verdadero Pastor.

Cuando uno viene a dar a las ovejas de Dios otras indicaciones trata de descaminarlas llevándolas a otras moradas y a otros caminos, no es el buen Pastor; es un pastor ídolo. Y el que no entra por la puerta del redil, sino que trata de entrar por otra parte saltando el recinto, no es el pastor, sino un ladrón y un asesino que entra con intención de robar y matar, para que los corderos de que se han apoderado no emitan voces de lamento y no atraigan la atención de los guardianes y del pastor.

Y entran dispuestos incluso a arrancarlas del rebaño con violencia, y, si llega el caso, están dispuestos a matarlas y a dañarlas de muchas maneras, para que no hablen y no le manifiesten al Pastor las astucias de los falsos pastores, ni griten invocando la protección de Dios contra sus adversarios y los adversarios del Pastor.

Jesús es el Buen Pastor y sus ovejas le conocen, y le conocen los eternos porteros del verdadero Redil. Ellos le han conocido y han conocido su Nombre, que han manifestado para

que lo conociera el mundo; le han descrito y han preparado sus caminos, y, cuando su voz se ha oído, el último de ellos le ha abierto la puerta y ha dicho al rebaño que esperaba al verdadero Pastor, al rebaño que estaba agrupado en torno a su cayado: “Aquí tenéis a Aquel de quien he dicho que viene después de mí. Uno que me precede porque existía antes de mí y yo no le conocía. Pero para esto, para que estéis preparados a recibirle, he venido a bautizar con agua, para que fuera manifestado en Israel”. Y las ovejas buenas han oído su voz y, cuando las ha llamado por el nombre, han venido solícitas y las ha llevado consigo, como hace un verdadero pastor al que conocen las ovejas, que le reconocen por la voz y le siguen a dondequiera que vaya. Y, cuando ha sacado a todas, camina delante de ellas, y ellas le siguen porque aman la voz del pastor. Por el contrario, no siguen a un extranjero; antes bien, huyen lejos de él porque no le conocen y le temen. Jesús también camina delante de sus ovejas para señalarles el camino y hacer frente, Él el primero, a los peligros y señalárselos al rebaño, al cual quiere guiar a su Reino y ponerlo a salvo.

El reino del Mesías no es de este mundo. Es el Reino de Dios, fundado sobre el amor. No es otra cosa. Y el Mesías no es rey de pueblos y ejércitos, sino rey de espíritus. Del pueblo elegido vendrá el Mesías, de la estirpe real y, sobre todo, de Dios, que le ha generado y enviado. Por el pueblo de Israel ha comenzado la fundación del Reino de Dios, la promulgación de la Ley de amor, el anuncio de la buena Nueva de que habla el profeta. Pero el Mesías será Rey del mundo, Rey de los reyes, y su Reino no tendrá límite en el tiempo ni confín en el espacio. Abramos los ojos y aceptemos la verdad.

Jesús, sólo Jesús, es la Puerta del redil de los Cielos. Quien no pasa por él no puede entrar. Es verdad. Ha habido otros falsos Mesías, y más que habrá. Pero el único y verdadero Mesías es Él. Todos los que hasta ahora han venido presentándose como tales, no lo eran; eran sólo ladrones y salteadores. Y no sólo aquellos que se hacían llamar, de parte de unos pocos de su misma forma de ser, Mesías, sino también otros que, sin darse ese nombre, exigen una adoración que ni siquiera al verdadero Mesías se le da. Quien tenga oídos para oír que oiga.

Los falsos pastores no han pronunciado palabras sinceras ni sus acciones han sido consoladoras. Han dispersado y torturado al rebaño, o lo han abandonado a los lobos, o lo han matado para sacar provecho vendiéndolo y así asegurarse la vida, o le han quitado los pastos para hacer de ellos moradas de placer y bosquedillos para los ídolos. Los lobos son las malas pasiones, los vicios que los mismos falsos pastores han enseñado al rebaño, practicándolos ellos los primeros. Y los bosquedillos son los propios egoísmos, ante los cuales demasiados queman incienso.

Jesús es el Pastor bueno. Y un pastor, cuando es bueno, da la vida por defender a su rebaño de los lobos y de los salteadores; por el contrario, el mercenario, que no ama a las

ovejas sino al dinero que gana por llevarlas a pastar, se preocupa sólo de salvarse a sí mismo y de salvar la pequeña suma que lleva en el pecho, y, cuando ve venir al lobo o al salteador, huye, aunque luego vuelva para tomar alguna oveja que el lobo haya dejado medio muerta, o que haya sido desperdigada por el salteador, y matar a la primera para comérsela, o vender la segunda como suya, aumentando así su suma, para decir luego al amo, con falsas lágrimas, que ni siquiera una de las ovejas se ha salvado.

Aconsejemos a los dominadores humanidad, a los dominados paciencia.

Efectivamente, saber callar es una gran virtud. Pero ha de saberse que el prever más o menos exactamente el futuro de un corazón no dispensa a nadie de perseverar hasta el final para apartarlo de la ruina. No caigamos en el fatalismo de los que sostienen que lo que está destinado debe cumplirse y nada impide el cumplimiento de lo que está destinado; razón con la cual abalan también sus culpas y avalaron el último acto de su odio hacia Jesús. Muchas veces Dios está esperando el sacrificio de un corazón -que supera sus náuseas y sentimientos de desdén, sus antipatías, incluso justificadas- para arrancar a un espíritu del pantano en que se está hundiendo. Sí, muchas veces Dios (el Omnipotente, el Todo) espera a que una criatura (una nada), haga o no haga un sacrificio, una oración, para signar o no signar la condena de un espíritu. Nunca es tarde, nunca es demasiado tarde para intentar y esperar salvar un alma. Entre la extrema agonía y la muerte hay siempre tiempo para obtener un perdón, para uno mismo o para aquellos que queremos que sean perdonados.

Mejor exagerar en prudencia que en imprudencia, en ciertos casos como los de enfermedades contagiosas.

Hay muchas cosas buenas de las que hablar. ¿Por qué descender siempre a considerar lo que es muy, demasiado material? Isaías dice: Dejad al hombre que tiene el espíritu en las narices". Jesús dice: dejad de analizar al hombre presuntamente pecador y preocupaos de su espíritu. El animal que hay en él, su monstruo, no debe atraer nuestras miradas ni nuestros juicios; más bien, tengamos amor, un amor doloroso y activo, por su espíritu. Liberémosle del monstruo que le tiene sujeto.

¿No sabemos que aprendemos más a través de un pecador que a través de cualquier persona? Muchos pecadores encontraremos, y poquísimos Jesús, en nuestro ministerio apostólico. Los Jesús serán dulces, buenos, puros, fieles, obedientes, prudentes, no ambiciosos. Serán bien pocos... Pero cuántos, icuántos Judas de Keriot encontraremos nosotros y nuestro seguidores y sucesores

por los caminos del mundo! Y, para ser maestros y saber, debemos pasar por este aprendizaje... El pecador con sus defectos, nos muestra al hombre como es, Jesús nos muestra al hombre como debería ser. Dos ejemplos igualmente necesarios. Nosotros conociendo bien al uno y al otro, debemos transformar al primero en el segundo... La paciencia de Jesús sea nuestra norma.

Decir que quisiéramos que el pecador, que no es tan pecador como tal vez fuimos nosotros, se convirtiera como nos convertimos nosotros no es soberbia. Diciéndolo, rendimos honor a dos verdades. La primera es que veraz es la sentencia que dice: "La buena voluntad del hombre obra milagros divinos". La segunda es que Dios nos ha amado infinitamente, ya desde antes de que pensáramos en ello, y lo hacía porque no desconocía nuestra capacidad de heroísmo. Nosotros somos el fruto de dos fuerzas: nuestra voluntad y el amor de Dios. Y decimos antes nuestra voluntad, porque sin ella vano habría sido el amor de Dios. Vano e inoperante.

Dios ciertamente podría convertir sin nuestra voluntad. Pero luego se requeriría, en todo caso, la voluntad del hombre para persistir en la conversión obtenida milagrosamente.

El pecador ha tenido la voluntad y la tiene. Pero la funesta ley de la carne, a intervalos, la supera. Es un enfermo... Un pobre hermano enfermo. En todas las familias está el débil. el enfermo, aquel que es el dolor, la angustia, el peso de la familia. Y, a pesar de ello, ¿no es, acaso, al hijito de salud frágil al que más quiere la madre? ¿No es el hermanito desdichado el más servido por sus hermanos? ¿No es él al que el padre ofrece el bocado selecto, quitándosele de su propio plato, para darle una alegría, para no darle a entender que es un peso y no hacerle, por tanto, pesada su enfermedad?

Pues hagamos con nuestro hermano espiritual débil lo que haríamos con un hermano carnal débil. Nuestro paciente amor es la recriminación más fuerte, una recriminación contra la que no se puede reaccionar.

Cada cosa a su tiempo, cada cosa en su lugar. No se realiza el mercado en sábado, ni se comercia en las sinagogas, y tampoco se trabaja por la noche, sino que más bien mientras es de día. Sólo el pecador trafica en el día del Señor, o profana con negocios humanos los lugares destinados a la oración, o se da a la rapiña durante la noche cometiendo hurtos y delitos. Igualmente: el que comercia honestamente se esfuerza en probar a sus compradores la calidad de sus productos y la consistencia de sus instrumentos, y el que compra se marcha contento de la buena compra que ha hecho. Pero si, por ejemplo, con muchas astucia, el vendedor lograra engañar al comprador, y el utensilio o el producto alimenticio le resultase a éste no bueno, inferior al precio pagado, ¿no recurriría el comprador a medidas de defensa, que irían desde un mínimo de no volver a comprar nunca donde ese vendedor, a un máximo

de recurrir al juez para recuperar su dinero? Eso sucedería y sería justo.

Dejemos las artes de los malos vendedores. Tengamos firmes nuestros corazones y Dios proveerá. Los que no venden cosas buenas ofenden a Dios mismo. La culpabilidad no es tanto del engañado cuanto del que engaña. El pecado no ha sido cometido tanto contra el hombre cuanto contra Dios, al tratar de vender cosas no buenas para que el que tiene deseos de comprar no vaya a las cosas buenas. Jesús no nos dice: reaccionad, vengaos. No son palabras que puedan salir de su boca. Sólo dice: escuchad el sonido verdadero de las palabras, observad bien, bajo la gran luz, las acciones de los que os hablen, saboread el primer sorbo o el primer bocado que os ofrezcan y, si oís un sonido áspero, si sus acciones tienen tenebroso aspecto, si el sabor que os queda en el corazón os turba, rechazad, como cosa no buena, aquello que os ofrecen. La sabiduría, la justicia, la caridad no son nunca ásperas ni turbadoras ni amantes de actuar en la sombra.

Un cristiano cuando no considera conveniente responder a preguntas peligrosas, usa la ciencia de distraer al interlocutor y conducirlo hacia otros temas distrayéndolo de su pensamiento.

El obstáculo más difícil para llegar a Jesús no es la muchedumbre sino lo que vuelve a rehacerse después de haber intentado romperlo o superarlo, el propio yo.

Jesús valora todo cuando ve un pecador convertido, a un hombre que era duro de corazón, que era amante de las comodidades, soberbio, vanidoso, lujurioso y avaro. Lo ve despojarse de su yo viejo, incluso en las cosas menores, cambiar en sus modos y apegos y lo ve recibir pullas y reproches pacientemente, y sufrir en su cuerpo por los empujones de la muchedumbre, y en su corazón por verse relegado a la cola, sin poder recoger ni siquiera una mirada de su Salvador.

Jesús de la misma forma que lee en el corazón de los hombres, no ignora sus acciones y sabe ser justo y premiar en proporción al camino recorrido para llegar a Él.

De la misma manera que Jesús no ha ignorado las obras de Zaqueo, sus pensamientos, sus fatigas, tampoco ha ignorado que en muchos que le aclaman, hay más un amor sensible que espiritual. Si le amáramos con justicia, seríamos compasivos con nuestro vecino; no le mortificaríamos recordándole el pasado. Ese pasado que él ha borrado y que Dios no recuerda. Porque el perdón concedido ya no se toca. A menos que el hombre vuelva a pecar. Pero se le juzga de nuevo por el pecado nuevo, no por el que fue perdonado.

El antiguo pecador que renace a la Gracia y que ha sido rejuvenecido por ella y renovado, como un niño nacido poco antes, y que tiene a favor de él esa humanidad que le viene del recuerdo de haber sido pecador, y la enardecida voluntad de hacer, en el resto de la vida, tanto

bien como sea requerido para llenar una vida longea y enteramente consagrada al bien, hasta el punto de reparar, con medida llena y rebosante, todo el mal que haya podido hacer.

Eliminando de su corazón el pasado, se ha quedado vacío, y ha podido, es más, ha querido, meter dentro de si las palabras nuevas, lo futuro, lo eterno.

El pecador desafiaba al mundo cuando hacía el mal; no debe temerlo ahora que se ha despojado de él. Lo que usó, entonces, para domeñarlo -la indiferencia ante el juicio del mundo, única arma para que se canse de juzgar- que lo use también ahora, y él se cansará, y lo absorberá, aunque lentamente, y lo anulará en medio de la gran masa anónima que es este mísero mundo, al cual, se da demasiado peso.

Ha sabido creer.

Todos los trabajos son santos si se ejercen con caridad.

La Misericordia en la persona de Jesús de Nazaret nos dice que aunque un pecador con un gran delito fuera el mismo demonio y sobre él pesaran todos los delitos de la Tierra, si quiere, puede expiar todo y ser perdonado por Dios, perdonado por el verdadero, grande, paterno Dios. Si el pecador quiere uniendo su voluntad a la de Jesús que también quiere que sea perdonado. Dele el pecador su pobre espíritu cubierto de infamia, quebrantado, su espíritu que después de que ha dejado el pecado, está lleno de cicatrices y humillación. Jesús lo pondrá consigo en su corazón, en el lugar donde pone a los mayores pecadores, y lo llevará consigo al sacrificio redentor. La Sangre más santa, la de su corazón, la última Sangre del Inmolado por los hombres, se esparcirá sobre los espíritus más quebrantados y los regenerará.

Ser sacrificado como lo fue Jesús por el amor es siempre un dulce sacrificio, aunque sea atormentador para la naturaleza humana.

El alma no es el pensamiento. El alma es el espíritu, es el principio inmaterial de la vida, y el principio impalpable, pero verdadero, que anima todo el hombre y perdura después del hombre. Por eso se la llama inmortal. Es algo tan sublime, que hasta el más poderoso pensamiento es nada respecto a ella. El pensamiento termina; el alma, por el contrario, tiene, ciertamente, un principio, pero no un fin. Bienaventurada o réproba, continúa siendo. ¡Dichosos aquellos que saben conservarla pura, o hacerla de nuevo pura después de haberla hecho impura, para devolverla a su Creador como Él se la dio al hombre para animar su humanidad!.

El alma es reina en nosotros hasta la muerte. En el pensamiento eterno, el alma, el espíritu, es la cosa que reina en el hombre, en el animal creado llamado hombre. Ella viniendo del Rey y Padre de todos los reyes y padres, siendo parte e imagen de Él, don y derecho de Él, teniendo como misión hacer de la criatura llamada hombre un dios después de la vida, un “habitante” de la Morada del sublimísimo, único Dios, es creada reina, y con autoridad y destino de reina. Siervas tuyas, todas las virtudes y las facultades del hombre; ministra tuya, la buena voluntad del hombre. Siervo tuyo, el pensamiento: siervo y alumno, el pensamiento del hombre. Desde el espíritu el pensamiento adquiere potencia y verdad, justicia y sabiduría, y puede elevarse a perfección regia. Un pensamiento privado de la luz del espíritu tendrá siempre lagunas y tinieblas, no podrá nunca darse razón de verdades que son más incomprendibles que misterios para quien, habiendo perdido la regalidad del alma, está separado de Dios. El pensamiento del hombre estará ciego, sufrirá idiotez, si carece del punto base, del ceprén indispensable para comprender, para -dejando la Tierra y lanzándose hacia arriba- alzarse al encuentro de la Inteligencia, de la Potencia, en una palabra, de la Divinidad.

Sobre la reencarnación:

Dicen los que creen en la teoría pitagórica, teoría del error, que es el último cuerpo el que goza, porque, a través de sucesivas purificaciones, en sucesivas vidas, el alma sólo en la última reencarnación alcanza la perfección digna de premio. ¡Error y ofensa! Error y ofensa a Dios: pensando que Él no ha podido crear sino un número limitado de almas; error y ofensa al hombre: juzgándole tan corrompido como que merezca difícilmente premio. El premio no se producirá inmediatamente; el noventa y nueve por ciento de las veces deberá sufrir una purificación después de esta vida. Pero purificación es preparación al gozo. Por tanto, quien se purifica es uno que ya se ha salvado. Y, una vez salvado, gozará, pasado el último Día, con su cuerpo. No podrá tener más que un cuerpo para su alma, ni más de una vida aquí, y, con el cuerpo que le hicieron sus procreadores y el alma que le creó el Creador para vivificar a la carne, gozará el premio.

No se hace posible ni la reencarnación ni la retrocesión en el tiempo. Pero sí se hace posible recrearse con movimiento de libre voluntad, y Dios bendice a estas voluntades y las ayuda.

Vese entonces, bajo el lavacro del arrepentimiento, al hombre pecador, vicioso, sucio, delincuente, ladrón, corrompido, corruptor, homicida, sacrílego, adúltero, renacer espiritualmente, destruir la carne corrompida del hombre viejo, deshacer el yo mental aún más corrompido -como si la voluntad de redimirse fuera un ácido, un ácido que ataca y destruye la envoltura

malsana tras la cual se esconde un tesoro -, y, sacado al desnudo el propio espíritu, habiéndole purificado, habiéndolo curado, revestirle con un nuevo pensamiento, con un nuevo vestido de pureza, de bondad, de niñez. ¡Oh, un vestido que puede acercarse a Dios, que puede cubrir dignamente al alma recreada, y custodiarla y ayudarla hasta su supercreación, que es la santidad cabal que mañana - un mañana quizás lejano, si se considera con mente y medida humanas de tiempo; cercanísimo, si es contemplado con pensamiento de eternidad- será gloriosa en el Reino de Dios. Y todos pueden, si quieren, recrear en sí al niño puro de los días infantiles, al niño amoroso, humilde, franco, bueno, al que la madre apretaba contra su pecho, al que el padre miraba gloriándose de él, amado por el ángel de Dios y mirado por Dios con amor.

En el mundo cuando se quiere conquistar a una persona amada se suele hablar como pocas veces se habla a uno de los nuestros porque con aquellos que sabemos que nos aman con todo su ser, y ya forman parte de nuestra familia, no hay necesidad de arte de conquista; basta verse, para estar los unos en los otros con gozo y paz.

No podemos imponer a la Verdad que se calle.

La salud del cuerpo debe ser la preparación a la búsqueda de la salud del espíritu, de la misma forma que la palabra que evangeliza debe ser preparación a la voluntad de justicia. ¡Ay, si la salud del cuerpo se limitara a la felicidad de la carne y la sangre, quedándose inactiva respecto al espíritu!

Todo don de Dios es nulo, a pesar de que esté cargado de fuerzas activas, si falta en el hombre la voluntad de corresponder a él entregando el don del propio espíritu a Dios.

La predicación de Juan el Bautista no ha producido los mismos resultados. La diferencia está en la voluntad distinta de los hombres que recibieron esas palabras. Para algunos, fueron real preparación para la doctrina de Jesucristo y, consiguientemente para su santidad. Para otros, por el contrario, fueron preparación contra su doctrina y, consiguientemente, para su injusticia. Como grito de centinela resonaron, y el ejército de los espíritus se dividió, a pesar de que el grito era único. Parte de ellos se prepararon para seguir a su Caudillo; parte se armó y estudió planes para combatir a Jesús y a sus seguidores. Y por esto Israel será vencido, porque un reino dividido en sí mismo no puede ser fuerte, y los extranjeros se aprovechan para subyugarlo.

Y lo mismo sucede en cada uno de los espíritus. En todo hombre hay fuerzas buenas y

no buenas. La Sabiduría habla a todo el hombre, pero son pocos los hombres que saben querer hacer reinar una sola parte: la buena. Para este querer elegir una parte sola, y hacerla la reina, son más capaces los hijos del siglo. Ellos saben ser completamente malos cuando quieren serlo, y se desprenden, como de vestidos inútiles, de las partes buenas que podrían oponer resistencia dentro de ellos. Sin embargo, los hombres que no son de su siglo, y que tienen un impulso hacia la Luz, sólo difícilmente saben imitar a los hijos del siglo y desprenderse, como de vestidos rechazados, de las partes malas que tratan de resistir en ellos.

El amor a Dios, y el amor a los maestros que conducen a Dios, se demuestra haciendo aquello que ellos enseñaron, imitando sus obras de justicia y amando a Dios con todo el propio ser, hasta el heroísmo. Haciéndolo así, los dones de salud y sabiduría que Dios ha concedido no permanecen inactivos ni se transforman en condena, sino que son escalera para subir a la morada del Padre, que todos esperan en su Reino.

Cuanto más se sufre más se redime. Por este motivo, aunque recordemos los tiempos serenos, debemos amar más estos que nos producen dolor, y que con el dolor nos dan almas.

Jesucristo no ignora, como Dios. Y no ignoraba como Hombre que está exento de imperfecciones y limitaciones unidas a la Culpa y a las culpas, pues tiene el don de la introspección de los corazones. Este don no está limitado al Cristo, sino que lo poseen en distinta medida todos aquellos que, habiendo alcanzado la santidad, están tan unidos a Dios que puede decirse que no operan por sí mismos sino que operan con la Perfección que reside en ellos. Por tanto, Jesucristo no ignora como Dios el futuro de los siglos y que no ignora como Hombre justo el estado de los corazones.

Jesucristo ha experimentado también este martirio del hombre: el tener que seguir adelante sin ver, poniéndose totalmente en manos de la Providencia. Tenía que conocer todo del hombre. Menos la culpa consumada. Y esto no por una barrera que haya puesto el Padre suyo a la carne, al mundo y al demonio, sino por su voluntad de hombre. Él fue como nosotros. Pero supo querer más que nosotros. Por eso, sufrió la tentaciones pero no cedió a ellas. Y en esto está, como para nosotros, su mérito.

Jesucristo tenía una vida, unos afectos, también unos deberes, hacia su Madre, y que estas cosas le tentaban a evitar el peligro. Ella, la Serpiente, lo llama “peligro”. Pero su verdadero nombre es “Sacrificio”. También tenía sentimientos. El yo moral no estaba ausente de él, y sufrió por las ofensas, por los escarnios, por las dobleces. ¿Qué asco no produjo en Él la



mentira y el mentiroso? ¿Cuántas veces el demonio le tentó a reaccionar contra estas cosas, que le causaban dolor, a reaccionar dejando la mansedumbre y poniéndose duro, intransigente? Y, ¿cuántas veces lanzó su abrasador hálito de soberbia, diciendo: “Gloríate de esto o aquello. Eres grande. El mundo te admira. ¡Los elementos te sirven!? ¡La tentación de complacerse en ser santo! ¡La más sutil! ¡Cuántos, por esta soberbia, pierden la santidad que habían conquistado! ¿Con qué corrompió Satanás a Adán? Con la tentación del sentido, del pensamiento y del espíritu. ¿Y no era Jesucristo el Hombre que debió crear otra vez al hombre? De ÉL, la nueva Humanidad. Entonces, Satanás busca los mismos caminos para destruir, y para siempre, a la raza de los hijos de Dios.

No seamos tan débiles: no reaccionemos ante la ofensa.

Tienen razón los que sospechan otras fuentes de lo extraordinario en el hombre. Fuentes tenebrosas. Hay criaturas -adoradoras de Satanás, porque tienen el culto de la soberbia- que con tal de imponerse a los demás se venden al Tenebroso para tenerle como amigo. Es posible. No como se narra en las leyendas paganas, no con monedas y contratos materiales, sino con la elección, con la donación de sí al Mal con tal de gozar de una hora cualquiera de triunfo. Los que con tal de tener éxito en un propio fin, se venden al Maldito son más numerosos de lo que se cree.

El demonio no sería poderoso si el hombre fuera santo. Pero es que muchas veces el hombre es de por sí un demonio. Jesucristo combatió las posesiones evidentes, ruidosas, vistosas. De éstas todos se dan cuenta. Son poco cómodas para los familiares y convecinos, y, sobre todo, se manifiestan con formas materiales. El hombre percibe siempre lo material, lo que choca con sus sentidos. Lo inmaterial, lo que es perceptible solamente con lo inmaterial -razón y espíritu- no lo percibe, y, aunque lo perciba, no se ocupará de ello, especialmente si no le perjudica. ¡Estas posesiones ocultas, pues, escapan al poder de exorcistas! Y son las más dañinas, porque trabajan en la parte más selecta, con la parte más selecta y hacia otras partes selectas: de razón a razón, de espíritu a espíritu. Son como las miasmas corruptores, impalpables, inadvertibles hasta que la fiebre de la enfermedad advierte a quien la ha adquirido que la ha adquirido.

Satanás ayuda para acabar de subyugar. Dios le deja actuar porque de esta lucha entre lo Alto y lo Bajo, el Bien y el Mal, surge el valor de la criatura. El valor y la voluntad. Siempre le dejará actuar. Aun después de que Jesucristo haya sido elevado al Cielo. Pero entonces Satanás tiene contra él a un enemigo bien grande y el hombre tendrá a una amiga poderosa: la Gracia.

Los israelitas y los cristianos tienen ya mucho de fe, esperanza, caridad, y muchas luces de Sabiduría, de forma que no podemos tener la excusa de la ignorancia. Seremos juzgados como los del tiempo nuevo.

Los cristianos tenemos que aceptar de Dios la hora de la muerte sin pedir que sea ni anticipada ni retrasada un minuto. Deben saber resignarse a la cosa más difícil: vivir cuando lo único que se desearía es morir.

Si aun se puede soportar al niño mentiroso, porque desconoce el valor de una mentira, y se le enseña a no volverla a decir, en un hombre eso no se soporta, y en un apóstol, discípulo de la Verdad misma, da asco. Absolutamente, da asco.

Y, de la misma manera que caen los egoísmos y las incertidumbres del hombre, igualmente caen las ideas políticas o religiosas que antes constituían como una pared para considerar a todos hermanos, a todos iguales en la vida y en el sufrimiento, en el deseo y la esperanza de la salud y del consuelo. Y Jesús, porque es justo que sea así, concede salud y consuelo a todos aquellos que saben unificarse en una esperanza que es ya fe.

Jesús es el Pastor universal y debe acoger a todas las ovejas que quieren entrar en su rebaño. No hace distinción entre ovejas sanas y enfermas, entre ovejas débiles y fuertes, entre ovejas que le conocen porque ya pertenecían al rebaño de Dios y ovejas que hasta ahora no le conocen y no conocen siquiera al verdadero Dios. Porque Jesús es el Pastor de la Humanidad, y toma sus ovejas allá donde se hallen y vayan a su dirección. ¿Son ovejas flacas, sucias, descorazonadas, ignorantes; ovejas que han sufrido los golpes de pastores que no las han amado, y que las han rechazado considerándolas inmundas? No hay inmundicia que no pueda ser lavada. Y no hay oveja impura que, queriéndose limpiar y pidiendo ayuda para ello, pueda ser rechazada alegando que es impura.

Dios es quien suscita los buenos deseos. Si los suscita, señal es de que desea que pasen a ser realidad. Es el mismo Espíritu de Dios el que pide con súplicas inefables esta absorción de todos los hombres por parte del Amor, porque el Espíritu de Dios desea extenderse y enriquecerse con el amor ilimitado de un número ilimitado de seres atraídos hacia Él por la dulzura de su fragancia.

No le es, pues, lícito a ninguno despreciar y rechazar a quien quiere entrar en el rebaño

santo.

Que nadie cultive en su corazón las ideas de buena parte de Israel, ideas de juicios y distinciones que Dios no estima, al ser contrarios a su plan de hacer de todos los pueblos un único Pueblo que lleve el Nombre del Mesías por Él enviado.

Y a los que vienen de fuera, a las ovejas que hasta ahora eran agrestes y que sienten el deseo de entrar en el rebaño único del único Pastor, Jesús dice: nada les haga perder la confianza, nada las descorazone. No hay paganismo, no hay idolatría, no hay vida no conforme a la que Jesús enseñe que no puedan ser abominadas y rechazadas, permitiendo al espíritu regenerarse, libre de toda mala planta, de forma que resulte apto para recibir las nuevas semillas y revestirse con los nuevos distintivos. Y esto debería impulsar a los pueblos hacia Jesús, más que la salud para los cuerpos.

La primera cosa que todos deberíamos pedir a Jesús, y deseárselo con todas nuestras fuerzas, es el ser liberados de aquello que hace a nuestro espíritu esclavo de fuerzas malas que le dominan. La primera cosa que deberíamos querer es esta liberación, querer, como primer milagro, el Reino de Dios en nosotros. Porque, teniendo este Reino en nosotros, todas las otras cosas serán dadas (y dadas de forma que el don no pese como un castigo en la otra vida).

Burlas y amenazas de parientes o de convecinos o autoridades, ¿qué son respecto a aquello que tendremos todos, de cualquier lugar que se venga, si sabemos acercarnos a la Verdad y la Vida? ¿Quién, por detenerse un día en una fiesta que terminase con el ocaso, dejaría de ir a un lugar donde supiera que le espera una vida feliz? Bueno, pues, a pesar de todo, muchos actúan así. Y, por saciarse durante una fracción de tiempo con los insípidos e inútiles gozos del mundo, dejan de acudir al lugar donde hallarían para siempre -y sin miedo a ver que el odio enemigo se lo arrebate- verdadero alimento, verdadera salud, verdadero gozo.

En el Reino de Dios no hay odio ni guerra ni abusos; quien sabe entrar en Él no conoce ya dolor ni angustia ni atropellos, sino que posee la paz gozosa que emana del Padre.

En Dios encontraremos todo consuelo y sabremos hallar la guía para ser justos al juzgar, y para perdonar y seguir amando y, sobre todo, para educar a los niños y niñas, para que tengan la vida feliz de los que son hijos del Dios verdadero.

Este Dios que los paganos no conocían, este Dios al que quizás habían despreciado -a Él y a su Ley-, tan distinto de los dioses paganos y de sus leyes y religiones, este Dios al que ciertamente se había ofendido con un modo de vivir en que la virtud no era respetada en

muchas cosas, leves todavía, pero camino para más graves heridas contra la virtud y más graves ofensas a la Divinidad, que ha creado también a los paganos. Este Dios les ha amado tanto, que, a través de un dolor que se siente con la humanidad, puede atraer a Él. Les ha amado tanto, que concede gracias para que tengan siempre presente la bondad y el poder del Dios verdadero y tengan un freno ante toda licencia pagana, y un consuelo en todos los dolores. Les ha amado tanto que a través de otros dolores ha reforzado en ellos la voluntad de acercarse al Camino, a la Verdad, a la Vida, y de asentarse ahí para que posean aquello que es consuelo y paz, salud y luz en los tristes días de la Tierra, y posean estas cosas como preservación de todo lo que les hace sufrir, en su parte mejor y en la afectiva: la primera, instintivamente buena y que no soporta el fango obscuro en que está obligada a vivir; la segunda desordenada en su bondad.

Porque en los afectos son paganos. No es culpa suya. Es culpa del mundo en que viven, y del gentilismo en que han crecido. Sólo el que está en la verdadera Religión sabe dar a los afectos el valor, la medida y las manifestaciones justas. ¡Pobre paganos, que no habrían recuperado jamás a sus seres queridos!. Jamás, ni con la carne ni con el espíritu. La nada. Esa cosa finita, inexorablemente finita, que es la muerte para aquellos que no creen en la Vida espiritual.

La esposa pagana, amante, fiel, ha amado en su esposo a su dios terreno de amor carnal, su hermoso dios que se proponía a su adoración rebajando su dignidad de igual a un servilismo de esclava. ¿Que la mujer viva sumisa a su marido, humilde, fiel, casta? Sí. Él, el hombre, es la cabeza de la familia. Pero cabeza no quiere decir déspota. Cabeza no quiere decir caprichoso patrón al que le es lícito todo capricho no sólo respecto a la carne, sino a la parte mejor de su esposa. “Donde tú, Cayo, allí yo, Caya”: pobres mujeres romanas de un lugar donde el libertinaje estaba hasta en las fábulas de sus dioses.

¿Cómo pueden estar donde están sus maridos? Es inevitable que la que no es una licenciosa ni una degenerada se canse con desazón y experimente un dolor verdaderamente atroz, como de fibras que se desgarran, una gran turbación, un venirse abajo todo el culto hacia el marido contemplado siempre como un dios, cuando descubre que aquel al que adoraba como a un dios es un mísero ser dominado por la animalidad brutal, licencioso, adúltero, atolondrado, indiferente, burlador de los sentimientos y de la dignidad de su esposa.

El Todo es Dios. Unos hijos no deben ser razón de injusticia respecto al Todo; antes bien, de justicia. Por ellos y con ellos, hay que tener el deber de ser virtuosos.

El deber de la mujer buena es hacer bueno a su consorte.

No todo es censurable en las costumbres paganas. Cuando Roma estaba menos degenerada, sus mujeres eran castas, trabajadoras, y servían a la divinidad con una vida de virtud y fe. Aunque su mísera condición de paganas les hiciera servir a falsos dioses, la idea era buena. Ofrendaban su virtud a la Idea de la religión, a la necesidad de un respeto a una religión, a una Divinidad cuyo verdadero nombre desconocían, pero cuya existencia sentían, como sentían que era mayor que el licencioso Olimpo y que las degradantes deidades que, según las leyendas mitológicas, lo poblaban. Inexistente el Olimpo, inexistentes los dioses. Pero las antiguas virtudes eran fruto de la convicción sincera de tener que ser virtuosos para ser mirados por los dioses con amor; eran fruto de ese deber que sentían tener hacia las divinidades a las que adoraban. Ante los ojos del mundo, especialmente del mundo judío, parecían como necios por ese acto de honrar a algo que no existía. Pero a los ojos de la Justicia eterna y verdadera, a los ojos del Dios altísimo, único y omnipotente Creador de todas las criaturas y cosas, esas virtudes, ese respeto, ese deber, no eran vanos. El bien es siempre bien, la fe siempre tiene valor de fe, la religión tiene siempre valor de religión, si el que los sigue y practica y posee está convencido de estar en la verdad.

Uno de los divinos preceptos de la religión cristiana es que la mujer es carne de la carne de su marido y que ninguna cosa o persona puede separar lo que Dios ha hecho una sola carne. El divorcio ha venido como mal fruto de la lujuria humana, del pecado original, de la corrupción de los hombres. Pero no ha venido espontáneamente de Dios. Dios no cambia su palabra. Y Dios había dicho, inspirando a Adán, todavía inocente (y, por tanto, que hablaba con una inteligencia no empañada por la culpa), las palabras: que los esposos, una vez unidos, debían ser una carne sola. La carne no se separa de la carne sino por adverso episodio de muerte o enfermedad. El divorcio mosaico, concedido para evitar pecados atroces, concede a la mujer solamente una libertad muy mísera. La divorciada es siempre una disminuida en el concepto de los hombres, bien permanezca divorciada, bien pase a segundas nupcias. Pero ante el juicio de Dios es una infeliz, si pasa a estar divorciada por malevolencia del marido y se queda como divorciada; mas, si está divorciada por torpes culpas propias y se casa de nuevo, es sólo una pecadora, una adúltera. No le es lícito al hombre separar lo que Dios ha unido,

y es siempre adúltero aquel, o aquella, que, teniendo en vida a su cónyuge, pasa a nuevas nupcias.

El divorcio es prostitución legal, y pone al hombre y a la mujer en condiciones de cometer pecados de lujuria. La mujer divorciada difícilmente vive como viuda -y viuda fiel de un vivo. El hombre divorciado nunca permanece fiel al primer vínculo. Tanto el uno como la otra, pasando a otras uniones, descienden del nivel de los hombre al de los animales, a los cuales les está permitido cambiar de hembra a cada moción de su apetito. La fornicación legal, peligrosa para la familia y para la patria, es delictiva respecto a los inocentes. Los hijos de los divorciados deben juzgar a sus padres. ¡Severo juicio el de los hijos! Al menos uno de los padres es condenado por los hijos. Y los hijos quedan -por el egoísmo de sus padres- condenados a una vida afectiva mutilada. Y si, además, a las consecuencias familiares del divorcio, que priva del padre o de la madre a los hijos inocentes, se une el hecho del nuevo matrimonio del cónyuge al que han sido confiados los hijos, a la condena de una vida afectiva mutilada por la carencia de un miembro se une otra mutilación: la de la pérdida, más o menos total, del afecto del otro miembro, dividido, o totalmente absorbido, por el nuevo amor y por los hijos de la nueva unión.

Hablar de nupcias, de matrimonio, en el caso de una nueva unión de un divorciado o de una divorciada, es profanar el significado y la cosa que es el matrimonio. Sólo la muerte de uno de los cónyuges y la subsiguiente viudez del otro puede justificar las segundas nupcias. Lo que no quita que yo juzgue que sería mejor inclinar la cabeza ante el veredicto, siempre justo, de quien regula los destinos de los hombres, y cerrarse en castidad cuando la muerte haya puesto fin al estado matrimonial, dedicándose toda a los hijos y amando al cónyuge pasado a la otra vida en sus hijos: un amor despojado de toda materialidad, santo y veraz. ¡Pobres hijos! ¡Experimentar, después de la muerte o del hundimiento del hogar, la dureza de un segundo padre o de una segunda madre, y la angustia de ver compartidas las caricias con otros hijos que no son hermanos!

En la religión cristiana no existe el divorcio. Y aquel que estipule divorcio civil para contraer nueva unión será adúltero y pecador. La ley humana no modificará el decreto de Jesucristo. El matrimonio en la religión cristiana ya no será un contrato civil, una promesa moral hecha y sancionada en presencia de testigos designados para tal fin. Será, antes bien, un indisoluble vínculo corroborado, soldado y santificado por el poder santificador que Jesucristo da, convertido en Sacramento.

El matrimonio para que se comprenda: rito sagrado. Poder que ayudará a practicar santamente todos los deberes matrimoniales, pero que será también sentencia de indisolubilidad del

vínculo. Hasta ahora, el matrimonio es un mutuo contrato natural y moral entre dos de distinto sexo. Desde el amanecer de la ley cristiana, el matrimonio se extenderá al alma de los cónyuges. Vendrá a ser, pues, también contrato espiritual, sancionado por Dios a través de sus ministros. Y como nada es superior a Dios por tanto lo que Él haya unido, nunca autoridad alguna, ley o capricho humanos, podrán desunir. La muerte no es final, sino separación temporal del esposo de su esposa, y el deber de amar persiste después de la muerte.

Por esto digo que quisiera castidad en los viudos. Pero el hombre no sabe ser casto. Y también por eso los cónyuges tienen el deber recíproco de mejorarse el uno al otro. Así es este deber, y hay que cumplir con el deber, si hay verdadera voluntad de seguir a Cristo.

Cuando una esposa pierde a su marido y es en realidad él el que ha perdido a ella porque no le merecía ciertamente es duro. Y Jesús no puede hacer otra cosa sino preparar a la mujer a llevar la corona de espinas de las esposas abandonadas...

No se necesitan palabras ni hechos especiales para enseñar a los hijos. Ser perfecta para que ella refleje la perfección. Amar a Dios y al prójimo para que los hijos aprendan a amar. Vivir en la Tierra con los afectos en Dios. Los hijos lo imitarán. Más tarde, el Padre, que ama de una manera especial, pondrá los medios para satisfacer las necesidades espirituales. En el amor a Dios se encontrará todo freno contra el Mal. En el amor al prójimo se tendrá ayuda contra el abatimiento de la soledad. También enseñar a perdonar.

Dios no hace nunca cosas inútiles.

La verdadera vida no es este día en que vive la carne. La vida es aquella que se obtiene creyendo y yendo en pos de quien es Camino, Verdad y Vida, y obrando según su palabra. Aunque dicho creer y seguir fuera para la criatura durante poco tiempo, y también el obrar, un tiempo truncado por la muerte del cuerpo, aunque fuera un solo día, una sola hora, dicha criatura no conocerá ya la muerte. Porque el Padre de todos los hombres no calculará el tiempo transcurrido en su Ley y Fe, sino la voluntad del hombre de vivir hasta la muerte en esa Ley y Fe. Jesús promete la Vida eterna y quien cree en Él y obra según lo que dice, amando al Salvador, propagando este amor, practicando sus enseñanzas durante el tiempo que se le conceda. Los obreros de su viña son todos aquellos que vienen y dicen: “Señor, recíbenos entre tus obreros”, y en esa voluntad permanecen hasta que el Padre juzga terminada su jornada. Habrá obreros que habrán trabajado una sola hora, su última hora, y que tendrán más inmediato el premio que aquellos que hayan trabajado desde la primera hora pero siempre con tibieza, movidos al trabajo únicamente por la idea de no merecer el infierno, o sea, movidos



por el miedo al castigo. No es éste el modo de trabajar que mi Padre premia con una gloria inmediata. Es más, a estos calculadores egoístas - que sienten el apremio de hacer el bien, el bien estrictamente necesario, por no atraerse una pena eterna- el Juez eterno les dará una larga expiación. Deberán aprender, a expensas de sí mismos, con una larga expiación, a darse un espíritu solícito en amor, y en amor verdadero, orientado todo a la gloria de Dios. Y en el futuro muchos serán, especialmente entre los gentiles, los que estarán entre los obreros de una hora, e incluso de menos de una hora, y que serán gloriosos en el Reino, porque en esa única hora de respuesta a la Gracia, que los habrá invitado a entrar en la viña de Dios, habrán alcanzado la perfección heroica de la caridad.

La muerte para los justos es verdadera vida, porque ya nada podrá amenazar la vitalidad del espíritu, o sea, su permanencia en la Justicia.

También la Humanidad que nos ha precedido y que fue justa volvió al lugar donde había sido destinada, con el Primogénito a la cabeza, ya completo en carne y espíritu, y sus hermanos vestidos con la vestidura de luz que tendrán hasta que también sus carnes sean llamadas al júbilo.

Y Él me dijo: “Profetiza a estos huesos y diles: ‘Huesos secos, escuchad la palabra del Señor... Ved que infundiré en vosotros el espíritu y viviréis. Pondré alrededor de vosotros los nervios, haré crecer a vuestro alrededor las carnes, extenderé la piel, os daré el espíritu y viviréis y sabréis que soy el Señor... Ved que abriré vuestras tumbas...os sacaré de los sepulcros... Cuando infunda en vosotros mi espíritu tendréis vida y haré que descanséis en vuestra tierra’”.

Son dos estas resurrecciones de lo seco, de lo muerto, a la vida, dos resurrecciones que están celadas en las palabras del profeta. La primera es la resurrección a la Vida y en la Vida, o sea, en la Gracia que es Vida, de todos aquellos que acogen a la Palabra del Señor, al Espíritu engendrado por el Padre, que es Dios como el Padre del que es Hijo, y que se llama Verbo, el Verbo que es Vida y da la Vida. La Vida de la que todos tienen necesidad y de la que está privado Israel tanto como los gentiles. Porque, si para Israel hasta ahora era suficiente para tener la eterna Vida tener esperanza en la Vida (la Vida que viene del Cielo) y esperarla; de ahora en adelante, para tener vida, Israel deberá acoger a la Vida. Aquellos de su pueblo que no acogen a Jesús-Vida no tendrán Vida, y su venida será para ellos razón de muerte, porque habrán rechazado a la Vida que venía a ellos para comunicarse. Ha llegado la hora en que Israel ha quedado dividido entre los vivos y los muertos. Es la hora de elegir, y de vivir o morir. La Palabra ha hablado, ha mostrado su Origen y Poder, ha curado, ha enseñado, resucitado, y ha cumplido su misión. Ya no hay disculpa para los que no vienen a la Vida.

El Señor pasa. Una vez que haya pasado, no vuelve. No volvió a Egipto para dar vida nueva a los hijos primogénitos de aquellos que le habían escarnecido y avasallado en sus hijos. No regresará tampoco esta vez, cuando la inmolación del Cordero ha decidido los destinos. Los que no acogen a Jesús antes de su Paso, y le odian y odiarán, no tendrán sobre su espíritu su Sangre para santificarlos, y no vivirán, y no tendrán a su Dios con ellos para el resto del peregrinaje sobre la Tierra. Sin el divino Maná, sin la nube protectora y luminosa, sin el Agua que viene del Cielo, privados de Dios, irán vagando por el vasto desierto que es la Tierra, toda la Tierra, toda ella un desierto si para quien la recorre falta la unión con el Cielo, la cercanía del Padre y Amigo: Dios. Y hay una segunda resurrección, la universal, en que los huesos, blancos y dispersados a causa de los siglos, volverán a estar frescos y cubiertos de nervios, carne y piel. Y se llevará a cabo el Juicio. Y la carne y la sangre de los justos exultarán con el espíritu en el eterno Reino; y la carne y la sangre de los réprobos sufrirán con el espíritu en el eterno castigo.

No es el conocimiento material el único necesario para poseer a Jesucristo. El hombre que por su virtud llega a sentir al Dios desconocido y a vivir virtuosamente en homenaje a este Dios, bien se puede decir que ha conocido a Dios, porque Dios se ha revelado a él como premio de su vivir virtuoso. El Viviente dejó el reino de los muertos para volver al Reino de la Vida, y ya los hombres no tienen otra manera de conocerle sino por la fe y el espíritu. Pero, en vez de detenerse, el conocimiento de Jesucristo se propagará, y será perfecto porque estará libre de todo lo que significa el lastre de la carne. Dios habló, Dios actuó, Dios vivió, Dios se reveló a las almas de sus fieles con su incognoscible y perfecta Naturaleza. Y los hombres amaron al Dios-Hombre. Y el Dios-Hombre amaó a los hombres con los medios nuevos, con los inefables medios que su infinito amor dejó en la Tierra antes de volver al Padre tras haber cumplido todo.

Tengamos como norma de ley las siguientes pocas frases en que está compendiada su Ley de salud. Amemos a Dios con todo nuestro corazón. Amemos a las autoridades, a los parientes,

a los siervos, al pueblo, y también a los enemigos, como nos amamos a nosotros mismos. Y para estar seguros de no pecar, antes de cumplir cualquier acción, sea que nos haya sido ordenada, sea que sea espontánea, preguntémosnos: “¿Me gustaría que lo que voy a hacerle a éste se me hiciera a mí?”. Y, si sentís que no nos gustaría, no lo hagamos. Con estas sencillas líneas podemos trazar en nosotros el camino por el que irá Dios a nosotros y nosotros iremos a Dios. Porque a ninguno le gustaría que un hijo fuera con él un ingrato, o que uno le matara, que otro le robara o le quitara a su mujer o deshonrase a su hermana o a su hija o le usurpara la casa, los campos o los servidores fieles. Con esta regla seremos buenos hijos y buenos padres, buenos maridos, hermanos, comerciantes, amigos. Por tanto, seremos virtuosos, y Dios vendrá a nosotros.

Del movimiento impuro de la curiosidad puede brotar la chispa de la fe en Jesucristo.

Jesucristo es Sabiduría inspiradora en las inteligencias que piensan y donde el Bien está en acto.

Hagamos el bien a quien nos ha hecho el mal y Dios nos llamará santos.

Si somos pecadores pidamos vida para tener tiempo de hacer reparación por el mal hecho.

Nunca es bueno para los cristianos estar divididos. Tenemos necesidad de sostenernos recíprocamente. No somos lo suficientemente fuertes como para poder actuar por separados. Unidos, el uno frena o sostiene al otro.

Obedecer salva siempre, al menos, de un pecado: el de suponer que uno es capaz de actuar por sí solo. No sabemos cuánto da vueltas el demonio en torno para aprovechar todos los motivos para hacernos pecar y para que causemos perjuicio a Jesucristo, ya de por sí tan perseguido. Los tiempos se presentan cada vez más difíciles para Jesús y para el organismo que ha venido a formar. De manera que se requiere mucho cuidado para que este organismo no sea, no herido y muerto -porque no lo será jamás hasta el final de los siglos- sino enfangado. Sus adversarios miran atentamente, nunca nos pierden de vista, de la misma forma que sopesan todos los actos y palabras. Y ello para disponer de materia de menoscabo. Si nosotros permitimos que nos vean en polémicas, o divididos, o de alguna manera imperfectos, aunque sea por cosas de poca importancia, ellos recogen y manipulan lo que hemos hecho, y lo lanzan, como fango y acusación, contra Jesús y contra su Iglesia que se está formando. ¿No sabemos que hasta las cosas mejores serán por ellos manipuladas y presentadas para poder acusar a

Jesús con apariencia de justicia? Jesucristo nos anima para en lo sucesivo ser más obedientes y prudentes.

Jesucristo también -Fundador de un Organismo que durará cuanto los siglos y que será santo como su Fundador y Cabeza; de un Organismo que continuará representándole y será una cosa con Él, de la misma manera que los miembros y el cuerpo del hombre son una cosa con la cabeza, que está en posición dominante respecto a aquéllos, ese cuerpo debe iluminarse y Jesús celarse. Igual que Juan de Zacarías, su primo, dijo que era necesario que Él creciese y él mismo merme.

Jesús está espiritualmente con nosotros, siempre, y nuestros espíritus sienten su Espíritu, recibimos su Luz. Mas nosotros tenemos que aparecer en primera línea, cuando ya Jesús ha regresado de donde ha venido.

Debemos cada vez más pasar adelante, ponernos a la vista de todos, continuarle, ser Él, mientras Él, como una madre que lentamente deja de sujetar a su hijito que ha aprendido a andar, se retira... No debe ser violento el paso de Jesús a nosotros. Los pequeños del rebaño, los humildes fieles, sufrirían desorientamiento. Para que no se sientan solos ni un solo momento, amémoslos como Él los ama. En memoria suya.

Cuanto más se ama más se obtiene. Es amar saber esperar y creer más allá de cualquier medida y de cualquier realidad que hable a ese creer y a ese esperar. Sepamos esperar y creer contra toda realidad contraria.

A algunos no es que les cueste comprender sino que no quieren comprender. Padecer idiotez no sería culpa. Dios tiene tantas luces, que podría iluminar al intelecto más obtuso, obtuso pero lleno de buena voluntad. Ésta falta, es más, tienen voluntad opuesta. Por eso no comprenden quién es Jesucristo.

Nos lo ha dicho en las casas, en las plazas, por los caminos, en los pueblos, en los montes, en las orillas de los ríos, frente al mar o a los desiertos, en el Templo, en las sinagogas, en los mercados, y no creen. No hay un lugar en Israel que no haya oído su voz. Nos lo ha dicho y no creen en sus palabras. Ha hecho obras y a sus obras no han dirigido su mente con espíritu bueno. Si lo hubieran hecho, con una intención recta de cerciorarse acerca de Él, habrían llegado a la fe, porque las obras que hace en el nombre del Padre dan testimonio de Él. Los de buena voluntad, que le han seguido porque le han reconocido como Pastor, han

creído en sus palabras y en el testimonio que dan sus obras. ¿Acaso creemos que lo que Él hace no tiene un fin útil para nosotros, útil para todas las criaturas? Desencantémonos. No pensemos que lo útil está en la salud que una persona recupera por el poder de Jesús, o en la liberación de uno u otro de la posesión o del pecado. Ésta es una utilidad circunscrita al individuo. Demasiado poco para ser la única utilidad respecto a la potencia que se desprende, y respecto a la fuente de donde se desprende, que es sobrenatural, más que sobrenatural: divina. Hay una utilidad colectiva de las obras que realiza Jesucristo. La utilidad de eliminar toda duda de los que titubean, de convencer a los contrarios, además de reforzar cada vez más la fe de los creyentes. Para esta utilidad colectiva, en favor de todos los hombres, presentes y futuros, el Padre le da poder de hacer lo que hace. En las obras de Dios nada se hace sin un fin bueno.

Satanás no es obra de Dios, sino de la libre voluntad del ángel rebelde. Dios le habría creado ministro suyo glorioso, y, por tanto, le habría creado con un buen fin. Dios no es insipiente, sino perfecto en sus acciones y pensamientos. Es el Perfectísimo. Las criaturas, incluso las más perfectas, son imperfectas. Siempre en ellas hay un punto de inferioridad respecto a Dios. Pero Dios, que las ama, ha concedido a las criaturas la libertad de arbitrio, para que a través de ella la criatura se complete en las virtudes y se haga, por tanto, más semejante a su Dios y Padre. Del Mal, que se formó voluntariamente, Dios todavía saca un fin bueno: el de servir para hacer a los hombres poseedores de una gloria merecida. Las victorias sobre el Mal son la corona de los elegidos. Si el Mal no pudiera suscitar una consecuencia buena para los que quieren con buena voluntad, Dios lo habría destruido. Porque nada de lo que hay en la Creación debe estar totalmente privado de incentivo o consecuencia buenos.

Las ovejas de Jesucristo no saben odiar. Son los corderos del Príncipe de paz, del Maestro de amor, del Pastor misericordioso. Y no saben odiar. No odiarán nunca, como Él no odiará nunca. Deja a otros el odio, que es el mal fruto de la ternaria concupiscencia con el yo desenfrenado en el animal del hombre, que vive olvidado de que es también espíritu, además de carne. Jesús se queda con lo que es suyo: el amor.

Jesucristo hablará siempre para que el mundo no se haga todo él idólatra. Y hablará a los suyos, elegidos para que repitan sus palabras. El Espíritu de Dios hablará, y comprenderán aquello que ni siquiera los sabios sabrán comprender. Porque los estudiosos estudiarán la palabra, la frase, el modo, el lugar, el cómo, el instrumento a través de los cuales la Palabra habla, mientras que sus elegidos no se abstraerán en estos estudios inútiles; antes bien, escucharán

embargados en el amor y comprenderán, porque será el Amor el que hable. Distinguirán las adornadas páginas de los doctos o las engañosas de los falsos profetas, de los rabíes de hipocresía, que enseñan doctrinas inficionadas, o enseñan lo que ellos no practican, de las palabras sencillas, verdaderas, profundas que de Él vendrán. Pero el mundo los odiará por esto, porque el mundo odia a Su-Luz y odia a los hijos de la Luz, el tenebroso mundo que desea las tinieblas propicias para pecar.

Las ovejas de Jesús le conocen y le conocerán y le seguirán siempre, incluso por los caminos de sangre y dolor que Él recorrerá a la cabeza y ellas recorrerán después. Los caminos que llevan las almas a la Sabiduría. Los caminos hechos luminosos por la sangre y el llanto de los perseguidos por enseñar la justicia, caminos hechos luminosos para que resalten en la caligine de los humos del mundo y de Satanás, y sean como estelas de estrellas para guiar a quienes buscan el Camino, la Verdad, la Vida, y no hallan a nadie que hacia ellos los guíe. Porque de esto tienen necesidad las almas: de alguien que las conduzca a la Vida, a la Verdad, al Camino bueno.

Dios es compasivo para con las almas que buscan y no encuentran, no por culpa propia sino por desidia de los pastores ídolos. Dios es compasivo para con aquellas almas que, abandonadas a sí mismas, se extravían y son acogidas por ministros de Lucifer, que están preparados para acoger a los extraviados y hacer de ellos prosélitos de sus doctrinas. Dios es compasivo para con aquellos que caen en el engaño por el simple hecho de que los rabíes de Dios, los llamados rabíes de Dios, se han desinteresado de ellos. Dios se muestra compasivo con todos estos que caminan hacia el desaliento, las brumas, la muerte, por culpa de los falsos maestros, que de maestros no tienen más que las vestiduras y el orgullo de que así los llamen. Y para estas pobres almas, de la misma forma que envió a los profetas para su pueblo, de la misma forma que envió a Jesucristo para el mundo entero, pues, después, enviará a los servidores de la Palabra, de la Verdad y del Amor, para repetirlas. Porque son las palabras de Jesús las que dan Vida. De manera que sus ovejas de ahora y del futuro tendrán la Vida que Él les da a través de su Palabra, que es Vida eterna para quien la acoge, y no perecerá nunca y ninguno podrá arrancarlas de sus manos.

Hay que saber aplicar las órdenes con justicia y discernimiento, sabiendo comprender el espíritu de la orden, no solamente las letras que la componen.

El estado de virgen es el más perfecto. Como también lo es el estado de quien, no satisfecho con hacer buen uso de las riquezas, se despoja completamente de ellas. Son las perfecciones a que puede llegar una criatura. y tendrán un gran premio. Tres son las cosas más perfectas:



la pobreza voluntaria, la castidad perpetua, la obediencia absoluta en todo aquello que no es pecado. Estas tres cosas hacen al hombre semejante a los ángeles. Y una es perfectísima: dar la propia vida por amor a Dios y a los hermanos. Esta cosa hace a la criatura semejante a Jesús, porque la lleva al absoluto amor. Y quien ama perfectamente es semejante a Dios, está absorbido en Dios y fundido con Dios. Está, pues, en paz.

No vinculemos el futuro. Nuestra voluntad está dispuesta, pero todavía se podría ver sobrepujada por la carne. Y sentiríamos una profunda e inútil postración si nos acordáramos de la promesa hecha y no mantenida después por la fragilidad de la carne. Lo que debemos decir según Jesucristo dijo a Juan de Zebedeo para estar en paz, suceda lo que suceda es: “Yo, con la ayuda de Dios, me propongo, en todo lo que me sea posible, no volver a ceder ante los lastres de la carne”. Y tengámonos firmes en esa voluntad. Si luego un día, aun no queriéndolo, la carne cansada y afligida vence nuestra voluntad, entonces, diremos: “Reconozco que soy un pobre hombre como todos mis hermanos; y que esto me sirva para tener truncado mi orgullo”.

Juan de Zebedeo a Jesús: “Sí. Pero, estando contigo, nada es nada. Yo, cuando estoy contigo, no padezco nada. Te miro, te escucho, y me siento feliz”.

Porque también la justicia, además de la misericordia, debe ser satisfecha. Hasta ahora la misericordia ha callado muchas veces y en muchas cosas. Pero, antes de callar para siempre, hablará el Maestro incluso con severidad de juez.

Pongámonos en el caso de que somos como un segundo hijo para María. Ella nos ama y nosotros la amamos. Tenemos un único amor que nos une: el amor por Jesucristo. Él, su Hijo de carne y corazón. Hagámoslo para que Ella sufra un poco menos.

Las palabras tan dolorosas de Jesús hacemos de todo para olvidarlas. No somos nosotros los que olvidamos, ni somos nosotros los que recordamos. Nosotros con nuestra voluntad. Es nuestra misma humanidad la que no puede recordar lo que supera con mucho su capacidad de resistencia, esa cosa demasiado grande, esa cosa tan grande, que nos atonta como un peso caído de lo alto encima de nuestra cabeza. Y, a pesar de todo, fue así. Fue a la muerte. Y su Madre se quedó sola. Murió con una gota de dulzura en su océano de dolor porque vio “hijo” a Juan para con su Madre.

Cuando el Creador hizo la Creación y le dio como rey al hombre creado a su imagen y semejanza, mostró al hombre todas las criaturas creadas y quiso que le hombre les diera un nombre para distinguir a unas de otras. Y se lee en el Génesis “que todo nombre que Adán dio a los animales era bueno, era el verdadero nombre”. Y también se lee en el Génesis que Dios, habiendo creado al hombre y a la mujer, dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los animales y toda la Tierra y sobre los peces del mar, las aves del cielo, los animales y toda la Tierra y sobre los reptiles que serpean en ella”. Y, cuando hubo creado la compañera a Adán, la mujer, como él hecha a imagen y semejanza de Dios, no siendo conveniente que la Tentación, que estaba al acecho, tentase y corrompiera aún más ruinmente al varón creado a imagen de Dios, dijo Dios al hombre y a la mujer: “Creced , multiplicaos, y poblad la Tierra y dominadla, y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven en la Tierra”, y dijo también: “Ved que os he dado todas las hierbas de semilla que existen en la Tierra, y todos los árboles que llevan en sí semilla de la propia especie, para que os sirvan de alimento a vosotros y también a todos los animales de la Tierra y a las aves del cielo y a cuanto se mueve sobre la Tierra y lleva en sí alma viviente, para que tengan vida”.

Los animales y las plantas y todo lo que el Creador ha creado para beneficio del hombre representan, pues, un don de amor y un patrimonio entregado por el Padre a los hijos para su custodia, para que lo usen con beneficio y con gratitud hacia el Dador de todo favor. Por eso, deben ser amados y tratados con justo cuidado. El hombre debe cuidar de todo lo que Dios con cuidado providencial ha puesto a su disposición. Cuidado no quiere decir idolatría, ni inmoderado apego hacia los animales o las plantas, o cualquier otra cosa. Cuidado quiere decir sentido de afecto y de gratitud hacia las cosas menores que nos son útiles y que tienen su vida, o sea, su sensibilidad.

El alma viviente de las criaturas menores de que habla el Génesis no es el alma como la tiene el hombre. Es la vida, simplemente la vida, o sea, el ser sensible a las cosas actuales, tanto materiales como afectivas. Cuando un animal está muerto es insensible, porque con la muerte, para él, ha llegado el verdadero final. No hay futuro para él. Pero, mientras vive, sufre hambre, frío, cansancio; está sujeto a herirse y sufrir, a gozar, a amar, a odiar, a enfermarse y morir. Y el hombre, en recuerdo de Dios, que le ha dado ese medio para hacerle menos desapacible el exilio en la Tierra, debe ser humano para con sus siervos menores que son los animales.

Hay que saber con justicia las obras del Creador. Si se miran con justicia, se ve que son “buenas”. Y lo bueno ha de ser amado siempre. Se ve que son cosas dadas con un fin bueno y por un impulso de amor, y, como tales, podemos, debemos amarlas, viendo, más allá

del ser finito, al Ser infinito que las ha creado para nosotros. Se ve que son útiles, y como tales han de ser amadas. Nada ha sido hecho sin finalidad en el universo. Dios no desperdicia su perfecta potencia en cosas inútiles. Un tallito de hierba no es menos útil que el poderoso tronco. La gota de rocío, la pequeña perla de escarcha, no son menos útiles que el inmenso mar. El mosquito no es menos útil que el elefante; ni el gusano que está en el fango de una zanja es menos útil que la ballena. Nada hay inútil en la creación. Dios ha hecho todo con fin bueno, con amor hacia el hombre. El hombre debe usar todo con recto fin y amor a Dios, que le ha dado todo lo que hay sobre la Tierra, para que ello sea súbdito del rey de la creación.

Los animales, las plantas, los minerales, los elementos, superaran, todos, al hombre en la obediencia a la finalidad para la que han sido creados: siguiendo pasivamente las leyes creativas, o siguiendo activamente el instinto inculcado por el Creador, o rindiéndose a la domesticación. El hombre, que debería ser la perla en la creación, demasiadas veces es la fealdad de la creación. Debería ser la nota más acorde con el coro de los habitantes del Cielo en la alabanza a Dios, y demasiadas veces es la nota discordante que impreca o blasfema o se rebela o dedica su canto a alabar a las criaturas en vez de al Creador. Por tanto, la idolatría; por tanto, la ofensa; por tanto, la inmundicia. Y esto es pecado.

Ante cualquier acción preguntarse:

“¿Con qué finalidad estás?”

Nada hay inútil. Incluso el error, para quien tiende al Bien, es medio para el Bien. El error es como camisa de crisálida, y sale la mariposa, que no es deforme, que no huele mal, que no reptar, sino que vuela en busca de cálices de flores y rayos de luz. Las almas buenas también son así. Pueden dejarse envolver un momento por miserias y mortificantes angosturas. Pero luego se liberan de ello y vuelan de flor en flor, de virtud en virtud, hacia la Luz, hacia la Perfección. Alabemos al Señor por sus obras de continua misericordia, que actúan incluso sin que el hombre lo sepa en el corazón del hombre y alrededor del hombre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS EN LA PRIMERA PARTE.